

J. L. ESTRADA

E/715

BIBLIOTECA

DEL

MEDIO-DIA.

LOS

SIETE PECADOS CAPITALES.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104856435

R. 1119



LOS

SIETE PECADOS

CAPITALES.

NOVELA

Por Eugenio Sue,

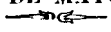
TRADUCIDA AL CASTELLANO.

LA ENVIDIA.

(Federico Bastien.)

TOMO IV.

MÁLAGA 30 DE MAYO DE 1848.



Establecimiento tipográfico-literario de D. José
DEL ROSAL, editor; calle de Granada, núm. 74.

61-147440-7

Es propiedad del Editor.

CAPITULO I.

La conversacion de David y Federico fué interrumpida por el amo del tejár, el cual entró en el aposento con semblante asustado.

—Señor, dijo precipitadamente á David, el carro está enganchado... marchen Vds. pronto....

—Qué tiene Vd.? le preguntó David.

—El Loire va siempre subiendo, señor... y es necesario trasponer de aquí, antes de dos horas, los pocos muebles y efectos que poseo.....

—Teme Vd., pues una avenida?

—Tal vez, señor, porque la avenida va haciéndose formidable... y si sale de madre el Loire... mañana... no se descubrirán mas que las chimeneas de mi tejtar... Además, por mayor prudencia, he resuelto mudar de casa, y la carreta que va á conducir á Vds. me servirá á su vuelta para transportar los muebles.

—Vamos, hijo mio, dijo David á Federico, ánimo... Ya lo vé Vd. no debemos perder un instante.....

—Estoy dispuesto, señor David.

—Afortunadamente nuestros vestidos están ya casi sécos, á beneficio de la ardorosa hoguera... Apóyese Vd. en mí..... hijo mio.

Al tiempo de dejar la casa el hijo de Mad. Bastien dijo al fabricante de tejas y ladrillos:

—Perdone, Vd., señor, el no poder corresponder mejor á sus buenos cuidados... pero volveré.

—Que el cielo oiga á Vd. señorito, y

haga que en el solar de esta casa no balle dentro de algunos días un monton de escombros.

David, sin que lo advirtiese Federico, dió dos monedas de oro al fabricante, diciéndole con sigilo:

—Tome Vd. por el carro.

Poco despues el hijo de Mad. Bastien y David se alejaban del tejaz, en el rústico elemento relleno de una espesa cama de paja cubierta de lienzo, porque el agua continuaba cayendo á torrentes.

El conductor del carro, embozado en un capoton y sentado sobre una de las lanzas del carruaje, activaba la marcha del caballo de tiro que trotaba pesadamente.

David hizo que Federico se acostase en el carro y apoyase la cabeza sobre sus rodillas, reclinado enteramente hácia atrás, tenia de este modo al adolescente medio abrazado y cuidaba de él con una solicitud patenal.

—Hijo mio, le dijo, tapando cuidado-

samente á Federico con la gruesa manta, prestada por el fabricante, no tiene Vd. frio?

—No, señor.....

—Pues ahora... pongámonos de acuerdo... su mamá de Vd. debe ignorar lo que ha sucedido esta mañana... La diremos que sorprendidos por el fuerte aguacero, hemos podido procurarnos con mucha dificultad este carro, no es eso?... El amo del tejár se figura que cayó Vd. en el río por la imprudencia de adelantarse demasiado sobre uno de los declives del terraplen... y me ha ofrecido no revelar este accidente, cuyas consecuencias podrían inquietar á la mamá... Bien convenidos acerca del acontecimiento... no pensemos ya en él.....

—Cuánta bondad!... cuánta generosidad!... Vd. piensa en todo; tiene razon, no conviene que mi mamá sepa que me ha salvado Vd. la vida con peligro de la suya... y, sin embargo.....

— ¡Lo que es necesario que sepa y vea...

querido Federico, es el cumplimiento de la promesa que esta mañana la hice... porque el tiempo urge!

—Qué promesa?

—La prometí curar á Vd.

—Curarme!... y Federico bajó la cabeza abrumado de pesar. Curarme!...

—Y esta curacion... es menester que se haya terminado en la presente mañana...

—Qué dice Vd.?

—Digo que es necesario que, dentro de una hora, á nuestra llegada á la quinta... vuelva Vd. á ser lo que fué... el Federico de otro tiempo... la alegría, el orgullo de su mamá.

—Señor David...

—Hijo mio... los momentos son cortos, escucheme Vd: esta mañana en el instante de su desaparicion, decia á Vd.: yo sé la causa del mal que le atormenta...

—Vd. me decia eso efectivamente, señor David.

—Pues bien! esta causa es la ENVIDIA!...

—Oh! Dios mio! murmuró Federico.

confundido de vergüenza, procurando huir del recogimiento en que le tenía David.

Pero este estrechó mas tiernamente aun á Federico contra su corazon, y repuso con viveza:

—Levante Vd. la frente... hijo mio, sin rubor! el sentimiento de la envidia es escelente...

—La envidia? Un escelente sentimiento! exclamó Federico enderezándose y mirando á David sobresaltado, la envidia!... repitió estremeciéndose. Ah!... señor... Vd. no sabe... lo que produce...

—El ódio? tanto mejor...

—Tanto mejor! pero el ódio á su vez...

—Produce la venganza... mucho mejor todavia...

—Señor David, dijo el jóven, cayendo de nuevo sobre su cama de paja con abatimiento, Vd. se burla de mí... y con todo....

—Burlarme de Vd., niño infeliz, prorumpió David con penetrante voz, acer-

ando á sí á Federico y estrechándole amorosamente contra su pecho; burlarme de Vd.! ah! no diga Vd. eso... Yo, que respeto á Vd... ignora que la primera impresion que recibí al verle, fué un sentimiento mezclado de compasion y de ternura... porque tenia yo un hermano, oiga Vd. Federico..... un hermanito de su edad.

Y las lágrimas de David se desprendieron de sus ojos... sofocado por la emocion, se vió obligado á guardar silencio por un momento.

El llanto de Federico, que sobrevino tambien, le impulsó á estrecharse á su turno contra David, mirándole con semblante lastimero, como si quisiese pedirle perdón de haberle hecho verter lágrimas.

David le comprendió.

—Tranquilícese Vd, hijo mio, esas lágrimas tienen así mismo su dulzura. Pues bien! el hermano de que hablo... el jóven tan adorado que producía mi alegría y mi amor, le perdí... Hé aquí porque sentí yo

por Vd., un interés tan vivo... y tan repentino... Vea Vd. por qué deseo volverle á su mamá tal como era en otro tiempo y porque con eso devuelvo igualmente á Vd. mismo su felicidad.

El acento y la fisonomía de David, al pronunciar estas palabras, tenían una dulzura tan melancólica, tan penetrante, que Federico, cada vez mas conmovido, replicó tímidamente.

—Perdon, señor David, por haberme pensado que trataba Vd. de burlarse de mí... pero.....

—¿Pero lo que he manifestado á Vd., le ha parecido tan extraño... no es cierto... que no pudo creer que hablaba con formalidad?

—Verdad es.....

—Eso debe ser, y sia embargo... mis palabras son sinceras... voy á probárselo á Vd.

Federico clavó sobre David una mirada de ansia y de devorante curiosidad.

—Sí, hijo mio, la envidia es en sí un

escelente sentimiento; solo que Vd. hasta aquí no le ha aplicado como debía... Vd. ha *envidiado mal*... en vez de *envidiar bien*.

—Envidiar... bien!... ¡La envidia..... un sentimiento escelente! replicó Federico, como si no pudiera dar crédito á sus oídos. ¡La envidia... la horrorosa envidia... que roe... que devora... que mata!.....

—Pobre jóven... el Loire... hace un instante estubo á punto de ser el sepulcro de Vd... Si esta desgracia hubiese ocurrido... su mamá, es seguro que habria exclamado: Oh! ¡rio maldito... que devora... que mata!... oh! rio de maldicion... que ha tragado á mi hijo!.....

—Triste de mí! Señor David!

—Y los temores de la inundacion se realizan... Cuantas voces desesperadas esclamarian: Oh! maldito rio! nuestras casas están arruinadas; nuestros campos sumergidos.... ¡Serán justas estas maldiciones!

—Cuanta demasia, señor David.

—Sí... y á pesar de todo... ese rio..... tan maldecido... fertiliza sus riberas..... es la riqueza de las poblaciones por donde pasa. Millares de barcos cargados de todas clases de género surcan sus aguas; ese rio tan maldito cumple en fin la mision útil y fecunda, que Dios ha dado á todo lo creado... porque decir que Dios ha creado los rios para la inundacion y para el desastre, seria una blasfemia... No! no! es el hombre cuya ignorancia, incuria, egoismo, codicia y desden de toda fraterna solidéz... convierten en plagas los dones celestes del criador....

Impresionado Federico de las palabras de su preceptor, le escuchaba con un interés que cada vez iba en aumento.

—Aun ahora poco, continuó David, sin el fuego, cuyo calor ha penetrado en los miembros de Vd., tal vez hubiera muerto... Y sin embargo... ¡los estragos del fuego son horrosos! ¿Se ha de maldecir por eso al fuego y al Creador? ¿Qué diria Vd? Estaria en el órden maldecir

tambien al vapor, que vá á mudar la faz del mundo, solo por la razon que ha producido espantosas desgracias? No! no! *Dios ha creado las fuerzas*, y el hombre en su libre alvedrío se sirvió de ellas bien ó mal... Y como Dios es uno é indivisible en su omnipotencia, las pasiones son como los demás elementos; ninguna es mala en sí; *son palancas*... ¡El hombre hace buen ó mal uso de ellas á su libre alvedrío! Así pues, hijo mio, las penas de Vd. datan desde su visita al castillo de Pont-Brillant, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Comparando Vd. la oscuridad de su nombre y de su vida modesta y casi pobre, con la vida espléndida y el nombre ilustre del jóven marqués de Pont-Brillant, no esperiméntó una envidia acerba... profunda?

—Muy cierto *que sí*.....

—Hasta allí... estos sentimientos eran excelentes.....

—Excelentes!

—Escelentes! Vd. sacaba del castillo... fuerzas vivas... poderosas, sabiamente dirigidas debian haber dado al desarrollo de sus facultades el mas generoso vuelo... Mas, desgraciadamente estas fuerzas estallaron en las manos inespertas de Vd... y le han herido... jóven infeliz! Asi es que... al volver á su casa... el recuerdo incesante de las grandezas del castillo destruyó en Vd. sus sencillos y puros goces; despues en su ociosa y dolorosa codicia, llegó necesariamente... á aborrecer al que poseia todo lo que Vd. envidiaba; en seguida... la venganza.....

—Sabe Vd! dijo desatinado Federico.

—Todo lo sé... hijo mio.

—Ah! señor David... gracias! murmuró Federico anonadado, los remordimientos, sobre todo, de esa cobarde y horrible tentativa, son... los que me han conducido al suicidio.....

—Creo á Vd., hijo mio... y ese me explica ahora el sombrío y taciturno abati-

miento en que he visto á Vd. sumergido desde mi llegada á casa de su mamá.....
¿Vd, meditaba tan funesta resolucion?.....

—Pensé en ello por la primera vez la víspera de la llegada de Vd.

—Ese suicidio, cual una espacion voluntaria, es en sí de lo mas fecundo, querido Federico... además estoy seguro de que si la envidia ha sido el jérmen del implacable rencor de Vd. contra Raoul de Pont-Brillant, la aterradora escena del bosque fué por circunstancias que ignoro, y que deben atenuar su culpablé tentativa.

Federico bajó la cabeza y nada contestó.

—Acerca de ese punto ya volveremos á hablar mas adelante, dijo David. Ahora veamos, hijo mio, ¿qué envidia Vd. mas en el jóven marqués de Pont-Brillant? *sus riquezas?* Tanto mejor! envidielas Vd. con ardor, envidielas sinceramente, y en esa envidia enérgica é incesante, hallará una palanca de incalculable poder; Vd.

desbaratará todos los obstáculos; á fuerza de trabajo, de inteligencia y de providad, llegará á ser rico... por qué no? Jaimo Laffitte era aun mas pobre que Vd., se propuso hacerse rico, y llegó á ser veinte veces millonario; su reputacion está sin mancha, y siempre tendió la mano á la indigencia... siempre favoreció y dotó el trabajador honrado y animoso... ¿Cuántos ejemplos semejantes podria citar á Vd. todavía!

Federico miró al principio á su preceptor con profunda sorpresa, mas despues, presentándose la luz á los ojos del jóven llevó sus dos manos á la frente, como si su entendimiento hubiese sido iluminado por un repentino resplandor...

David continuó:

—Vayamos mas lejos. ¿Las riquezas del marqués no inspiran á Vd. mas que una envidiosa ansia... en lugar de aquel sentimiento de ódio y de indignacion contra la sociedad, en que unos tienen gran abundancia de lo supérfluo, mientras que otros

mueren por falta de lo necesario? Bien, bien, hijo mio, ese es un admirable sentimiento, un sentimiento religioso y santo, porque ha inspirado á los padres de la iglesia santas y vengadoras palabras..... A la voz de esos grandes revolucionarios fué tambien proclamado el divino principio de la fraternidad y de la igualdad humana... Sí... añadió David con amarga tristeza, pero proclamado en vano... Los sacerdotes, renunciando su origen de igualdad, se han hecho cómplices del poder y de la riqueza de los reyes y de los grandes; en nombre de estos han dicho á los pueblos: estais consagrados desgraciadamente á la servidumbre, á la miseria, y á las lágrimas sobre la tierra. ¿No era esto blasfemar demasiado de la paternal bondad del Creador, y desertar harto indignamente de la causa de los desheredados? Mas esta causa tiene, en nuestros dias, valientes defensores, y benditos sean los sentimientos que ha inspirado á Vd. la riqueza, Federico amigo, si os conducen

entre los intrépidos que combaten por la causa imperceptible de la igualdad y de la fraternidad humana (1).

—Oh! exclamó Federico, con las manos juntas, la mirada luminosa, y el corazón palpitando de generoso entusiasmo, comprendo... comprendo.....

—Veamos... continuó David con creciente animación, ¿qué envidia Vd. todavía en ese joven marqués? ¿La antigüedad de su nombre? ¡Envidie Vd... envidie! Vd. tendrá mas que un nombre antiguo: se hará Vd. mismo su nombre mas ilustre... mas afamado que el de Pont-Brillant. ¡Las artes, las letras, las ciencias, la guerra! ¡Cuántas carreras abiertas á su generosa ambición! Y Vd. lo logrará. Me he enterado de sus trabajos, y conozco á dónde llegarán sus facultades decuplicadas por la fuerza del impulso de una obs-

(1) Nota del autor. Séame permitido advertir que esto se escribía en el mes de noviembre de 1817.

tinada y valerosa emulacion.

—Dios mio! exclamó Federico entusiasmado y con los ojos bañados de dulces lágrimas, no puedo explicar la mudanza que se verifica en mí... A la noche oscura... ha sustituido el dia... el dia brillante de otro tiempo... y mas resplandeciente todavía... oh! mamá!... mamá mia!...

—Investiguemos... todavía, continuó David, no queriendo dejar la menor duda á Federico, ¿la envidia que inspira á Vd. ese antiguo nombre de *Pont-Brillant*, se manifiesta por un violento rencor contra la tradicion aristocrática... siempre viva y renaciente... la feudal allí... aquí la vecinal?... ¿De tal envidia glóriese Vd., hijo mio... Juan Jacobo protestando contra la desigualdad material de las condiciones, fué un sublime envidioso, y nuestros padres... destrozando el privilegio y la monarquía... nuestros padres fueron heróicos é inmortales envidiosos!!

—Oh! exclamó Federico, ¡cómo late mi corazón con las nobles palabras de Vd.,

señor David!... Cuánta revelacion!....
 Lo que me mataba... lo conozco ahora,
 es una envidia cobarde... estéril! ¡la en-
 vidia era para mí la inercia, la de-
 sesperacion... la muerte! En mi rabia
 impotente tan solo sabia maldecirme á mí
 mismo, á los demas, y á mi nacimiento....
 La envidia ha de proporcionarme el deseo
 y la fuerza de salir de mi obscuridad.....
 saldré!....

—Bien!... bien!... caro y bravo jóven,
 exclamó á su vez David, estrechando á Fe-
 derico contra su pecho. Ob!... estaba se-
 guro yo de dar á Vd. la salud... Tarea fá-
 cil con una generosa naturaleza como la
 de Vd... tan largo tiempo cultivada por
 la mas admirable de todas las madres...
 Tierno y escelente corazon, añadió sin
 poder contener las lágrimas. Esta ma-
 ñana, en el momento de perecer, el úl-
 timo grito de Vd. era: *¡Mamá mia! ma-
 má mia!*... Vd. renace ya con la es-
 peranza de la vida, y su primer grito
 es aun: *Mamá! mamá mia!*.....

—Debo á Vd. la vida murmuraba el hijo de Mad. Bastien, correspondiendo al apretón del profesor, debo á Vd. la vida del cuerpo y la del alma, señor David.....

—Federico, niño mio, dijo David con indecible emoción, llámeme Vd. su amigo. Este nombre le merezco... ahora, ¿no es así? y reemplazará en mí aquel dulce y amado nombre que no debo mas escluir.
Hermano mio!

—Oh! amigo mío, exclamó Federico con la esaltacion de este nombre, Vd. verá cuan digno soy de él.

A esta explosión de tiernos sentimientos sucedió un instante de silencio... durante el cual David y Federico se mantuvieron estrechamente abrazados.

El preceptor tomó primero la palabra.

—Ahora, querido jóven, he de apelar á la franqueza de Vd. acerca de una circunstancia grave... es preciso ser severo... iuslemente conmigo propio..... pero no

injusto.... Digame Vd. si.....

David no pudo concluir. Enteramente distraído de los objetos exteriores, el preceptor y su discípulo no se habían ocupado del camino andado, y el carro acababa de pararse de repente á poca distancia de la puerta de la quinta.

Maria Bastien, mortalmente inquieta de la ausencia prolongada de su hijo, hacia tiempo que se hallaba en pié debajo del pórtico rústico de su casa, atisbando á lo lejos con la vista, la vuelta de Federico.

Al distinguir el carro, cubierto que se acercaba á la quinta, un presentimiento inesplicable anunció á la jóven madre que su hijo venia allí. Fluctuando entonces entre el temor y la alegría corrió al encuentro del carro, lo alcanzó y exclamó:

—Federico?... Eres tú?

Era precisamente cuando fué interrumpido David, y paró el carro.

De un brinco saltó del carruaje el

hijo de Mad, Bastien, la cubrió de besos y de lágrimas, prorrumpiendo con voz entrecortada por sollozos de alegría:

—Mamá..... me he salvado..... No mas pesadumbres..... estoy salvado..... mamá!..... salvo!.....



CAPITULO II.

A estas palabras repetidas con émbriaguez por Federico; *estoy salvado... má-má... salvo....* Maria Bastien miró á su hijo con cierta mezcla de alegría y de estupor; estaba ya descoñocido y casi transfigurado... la cabeza erguida, la sonrisa radiante y la vista inspirada! Sus bellas facciones parecian iluminadas por un brillo interior; la jóven madre se alucinó a presenciar tan repentina transformación... Apenas hubo exclamado su hijo: *estoy salvado!* cuando por su actitud, por su sem-

blante y por la serenidad del aspecto de David, Maria adivinó que la llevaba regenerado á Federico.

¿Qué medio, qué prodigio, habia obrado un resultado tan súbito como inesperado? Maria no se lo preguntó... David la devolvía á su Federico de *otro tiempo*, como ella decia... Además en su favor de reconocimiento casi religioso, iba á arrojarse á los pies del profesor, cuando este la detuvo estendiendo con viveza sus manos hácia ella... Mad. Bastien las tomó... las estrechó apasionadamente entre las suyas y esclamó con voz en que vibraban, por decirlo así, todos los latidos de su corazón.....

—¡Mi vida... mi vida entera... señor David, Vd. me ha devuelto á mi hijo!

—Oh! mamá mia... oh amigo mio!..... esclamó Federico.

Y con una fuerza irresistible, estrechó á la vez contra su corazón á Maria y á David, quienes, participando del enagenamiento del jóven, se confundieron con él

en un mismo y pronlogado abrazo.

Mad. Bastien no supo el peligro que habia corrido su hijo en aquella mañana; tanto este como David se fueron á mudar sus húmedos vestidos; despues volvieron ambos al encuentro de Maria, la cual sumergida en una especie de éxtasis, tan solo se preguntaba á la sazón en virtud de qué milagro habria David logrado tan rápidamente la curacion de Federico.

Al volverse á ver á pesar del poco tiempo trascurrido, la madre y el hijo volaron de nuevo á sus brazos respectivos.

Durante este abrazo indefinible, buscó la jóven casi involuntariamente las miradas de David, como para asociarle á sus maternales caricias y darle gracias por la felicidad que disfrutaba.

Federico, dirigiendo la vista en torno suyo parecia contemplar con enternecimiento todos los objetos que habia en la sala de estudio.

—Mamá, dijo con encantadora sonrisa

después de un momento de silencio, vas á tenerme por loco... pero me parece... que hace no sé cuanto tiempo... que yo no he entrado aquí... toma, desde la vispera del dia en que fuimos al castillo de Pont-Bri-llant.., Nuestros libros, nuestros dibujos, nuestro piano... en fin, hasta mi viejo sitial de labor... son como otros tantos amigos que hallo después de una larga ausencia.

—Te comprendo, Federico... dijo sonriendo Mad. Bastien. Nosotros somos como los adormecidos del cuento de la *Bella del bosque durmiente*... ¡Nuestro sueño, aunque no tan largo como el suyo, ha durado cinco meses! Malditas fantasías le han agitado; pero al despertar nos encontramos tan dichosos como cuando nos dormimos. No es verdad?

—Mas dichosos! mamá, replicó Federico, tomando la mano de David. Al despertar nos encontramos con un amigo mas.

—Tienes razon, hijo mio, dijo la jóven

arrojando sobre David una mirada seductora, en seguida, viendo á Federico abrir la puerta vidriera que daba al arbolado, añadió Mad. Bastien:

—Qué haces? La lluvia ha cesado.... pero el tiempo sigue todavía nebuloso y opaco.

—El tiempo nebuloso y opaco! exclamó Federico saliendo de la casa, y mirando con júbilo el arbolado de cien años. Oh! mamá, ¿puede Vd. decir que el tiempo está opaco?... Toma... voy á continuar haciéndote creer que estoy loco... pero nuestro querido y viejo arbolado me parece tan dorado y risueño como durante el mas alegre sol de la primavera.

El jóven en efecto parecia que volvia á nacer; su semblante espresaba una felicidad tan verdadera, y tan expansiva, que su madre no se cansaba de contemplarle en silencio... le veia de nuevo tan hermoso tan vivo y tan alegre como en tiempos pasados, y aunque estaba mas delgado... y pálido... su palidez, con todo, se

coloraba á cada instante del sonrosado de las mas dulces emociones.

David, para quien cada palabra de Federico tenia su sentido, gozaba deliciosamente de esta escena.

De repente el jóven se quedó un momento pensativo, delante de cierta espesura de espinos silvestres que crecian sobre la linde de arbolados; pasados algunos momentos de reflexion, dirigió sus ojos á Mad. Bastien, y la dijo, no con tanto regocijo, sino con una dulce melancolía:

—Mamá! en dos palabras... voy á contarte mi curacion... así añadió volviéndose hácia David, verá Vd... amigo mio... cómo he aprovechado sus lecciones.

Por la primera vez, advirtió Maria que su hijo llamaba á David *amigo suyo*. La satisfaccion que experimentó por tan tierna familiaridad, se manifestó tan visiblemente en su semblante, que Federico la dijo:

—Mamá! Mr. David es el que ha querido que le llame en lo sucesivo amigo

mío; y tuvo razón, porque no me hubiera sido fácil nombrarle por más tiempo, *señor David*; ahora, mamá... escúchame bien, repuso Federico, ¿ves esa espesura de espinos negros?

—Sí, hijo mío.

—Nada me parece más inútil que esos formidables espinos con sus acerados pinchos; no es cierto mamá?

—Sin duda.

—Pues que el anciano Andres, nuestro jardinero, *nuestro jefe de los cultivos* añadió sonriendo, aplique únicamente á la epidermis de ese arbusto... sin cultivo, un ramito de buen peral.. y verás como el silvestre espino se transforma pronto en árbol cargado de flores, y despues de sabrosas frutas. Y sin embargo, mamá, siempre serán los mismos racimos que sacan igual savia bajo el propio sol; solo que esa savia y esa fuerza se utilizarán. Entiendes?

—Maravillosamente, hijo mío... Se trata, como tú dices, de fuerzas bien emplea-

das, en lugar de permanecer estériles ó nocivas.

—Sí, señora, replicó David cambiando una sonrisa de inteligencia con Federico; y continuando la comparacion hecha por este querido jóven, añadiré que ecsisten tambien pasiones que se consideran por muy peligrosas y arrebatadas, á causa de estar muy profundamente arraigadas en el corazon del hombre; Dios las ha colocado allí... que no se arranquen, solamente se ingerten esos espinos silvestres, como ha dicho Federico, y verán Vds. cómo florece y fructifica la savia poderosa que el Creador ha puesto en ellos.

—Eso me hace recordar, señor David, dijo la jóven madre, conmovida del razonamiento, que á propósito del sentimiento del odio... me ha hecho Vd. observar, con razon, que habia odios nobles, generosos y hasta heroicos.

—Y bien, mamá, dijo resueltamente Federico. La envidia puede... como el odio... llegar á ser fecunda, heróica, sublime.....

—La envidia! prorrumpió Mad. Bastien.

—Sí, la envidia... porque el mal que me mataba... era la envidia.

—Tú... envidioso... tú?

—Desde nuestra visita al castillo de Pont-Brillant... la vista de aquellas maravillas.....

—Ah! exclamó Maria Bastien, instruída al instante por esta revelacion y temblando, si asi puede decirse, de un espanto retroactivo. Ah! ahora... lo comprendo todo, hijo infeliz.....

—Hijo feliz...! mamá... porque si esa envidia, por falta de cultivo, ha sido tanto tiempo nociva y silvestre como el espinó de que hablábamos hace poco... nuestro amigo, añadió Federico volviéndose hácia David con una inefable sonrisa de ternura y de agradecimiento, nuestro amigo la ha *ingertado* de valiente emulacion, y de ambicion generosa... y tú verás los frutos, mamá... tú verás como á fuerza de valor y de trabajo, ilustraré yo tu nom-

bre y el mio, este nombre humilde, cuya oscuridad me lastimaba, Oh! la gloria! la fama!... mamá mia, ¡qué brillante porvenir!... Hacerte decir con alborozo, con orgullo: ¡ese sin embargo es mi hijo... es hijo mio!.....

—Hijo mio... oh! hijo adorado! exclamó María enagenada: comprendo ahora la curacion del mismo modo que he comprendido el mal.

A continuacion dirigiéndose al profesor, no pudo menos de decir:

—Señor David!... oh! señor David.....

Las lágrimas y sollozos de alegría no la dejaron proseguir.

—Sí, espésale tu reconocimiento, mamá, replicó Federico arrebatado por la emocion *ámale, adórale, bendícele*, porque tú no sabes, ¿ves? ¡cuánta bondad, cuánta delicadeza, qué elevada y enérgica razon, qué genio ha dado á conocer en la curacion de tu hijo!... Sus palabras han quedado indelebles en mi corazon; me han devuelto la vida, la esperanza y todos los

sublimes sentimientos que te debia.., Oh! gracias te doy, mamá mia, tu mano es todavía la que ha escogido á mi salvador, á ese genio que me ha hecho ser de nuevo digno de tí.

.

Hay felicidades que no pueden describirse... Tal fué el fin de aquel dia para David, Maria y su hijo.

El agradecimiento y la admiracion de Federico en favor de su amigo, habian penetrado bastante en su corazon, para que dejase de hacer participar los mismos sentimientos á su madre; estaban tan grabadas en su memoria las palabras del preceptor, que las fué refiriendo, casi una por una, á la jóven, circunstanciadamente.

Muchas veces estuvo Federico á punto de confesar á su madre que no tan solo debia á David la vida del alma, sinó tambien la del cuerpo... pero le contuvo la promesa hecha á su amigo, y mas que todo el temor de causar en aquel momen-

to á María Bastien una peligrosa emocion.

En cuanto á Maria, abrazando de un golpe de vista toda la conducta de David desde que se dedicó al cuidado de Federico hasta la hora del triunfo inesperado.... recordando su mansedumbre, su sencillez, su delicadeza y su perseverante generosidad, coronada de écsito tan completo, écsito conseguido por el solo ascendiente de su magnánimo corazon y de su espíritu elevado... en cuanto á Maria, la sensacion que esperimentó aquel dia en favor del profesor, seria dificil de espresar: era un conjunto de ternura, de afecto, de admiracion, y principalmente de apasionado reconocimiento, porque la jóven debia á David no solamente la curacion de su hijo sinó que contaba tambien con el porvenir que entreveia tan glorioso y tan brillante quizá para Federico, no teniendo duda alguna en que dirigidas sus cualidades diestramente por David y escitadas ademas por el ardor de una generosa ambicion

elevasen algun dia á su hijo á una brillante posicion.

Desde este momento tambien, en el corazon de Maria llegó David á ser inseparable de Federico, y sin darse precisamente cuenta de esta esperanza, la jóven madre sintió su vida y la de su hijo para siempre unidas, ó mas bien confundidas con la de David.

Bien se deja conocer la deliciosa noche que pasarian en la sala de estudio, la madre, el hijo y el preceptor.

Pero como ciertas alegrías rinden tanto como el dolor, y ecsigen, por decirlo así, gustarse y saborearse con recogimiento, María, su hijo y David se separaron antes que de costumbre, y aquella noche se despidieron *hasta mañana* con la dulce conviccion de un dia placentero.

David regresó á su pequeño aposento.

Tambien él necesitaba estar solo.

Las palabras pronunciadas por Federico en el arretrato del reconocimiento hablando del profesor á su madre:

— *Amale... adórale... bendícele.....*

Palabras á que habia contestado Maria Bastien, arrojando sobre David una mirada de inesplicable agradecimiento, causaban el gozo y el dolor del preceptor.

Habia sentido conmovirse las últimas fibras de su corazon al encontrarse muchas veces con los azules ojos de Maria llenos de un gozo maternal; se habia estremecido tambien al ver las caricias delirantes que la madre hacia al hijo, y ecsaminaba además, á su pesar, los tesoros del ardiente cariño que debia contener aquella naturaleza tan vírgen como apasionada.

— ¡Qué amor como el suyo, se decia, si tuviese cabida en su corazon otro sentimiento que el de la maternidad!... ¡Cuán hermosa estaba hoy... qué espresion tan

seductora!... oh! lo siento, porque ha llegado para mí la hora del peligro, de la lucha y del sufrimiento.

—¡Sí... porque las lágrimas de María la consagraban! me acusaba de sacrílego al levantar la vista sobre esa joven madre llorosa, y tan bella á pesar de eso en medio de sus lágrimas... Mas héla aquí radiante... en una felicidad que me debe... hé aquí como en su ingenuo reconocimiento, sus ojos enternecidos me buscan á cada instante, y reposan sucesivamente sobre Federico y sobre mí.

—Mas hé aquí que su hijo la dice, y la dirá repetidas veces delante de mí: *ámale... adórale... bendícele...* y acaso el silencio espresivo, y la mirada afectuosa de esa mujer echicera me hagan creer algun dia que.....

No atreviéndose David á continuar en semejante pensamiento, repuso abrumado de tristeza:

—Oh! sí, ha llegado la hora de la resignacion, la hora del sufrimiento; confesar

mi amor, de ningun modo... dejarle adivinar á Maria... ¿ahora que me debe tanto? ¿seria hacerla creer quizá que mi ofrecimiento y atentos oficios ocultaban un cálculo de seducción? Seria hacerla creer que en lugar de ceder yo voluntariamente, como así ha sido, al interés que me inspiró ese pobre niño, por el recuerdo de un hermano, continuamente llorado, me he valido de semejante pretesto para encubrir mis miras de sorprender su confianza maternal, y perderia además á su vista el solo mérito de mi sacrificio... de mi franqueza repentina, irreflecsisa... sí, muy irreflecsiva... ahora lo conozco... desventurado de mí! Degradarme en fin, á los ojos de Maria, nunca!..... nunca!.....

Entre ella y yo *estará siempre su hijo.*

¿Para huir del amor... que siento irse siempre aumentando, debo yo dejar esta casa?.....

No, no puede aun.

Federico, hoy en el enagenamiento de la revelacion que ha hecho que cambie su triste desesperacion en una voluntad llena de fé y ardor, Federico, retirado repentinamente del abismo en que bregaba... experimenta aquel vértigo del prisionero, vuelto de repente á la luz del dia y á la libertad... ¿pero esta curacion no necesita por ventura afirmarse? ¿No necesitará ahora de moderar la fogosidad de esa jóven y ardiente imaginacion en su vuelo hácia el porvenir?

Y luego, pasada la primera ecsaltacion, acaso mañana, por la misma razon que se hallará Federico mas restablecido en su propia estimacion, y que comprenderá mejor los generosos esfuerzos que ha de emplear contra la envidia, se acordará sin duda con mas dolor aun de la funesta accion que trató de cometer, de su tentativa de asesinato contra Raoul de Pont Brillant. Una fecunda y generosa espacion será, pues, la única que podrá calmar ese remordimiento que en parte ha con-

ducido á Federico al suicidio.

No, no, todavía no puedo abandonar á este jóven, le amo con demasiada sinceridad... y tengo bastante corazon para completar mi obra.

Es preciso permanecer aquí.

Permanecer... y pasar cada dia una vida íntima y solitaria con Maria... que ha venido sola aquí, á este sitio, en medio de la noche, en un desórden, cuyo recuerdo me devora y desvanece... y me persigue hasta en el sueño, donde busco inutilmente el olvido y el sosiego.

A este peligroso sueño se entregó David sin embargo, porque las emociones y fatigas de aquel dia habian sido grandes.

El dia siguiente principiaba ya á rayar.

Despertado sobresaltadamente David por una porcion de golpes dado con violencia á la puerta de su cuarto, oyó la

voz de Federico que decia lleno de terror:

—¡Amigo mio... abra Vd... abra Vd...
por favor!.....



CAPITULO III.

Despues que se hubo vestido David apresuradamente, abrió la puerta, y vió á Federico pálido... con el semblante trastornado.

—Hijo mio... qué hay?

—Ay! amigo mio... que desgracia!

—Una desgracia?

—El Loire.....

—Y qué?

—La inundacion... de que hablaba ayer

el fabricante de tejas... Una avenida... es horrorosa!...: ¡Cuántos desastres, Dios mio! cuantos desastres!

—Venga Vd... venga Vd., amigo mio... bácia el linde del arboeldo... no se ve ya el valle... es un largo sin fin!

—David y Federico bajaron apresuradamente y encontraron en la sala de estudio á Mad. Bastien que se habia levantado tambien aprisa.

Margarita y el jardinero daban gemidos espantosos.

—El agua va á ahogarnos.....

--La casa va á ser arrebatada esclamaban unos.

—Y los cortijos del valle... decia Mad. Bastien, con ojos arrasados de lágrimas. Estas casas aisladas... estarán quizá sumergidas ya... y los desgraciados que las habitan, sorprendidos durante la noche por la inundacion, no habrán podido huir.....

—En tal caso, señora, dijo David, es preciso ocuparse sobre todo sin tardanza

de las gentes del valle aquí no hay peligro alguno.

—¡Pero el agua llega á un cuarto de legua.... señor David! replicó Margarita.

—Y va siempre subiendo... añadió Andrés.

—Tranquílcese Vd., señora, repuso David. Desde mi permanencia aquí, he corrido bastante observando el pais, y estoy seguro de que la inundacion jamás llegará á esta casa... su nivel está muy elevado. No tenga Vd. cuidado.....

—¡Pero y las gentes de las alquerías del valle! prorrumpió Federico.

—La avenida debe haberse estendido hasta el cortijo de Juan Francisco: ¡un hombre tan bueno y tan escelente!... exclamó Maria. Su mujer, sus hijos... están perdidos.....

—¿Ese cortijo... dónde está, señora? preguntó David.

—A una media legua de aquí... en la llanura baja... se descubre desde el con-

fin de la arboleda que domina á lo lejos el pais. Ay de mí! ó por lo menos debe verse... si la avenida no se lo ha llevado ya tras sí.

—Venga Vd., señora, venga Vd., dijo David, corramos á asegurarnos de lo que hay.

En un momento, Federico, su madre y David, seguidos del jardinero y de Margarita, llegaron al fin de la arboleda, mucho mas elevada que el valle.

Qué espectáculo!

A un cuarto de legua de allí y en toda la estension que alcanzaba la vista de Norte á Este, tan solo se percibia una inmensa cascada amarillenta y cenagosa, cortada en el horizonte por el cielo encajado de obscuras nubes, rápidamente impelidas por un viento glacial. Al Oeste la cortina del bosque de Pont Brillant se hallaba medio sumergida, mientras que la cima de algunos álamos blancos apuntaban acá y allá en medio de aquel mar inmóvil... sin límites.

Esta devastacion lenta y silenciosa como la tumba, era mas espantosa aun que los relumbrantes estragos del incendio.

Los espectadores de aquel gran desastre quedaron por un momento sobrecogidos de terror.

David saliendo el primero de un abatimiento tan estéril, dijo á Mad. Bastien:

—Señora... vuelvo al momento.

Algunos minutos despues, corria trayendo un excelente antejo de larga vista, de que se servia muchas veces en sus viajes.

—La niebla de las aguas no deja ver bien á lo lejos, señora, dijo David á Maria, ¿en qué direccion se encuentra el cortijo de que hablaba Vd. hace poco?

—En la direccion de esos álamos blancos, allí abajo... á la izquierda, señor David.

El preceptor dirigió su antejo hácia el punto señalado, permaneció algunos momentos atento, y exclamó en seguida:

—Ay! desgraciados!

—Cielos!... están perdidos! dijo con viveza Maria.

—El agua ha invadido ya hasta la mitad del techado de la casa, prosiguió David; están encima del tejado agarrados á la chimenea; allí veo un hombre, una mujer y tres niños.

—Dios mio! exclamó Maria juntando las manos y cayendo de rodillas con los ojos levantados al cielo... Dios mio! socorredlos... tened piedad de ellos.

—Y sin medio alguno de salvarlos! continuó Federico, ¡tenerse que contentar solo con llorar semejante desgracia!

—¡Infeliz Juan Francisco... un hombre tan honrado! dijo Andrés.

—Ver morir con él á sus tres niños! añadió Margarita sollozando.

David, tranquilo, silencioso y grave, segun acostumbraba estarlo en la hora del peligro, daba convulsivamente con su anteojo en la palma de la mano, y parecia reflexionar; todas las miradas se fijaban

sobre él. De pronto su frente se ilumina, y con aquella autoridad de acento y rapidez de decisión que distinguen al hombre hecho para mandar, David dijo á Maria:

—Señora; permítame Vd. dar aquí órdenes... los momentos son preciosos.

—Obedecerán á Vd. tanto como á mí, señor David.

—Ándrés replicó el profesor, engancha pronto el caballo á la carreta.

—Bien; señor.

—Sobre el estanque que está inmediato á la casa; he visto yo un barquichuelo. Esta allí todavía?

—Sí; señor.

—¿Es bastante ligero para llevarle sobre el carro?

—Cierto que sí, señor.

—Federico y yo, ayudaremos á Vd. á colocarle en él... Corra Vd. á enganchar; nosotros alcanzaremos á Vd.

Ándrés se fué inmediatamente á la cuadra.

--Mientras tanto, señora, dijo David á

Maria, haga Vd el favor de mandar traer al momento algunas botellas de vino y dos ó tres mantas, que llevaremos nosotros en la barca... porque esos desgraciados, si podemos salvarlos, estarán muertos de frio y de necesidad. Disponga Vd. tambien que se preparen camas, un gran fuego, á fin de que á su llegada aquí, puedan aquellos recibir todos los auxilios posibles. Ahora, Federico... vamos á ayudar á Andrés... y encaminémosnos de prisa al estanque.

—Amigo mio, dijo el jóven á su preceptor, brillándole los ojos de impaciencia y de ardor: salvaremos á esos desgraciados ¿no es cierto?

—Asi lo espero, hijo mio... pero el peligro será grande... Luego que hallamos atravesado las aguas muertas... tendrémós que entrar en la corriente de la avenida, que debe ser tan rápida como un torrente.

—Y qué importa el peligro, amigo mio!

—Es preciso conocerlo para triunfar de

él, mi querido joven... Ahora... dígame Vd., añadió David con emoción, ¿cree que esponiendo así generosamente su vida, no espiará la funesta acción que procuró cometer... de otra manera mas digna... que buscando en el suicidio una muerte esteril?.....

Un apretón apasionado de Federico hizo reconocer á David que habia sido comprendido.

El carro atravesaba en aquel instante el camino para llegar al estanque.

Un gendarme, que aguijaba á su caballo al gran galope, llegaba entonces á rienda suelta.

—¿Crece todavía la inundacion? gritó David al soldado haciéndole con la mano la señal de pararse.

—El agua continúa siempre subiendo, señor, contestó jadeando el gendarme; acaban de romperse los malecones... hay ya treinta pies de agua en el valie... el camino de Pont-Brillant está interceptado... el único barquichuelo que habia pa-

ra salvar á los anegados acalá de zozobrar con los que le servían. Todos han perecido; yo corro al castillo para reclamar gente y las barcas de los estanques.

El soldado volvió á marchar metiendo espuelas al caballo cubierto de espuma.

—Oh!... esclamó Federico con entusiasmo, llegaremos nosotros antes que las gentes del castillo!

Ya ve Vd., hijo mio, lo que la envidia tiene de bueno, dijo David, que penetraba el secreto pensamiento de Federico.

—El carro llegó muy luego al estanque. Andrés, Federico y David cargaron facilmente el ligero barquichuelo sobre el carruaje; ocupado enteramente el profesor de aquella maniobra, con la prevision reflexiva que jamás le abandonaba, revisó cuidadosamente los remos de la embarcacion, así como sus toletes (estacas plantadas en la regala para punto de apoyo de los remos.)

—Andrés, dijo al jardinero, ¿tiene Vd. un cuchillo?

—Si, señor.

—Pues démelo Vd.; ahora vuelva Vd. Federico, á casa con Andrés; active Vd. cuanto pueda la marcha del caballo, porque el agua sube por momentos... y puede anegar á los desgraciados que estan allá abajo.

—Pero Vd., amigo mío?

—Veo aquí unos tallos nuevos de encina, y voy á cortarlos para reemplazar los toletes de la barca, porque son viejos, y la madera verde es mas pegajosa y mas fuerte... Vaya Vd., vaya Vd., que ya le alcanzaré corriendo.

El carro se alejó, el viejo caballo vigorosamente sacudido con el látigo, y sintiendo, como suele decirse, *la casa* tomó el trote. David cojió las estacas que le hacian falta y pronto alcanzó al carruaje que seguia apresuradamente y á pié, igualmente; que Federico á fin de no cargar demasiado al caballo. Durante la marcha

daba al profesor á los toletes la forma conveniente; Federico le miraba con sorpresa.

—Vd. piensa en todo, le dijo.

—En mi viaje á los grandes lagos de América, presencié desgraciadamente inundaciones terribles, auxilié á los indios en muchos actos semejantes de salvacion, y aprendí allí que ciertas pequeñas precauciones evitan frecuentemente grandes peligros... Por esa razon estoy preparando tres juegos de toletes... porque es probable que rompamos algunos, y como dice el adagio marino. *á tolete roto... remo muerto....*

—Verdad es que el remo entonces, falto de un punto de apoyo sólido, llega á ser casi inútil.

—¿Y qué se ha de hacer en medio de una sima con solo un remo?... perderse...

—Es cierto, amigo mio.....

—Es pues indispensable que nos preparemos á remar vigorosamente, en el concepto de encontrarnos con árboles á

flor de agua, ribazos de camino (ó otros obstáculos que podrán dar violentas sacudidas á nuestros remos y quizá romperlos. No tiene Vd. repuesto?

—Todavía hay uno en casa.....

—Le llevaremos con nosotros, pues que por falta de un remo, puede llegar á hacerse imposible la salvacion de esos desgraciados, y nuestra pérdida segura... Vd. rema bien... no es cierto?

—Sí, amigo mio; uno de mis mayores placeres consistia en pasear con mi mamá por el estanque.

—Vd. se dedicará por lo tanto á los remos; yo sondearé á la proa, y dirigiré el barquichuelo en medio de un remolino. Hago á Vd. aquí, hijo mio, una recomendacion esencial que no tendré tiempo de hacérsela, empezada la maniobra; y es que no deje arrastrar sus remos: despues de cada remadura levánteles Vd. horizontalmente... porque podrian muy bien enredarse ó romperse contra cualesquiera de los obstáculos, á flor de agua, que hacen

tan peligrosa la navegacion sobre los terrenos inundados.

—Nada olvidaré, amigo mio, esté Vd. tranquilo, contestó Federico, á quien la esperiencia y sangre fria de David daban una confianza sin límites.

Al tiempo en que el carro iba á llegar á la casa, David y Federico hallaron gran número de paisanos desconsolados que echaban delante de ellos al ganado y acompañaban á los carros, en que se veian amontonados en desorden muebles, utensilios de casa, colchones, vestidos, barriles y sacos de granos arrebatados apresuradamente de las oleadas invasoras de la inundacion.

Habia mujeres que llevaban sus criaturas al pecho, y otras conducian á niños y niñas sobre sus costillas, mientras que los hombres se ocupaban en el ganado desparovido.

—¿Buenas gentes, continua subiendo siempre el agua? les preguntó David sin pararse y marchando á su lado.

—Triste de mí señor: la crecida aumenta todavía; el puente de Blemur acaba de ser arrastrado por las aguas, dijo uno.

—Había ya cuatro pies de agua en el lugar cuando nosotros le hemos abandonado, repuso otro.

—Los grandes montones de madera del fondeadero de San Pedro, añadió un tercero, acaban también de ser arrebatados en la corriente del valle.

—Bajaban precipitados como el rayo, y han hecho zozobrar á dos grandes barcas del Loire, que tropezaron en su curso, servidas de marineros que venían á prestar socorros.

—Todas esas gentes honradas se han anegado, dijo un testigo de la catástrofe, porque el Loire, en su mayor altura no es la mitad de rápido que la corriente de la inundación.

—Y los desventurados de allá bajo..... dijo Federico á David estremeciéndose de impaciencia, ¡llegaremos á tiempo,

Dios mio! Oh! si las gentes del castillón nos adelantan.....

El carro llegaba entonces á la quinta; en tanto que se colocaban en la barca las provisiones y las mantas, David pidió una podadera á Andrés, y fué á cortar una larga vara de fresno de diez piés sobre poco mas ó menos, ligera, flexible y manejable; un gárfio de hierro, que servia para sostener la garrucha de un pozo, se fijó sólidamente en uno de los nudos de este bichero improvisado, el cuál debia servir asi, ya fuese para tirar del barquichuelo en toda la estension de los obstáculos aparentes, ó ya para sostenerle en la de los tejados de las casas sumergidas; la larga cuerda del pozo se metió tambien en la barca, asi como dos ó tres tablas ligeras lladas bien juntas con mucha firmeza, las cuales podian servir de boya de salvacion en un caso desesperado.

David se ocupaba de estos pormenores con una actividad reflexiva y tan espedita fecundidad, que sorprendian á Mad.

Bastien, no menos que á su hijo. Cuando todo estuvo dispuesto, dirigió atentamente la última mirada sobre cada uno de los objetos, y dijo á Andrés.

—Vaya Vd. lo mas pronto posible hasta la ribera de la inundacion; Federico y yo le alcanzaremos despues, y nos ayudará á descargar la barca y á botarla al agua.

El carro, torciendo entonces la orilla de la arboleda en que quedaba David, Federico y su madre, se dirigió hácia la llanura sumergida, que se veia á lo lejos. En la cuesta, que era demasiado pendiente, el caballo se puso al trote,

Mientras que el carro se alejaba, David tomó el anteojo que había dejado sobre uno de los bancos rústicos de la arboleda, y miró con él al cortijo. El agua llegaba ya á dos pies de la cumbre del tejado en que se hallaba refugiado toda la familia del colono....

David apoyó su anteojo sobre el banco y con voz firme dijo á Federico.

—Hijo mio, abrace Vd. á su mamá..... y marchemos... el tiempo urge.

Maria sintió un general estremecimiento en todo su cuerpo, seguido de mortal palidez.

Durante un segundo, sostuvo el alma de la jóven una lucha, terrible entre la voz del deber, que la permitia dejar ejecutar á Federico una accion generosa con peligro de su vida, y la de la sangre que la escitaba á impedir que su hijo arrostrase aquel peligro de muerte; fue tan grande esta lucha, que Federico, el cual no habia cesado de contemplar á su madre, la vió flaquear... asustada del pensamiento de perder al hijo, á la sazón en que le hallaba tan digno de ella.

Entonces Maria, estrechando á Federico entre sus brazos para oponerse á su partida, exclamó con voz desgarradora:

No... no... no quiero.....

—Mama mia, la dijo Federico por lo bajo, *yo intento matar... y hay alli... á*

¿quién se puede librar de muerte.

Maria se resolvió heroicamente.

—Entonces... hijo mio... anda, dijo su madre.

Y dió un paso hácia adelante, como si tratara tambien de ir al alcance de la lancha.

—Señora! exclamó David, adivinando su resolucion, es imposible.

—Señor David he de abandonar á mi hijo?

—Mamá mia!

—Donde tu vayas... iré yo:.....

—Señora, repuso David: la barquilla solo puede contener á cinco personas..... Hay allí un hombre, una muger y tres niños que salvar: el acompañarnos en la barca... es obligarnos á dejar entregados á una muerte segura... al padre á la madre y á los tres hijos!

A estas palabras incontestables, Mad. Bastien dijo á su hijo:

—Anda pues solo, hijo mio:.....

Y tanto la madre como el hijo confun-

dieron sus lágrimas y besos con el último abrazo.

Saliendo Federico de los brazos de su madre, vió á David que, sin embargo de la firmeza de su carácter, se enjugaba el llanto.

—Mamá, dijo Federico señalando á su amigo con la vista, ¿y él?

—Salve Vd. su cuerpo del mismo modo que ha salvado su espíritu, exclamó la jóven estrechando convulsivamente á David contra su seno palpitante. Devuélvamele Vd... ó si no moriré.

David era digno del casto y santo abrazo de esta jóven madre que veia á su hijo ir á desafiar á la muerte.....

Fué una hermana desconsolada la que David estrechó contra su corazón.

En seguida, cogiendo á Federico de la mano, tomó la dirección del carro; ambos dirigieron la última mirada á Mad. Bastien: cuyas fuerzas se agotaban, cayendo destrozada de dolor en uno de los bancos rústicos de la arboleda.

Pasado este acceso de debilidad, se levantó Maria y siguió con la vista á su hijo y á David durante todo el tiempo que pudo distinguirlos.



CAPITULO IV.

Al cuarto de hora estaba ya la barquilla descargada del carro é inmediatamente fué puesta en boga sobre la orilla de las aguas muertas de la inundacion.

—Andrés, quédate allí con el carro, dijo el preceptor, porque los desventurados que intentamos salvar, estarán estenuados é imposibilitados de poder llegar andando á casa, de Mad. Bastien.

—Muy bien, señor David, dijo el anciano, y añadió con emocion: valor señorito Federico.

—Hijo mio, dijo David cuando la barca iba á dejar la orilla, para estar dispuesto á todo evento, haga Vd. lo que yo, quitarse el calzado, la corbata y el vestido y echarlo sobre las espaldas á fin de librarse del frio... Aunque me suceda cualquier accidente, no se ocupe Vd. de mí, pues soy muy buen nadador; por procurar salvarme Vd., ambos nos perderíamos. Ahora, querido Federico, á los remos, y reme Vd. firme, pero sin apresurarse demasiado; economice sus fuerzas; yo estaré al cuidado por la proa y sondearé. Vaya, calma, presencia de ánimo y todo irá bien.

Alejíse el barquichuelo de la orilla.

El valor, la energía y el convencimiento de la generosa espacion á que Federico se entregaba, suplieron las fuerzas que habia perdido en su larga y moral enfermedad.

Con sus hermosas facciones, animadas por el entusiasmo y los ojos clavados en David, espiano sus menores insinuacio-

nes, el hijo de Mad. Bastien remaba con vigor y precision. A cada bogada á golpe de *boga*, como dicen los marinos, abanzaba la barca rápidamente y sin trabajo.

David, de pié en la proa, estendiendo su grande estatura en toda la longitud, con la cabeza descubierta, sus negros cabellos flotando con el viento, la mirada ya aplicada sobre el cortijo casi sumergido, ya sobre los objetos que podian servir de obstáculo á su navegacion; David, sereno, prudente y atento, manifestaba una intrepidez tranquila... Durante algunos momentos la marcha de la fábula, facilitada por su chato fondo, no sufrió detencion alguna; mas de repente exclamó el profesor:

—Alto los remos.....

Federico cumplió esta órden, y despues de algunos segundos, se paró el barquichuelo por falta de impulso.

Inclinado David á la proa de la embarcacion, sondeó por medio de su bichero ó botador, el agua que habia visto

de lejos bullir en su superficie, como sucede siempre que choca con algun obstáculo submarino.

En efecto, David reconoció que la flúa se encontraba casi encima de una espesura de enormes sauces chapodados, sobre cuyas cimas hubiera podido entreabrirse la embarcacion si hubiese vogado impetuosamente; apoyando entonces el botador á uno de los troncos que encontró, por debajo del agua, el preceptor separó la barca de tan peligroso escollo.

— Ahora, hijo mio, reme Vd. hácia delante torciendo un poco á la izquierda, repuso David, con el objeto de llegar á esos tres grandes álamos medio sumergidos que ve Vd. ahí abajo. Luego que estemos allí, entraremos de lleno en la corriente de la inundacion que se deja sentir aquí, á pesar de que nos hallamos todavia en las aguas muertas.

Al cabo de algunos minutos, David dijo á Federico:

—Alto los remos.

Al mandarlo, el profesor aseguró el perfio de hierro de que su varal estaba amado, entre los brazos de uno de los llamados hácia los cuales se habia dirigido Federico: estos árboles, de treinta piés de largo, estaban sumergidos hasta las tres cuartas partes de su altura: sostenido el barquichuelo por el botador quedó desde entonces sin movimiento.

—¿Cómo nos paramos, señor David? preguntó Federico.

—Porque conviene descansar un instante, querido mio, y beber algunos tragos de vino.

En seguida David con singular sangre fría destapó una botella que ofreció á su discípulo.

—Descansar nosotros! exclamó Federico, ¿y aquellos desgraciados... que allá abajo... nos esperan?

—Hijo mio... Vd. va jadeando, su frente está inundada de sudor y sus fuerzas disminuyen, lo cual he advertido por el

sacudimiento de los remos. Aun llegaremos á tiempo, el agua no sube ya... con seguridad me lo han hecho conocer muchas señales infalibles; vamos á necesitar de todas nuestras fuerzas y energía; en fin, de estos cinco minutos de reposo tomados á tiempo, puede depender la salvación de esa pobre gente y la nuestra..... vaya, tome Vd. algunos tragos.

Federico siguió el consejo y le aprovechó bien, porque aun cuando no se habia atrevido á confesarlo á David, sentia ya en las articulaciones de los brazos aquella torpeza y embotamiento que sucede siempre al exceso de fatiga y de tension muscular.

En todo este tiempo de detencion necesaria, el profesor y el discípulo contemplaron con silencioso horror el espectáculo que les rodeaba.

Desde el punto en que se hallaban, abrazaban una inmensa estension de agua, no tan muerta como la que acababan de atravesar, pero rápida, espumosa é impe-

masa como el curso de un torrente.

De aquella cascada de agua inconmenurable, se levantaba tal bramido que desde un extremo á otro de la lancha, Federico y David se veían en la precision de hablarse recio para entenderse.

A lo lejos, una línea de agua de color gris oscura designaba, sola, el horizonte.

A unos seiscientos pasos del barquichuelo se percibía el cortijo.

El tejado desaparecía casi completamente bajo las aguas, entonces estacionarias, y se distinguían vagamente formas humanas agrupadas al rededor de la chimenea.

A corta distancia de la embarcacion de Federico guarecida de todo choque por los tres álamos que la servían de estacada natural, gracias á la prevision de David, pasaban á cada instante restos de diversas clases, arrebatados por la corriente que la salúa debía atravesar algunos momentos despues.

Allá se veían maderos y fragmentos de

armadura procedentes de casas derribadas; acá enormes pilas de heno ó de paja, que levantadas por su compacta base y arrastradas por las aguas en toda su integridad, vogaban cual otras tantas montañas flotantes, invadiendo todo lo que encontraban por delante; por otra parte árboles gigantes, arrancados de raíz, pasaban tan rápidos, como una paja sobre el arroyo; veíanse además puertas sacadas de quicio, muebles, colchones, toneles, y á veces en medio de los desechos se divisaban tambien ganados, unos anegados, y otros bregando por encima del abismo, y desapareciendo en él con velocidad, mientras que, por un extraño contraste, patos domésticos, nadando sobre el abismo tranquilamente... seguian por instinto á los demás animales.

Por otra parte de la síma giraban pesadas carretas y zozobraban alguna vez bajo el choque ímpetuoso de inmensos montones de vigas de cien pies de largo y veinte de ancho que iban á la desbandada.



Tales eran los escollos flotantes impelidos de una corriente irresistible, por en medio de los cuales tenian que navegar David y Federico.

Solamente entonces debia ser inminente el peligro de salvar á los colonos.

Federico lo conoció, porque despues de haber echado, como David, una mirada de desolacion sobre aquella terrible escena, dijo con voz firme y grave.

—Tiene Vd. razon, amigo mio... pronto tendremos necesidad de todas nuestras fuerzas... de toda nuestra energia... Este reposo era indispensable... pero tiene algo de horroroso, á la vista de tan triste espectáculo.

—Sí, hijo mio, se necesita valor para descansar así... la ciega temeridad nunca repara ó procura no reparar en el peligro. . pero la valentia reflexiva le contempla con serenidad, y por eso triunfa casi siempre... Sin el descanso que tomamos... nos faltarian, de seguro, las fuerzas por en medio del abismo que vamos á

atravesar, y estaríamos perdidos.

Hablando así, David, revisaba con minucioso cuidado la armadura de la barca y renovaba uno de los toletes, hendido bajo la presión de los remos de Federico; para mayor seguridad, por medio de dos nudos de cuerda bastante flojos, fijó los remos á la regala por un poco mas abajo de su empuñadura; de esta manera conservaban la libertad de su movimiento, sin que pudieran escapar de las manos de Federico en el caso de sobrevenir un choque violento.

El reposo de cinco minutos tocaba á su término, cuando escapándose á Federico una exclamacion de sorpresa involuntaria palideció extraordinariamente y no pudo ocultar la contracción de su semblante.

David levantó la cabeza, siguió la dirección de la mirada de su discípulo, y hé aquí lo que advirtió:

Queda dicho ya, que indefinida la inundación por las partes del Norte y del Este, era limitada al Oeste por el confin del

bosque de Pont-Brillant, en que los árboles mas altos, medio desaparecian bajo las aguas.

Una de las espesuras del bosque, muy avanzada en el valle inundado, formaba así cierta especie de promontorio por encima de la cascada.

Hacia algunos instantes que Federico habia visto salir por detrás de aquella avanzada, remando contra la corriente, á una larga piragua, pintada de color de chamuza, y realzada de una ancha *defensa* carmesí.

Sobre sus bancos, seis remeros, con vestidos chamuzados y gorras carmesíes, bogaba esforzadamente; sentado el patron en la proa, desde donde gobernaba la piragua, parecia tomar las órdenes de un jóven, que de pié en uno de los bancos y con la mano izquierda en el bolsillo de su makintosh de color blanquecino, señalaba con el dedo de la otra á cierto punto, que no podia menos de ser el cortijo sumergido, porque en aquella parte del valle nose per-

cibian mas casas que la del colono.

El barquichuelo de David estaba demasiado distante de la piragua, para que pudiese distinguirse desde él las facciones del personage que parecia dirigir la maniobra. Mas por la esprecion del semblante de Federico no quedó duda al preceptor de que el gefe de la embarcacion fuese Raoul de Pont-Brillant.

La presencia del marqués en el sitio del desastre, se esplicaba por el oficio que el gendarme encontrado por David habia llevado con tanta premura al castillo, reclamando socorros y las barcas de los estanques.

A la vista de Raoul de Pont-Brillan, cuya presencia hacia estremecer á Federico de una manera tan ostensiva, experimentó David tanta sorpresa como placer; el encuentro del jóven marqués parecia providencial; así es que dirigiendo el profesor una mirada penetrante sobre su discípulo, le dijo:

—Hijo mio, ha reconocido Vd. al marqués de Pont-Brillant?

—Sí... amigo mio.....

Respondió el jóven, y continuó siguiéndole con mirada ardiente é inquieta la maniobra de la yola, que evidentemente dirigia tambien su rumbo al cortijo sumergido, el cual se hallaba entonces mas distante que el barquichuelo; pero los seis remeros de la embarcacion patricia debian duplicar la ligereza de su marcha.

—Vamos, Federico, dijo David con voz firme. Mr. de Pont-Brillant se dirige como nosotros hácia la arqueria para socorrer á aquellos desgraciados, accion esforzada y generosa por su parte. ¡Ahora, pues, se presenta la ocasion en que es bueno envidiar... tener celos del jóven marqués!

—Oh!... llegaré antes que él! exclamó Federico con indecible ecsaltacion.

—A los remos! hijo mio... Un último pensamiento para su mamá... y adelante!... la hora es llegada.....

Al pronunciar estas palabras, David desasó el gancho del botador hasta entonces

asegurado en los brazos de los álamos.....

Puesta en movimiento la barca por el vigoroso impulso de los remos, llegó en cortos instantes al medio de la corriente que era preciso atravesar para ganar el eortijo.



CAPITULO V.

Entonces principió una lucha terrible y porfiada contra peligros de todas clases.

Mientras que Federico remaba con increíble energía, escitado extraordinariamente por la vista de la piragua del marqués, sobre la cual dirijia, de tiempo en tiempo, miradas de generosa emulacion, David, colocado en la proa del barquichuelo, le preservaba de los choques con una destreza y valor admirables.

Se encontraba ya bastante prócsimo al cortijo para distinguir muy claramente á

los desgraciados reunidos en la cumbre del tejado, cuando una enorme pila de paja, acarreada por las aguas, avanzaba derechamente sobre la embarcacion que, como iba cortando la corriente, presentaba descubierto todo su costado.

—Redoble Vd. los impulsos del remo, Federico, exclamó David.—¡Valor!... librémonos de la pila.

El hijo de Mad. Bastien obedeció.

Ya la proa de la barca tomaba la delantera á la pila de paja, que tan solo distaba diez piés, cuando al esforzar el joven sus brazos, echándose violentamente hácia atrás para dar mayor ímpetu á la boga, se rompió el remo de la derecha por un movimiento demasiado precipitado; bien pronto, formando palanca el remo de la izquierda, viró la lancha, y en vez del costado presentó su proa á la mole que iba á confundirlos bajo su volúmen.

Sorprendido David por el bamboleo, perdió un instante el equilibrio, pero tuvo tiempo para gritar.

—Bogue Vd. firme con el remo que le queda.

Federico obedeció, mas bien por instinto que por reflexion; la barca viró de nuevo, presentó su costado, medio levantada por el remolino de la mole esférica que alcanzaba ya á la proa, y girando perpendicularmente sobre su único remo, describió cierto movimiento semicircular alrededor del escollo flotante, y pudo darle parte sin recibir mas que un ligero choque.

Mientras esto sucedia con la rapidez de pensamiento, David, cogiendo del fondo de la embarcacion el remo de repuesto, le habia fijado al tolete, diciendo á Federico, aun conmovido del espantoso peligro que acaba de vencer.

—Tóme Vd. ese nuevo remo, y adelante... la piragua os aventaja.....

Federico cogió los remos, arrojando una flamante ojeada sobre la falúa del marqués, que navegaba derecha hácia el cortijo contra la corriente, al paso que la

barquilla la cortaba por medio.

—Así es que, suponiendo igual celeridad, las dos embarcaciones, cuya presunta dirección formaba un ángulo recto, debían encontrarse juntas al mismo tiempo en la alquería.

Pero, según va dicho, aunque la piragua subía la corriente, como sus maniobras se ejecutaban por seis vigorosos remeros, había tomado bastante ventaja, con motivo del accidente de cuyas resultas faltó poco para ser víctima la barca.

Viéndose Federico adelantado por el marqués, llegó á tal punto su exaltación que, durante algún tiempo, elevó las fuerzas humanas á un poder irresistible, y logró hacer prodigios.

Cualquiera hubiera dicho que el hijo de María Bastien comunicaba su febril ardor á los objetos inanimados, y que aligerada la embarcación temblaba de impaciencia en su armadura, en tanto que los remos parecían recibir no tan solo el movimiento sino la vida, según la precisión,

la unidad y hasta casi inteligencia, por decirlo así, con que obedecían al impulso de Federico.....

David mismo, sorprendido de tan increíble energía, continuaba sus cuidados en la proa de la lancha contemplando siempre con radiante vista al discípulo, cuya heroica emulacion pronosticaba.

Pocos momentos despues, dejó oír Federico una exclamacion de profunda alegría.....

La barca no distaba ya mas que veinticinco pasos del cortijo, en ocasion que la yola estaba aun distante unos ciento con corta diferencia.

Fuertes gritos de peligro inminente, acompañados de un crugido formidable, ahogaron de repente el bramido de las aguas.

Una de las paredes delanteras del cortijo, minada por la fuerza de la corriente, se hundió con estruendo, desplomándose al mismo tiempo parte de la techumbre.

A la familia, entonces agrupada al re-

dedor de la chimenea no la quedó bajo los piés mas que algunos pedazos de maderamen, cuyas lentas oscilaciones anunciaban la caída inmediata.....

Algunos minutos despues, la pared sobre que estaba construida la chimenea venia tambien abajo á su turno.....

Aquellos desgraciados presentaban un cuadro lastimoso, digno de cualquier pintor del diluvio.....

El padre, de pié, á medio vestir..... pálido... con los labios azulados, y hoscos los ojos, se aferraba con el brazo izquierdo á la chimenea ya vacilante; tenia sobre sus hombros á los dos niños mayores que se apoyaban estrechamente abrazados; á su muñeca derecha estaba arrojada una cuerda que habia podido atar al hierro de la chimenea; con el auxilio de esta cuerda, que ceñia el cuerpo de su mujer, la sostenia y la impedía caer al agua, porque la desgraciada paralizada por el frio, la fatiga y el terror habia perdido casi todo el sentido;

el solo instinto maternal le hacia apretar contra el pecho, entre sus brazos entumecidos, á un niño de teta: para asegurarle y preservarle mejor, habia cojido entre los dientes, que un pasmo convulsivo no la permitia soltar ya, el extremo inferior de una saya de lana de que se habia cubierto apresuradamente.

La agonía de aquellos desventurados llevaba de duracion mas de cinco horas.

Aniquilados de espanto, no podian ver, ni oír.

Cuando despues de llegar David á la distancia que alcanzaba la voz, hubo gritado:

—Procuren Vds. asirse á la cuerda que voy á echarles.

No recibió contestacion alguna; los que acababa de salvar, permanecian petrificados.

Reconociendo David que los naúfragos no se hallaban en actitud de concurrir á su propia salvacion, principió á obrar sin pérdida de tiempo, porque la pared

delantera, y lo que aun quedaba de techado, amenazaban hundirse de un momento á otro.

Compelido el barco por la corriente, fué maniobrando en términos de abordar á las ruinas de la casa y en sentido opuesto al de su caída inminente; luego, mientras que Federico, agarrándose con las dos manos á una viga saliente, mantenía la embarcación lateralmente al tejado, David con un pié sobre la proa y el otro en el cabrio vacilante, levantando á la madre con brazo vigoroso, la colocaba en el fondo de la lancha, así como á su niño del pecho.

La inteligencia de aquellos desgraciados, yerta hasta entonces de terror, se despertó enteramente.

Sostenido Juan Francisco con una mano de la cuerda, hizo pasar á sus dos hijos á los brazos de David y de Federico; bajando él mismo, despues á la barquilla, se tendió en ella al lado de su mujer é hijos, abrigados con las mantas, y quedaron to-

dos inmoviles por no impulsar peligrosas oscilaciones á la lancha, durante su travesía hasta las aguas muertas.

No bien se hubo apresurado Federico á tomar los remos para alejarse de las ruinas del cortijo, cuando cayeron estas en el abismo.

El reflujo producido por la inmersion de aquel monton de armadura, fué tan violento que al instante se vió levantar la barca al impulso de una oleada gruesa algo apagada; luego que volvió á su estado natural, advirtió Federico á distancia de diez pasos, en medio de la impetuosa espuma de las olas, á la yola del marqués semitumbada sobre la regala y espuesta á zozobrar bajo el peso de un grande armarzon de cascote y madera, porque se habia cubierto de escombros al abordar al cortijo por el lado de la ruina al tiempo mismo de verificarse el hundimiento.

Á la vista del peligro que corria la piragua, Federico suspendió por un instante el movimiento de los remos y es-

clamó volviéndose hácia David:

—Qué hacer para socorrerlos? ¿Es necesario?...

Y no acabó.

Dejó los remos, corrió á la proa de la embarcacion, y se arrojó en medio de las aguas.

Apoderarse de los remos tan imprudentemente abandonados por Federico, y bogar con fuerza desesperada hácia el paraje en que acababa de verle desaparecer, tal fué el primer movimiento de David: al cabo de dos minutos de inesplicables angustias, vió reaparecer al hijo de Mad. Bastien por encima del abismo nadando vigorosamente con una sola mano y conduciendo á un cuerpo tras sí.

A las pocas remadas alcanzó David á su discípulo.

Asiéndose Federico entonces con la mano de que se habia valido para nadar á la proa de su barquilla, sostuvo con la otra á flor de agua á Roaul de Pont-Brillan, pálido inanimado y cubierto de sangre el rostro.

Herido el marqués en la cabeza por un pedazo de las ruinas, que estuvieron á pique de hacer zozobrar la yola, habia sido arrojado al agua por su violento golpe, mientras que los remeros asustados, solo pensaban en desembarazar la falúa del maderamen que la tumbaba sobre el flanco. Apenas habia vuelto la embarcacion á tomar su equilibrio, cuando apercibido el patron de la desaparicion de su señor, miró aterrado al rededor de la piragua... y vió entonces al marqués sostenido á flor de agua por Federico.

Al punto los seis remeros de la yola fueron al encuentro de la barca, y recogieron á su bordo á Raoul de Pont-Bri-llant completamente desmayado.

Salia Federico del agua auxiliado de David y subia á la lancha, cuando los remeros del castillo le gritaron con espanto.

—Cuidado!... un monton de maderos...

En efecto, aquella mole flotante, que llegaba rápidamente por detrás de la bar-

ea, no habia sido vista por David, ocupado enteramente de Federico.

A este nuevo peligro, volvió á adquirir el preceptor su presencia de ánimo, lanzó el botador de gancho sobre la piragua del marqués, y por medio de aquel punto de apoyo tiró á fuerza de brazos de su embarcacion hácia la del marqués, y escapó así del choque de los maderos.

—Ah! señor, dijo á David el patron de los remeros, durante los cortos momentos en que el barquichuelo permaneció borde á borde de la piragua del castillo, ¿el nombre... el nombre del animoso jóven que acaba de salvar al señor marqués?....

—La herida del señor de Pont-Brillant puede ser grave, dijo David sin contestar á la pregunta del patron, vuelvan Vds. pronto al castillo... es lo mas prudente.

Desenganchando despues el garfio de su botador de la piragua, para dejar á la barca en libertad de obrar, dijo David á Federico, cuya luminosa figura echaba hácia atrás su larga cabellera, chorreando agua.

—A los remos, hijo mio; Dios está con nosotros... Alcancemos las aguas muertas, y nos ponemos en salvo.

Dios, según había dicho David, protegía la embarcación.

Llegaba esta sin obstáculo á las aguas muertas.

Allí cesaba el peligro casi enteramente.

No necesitando el profesor de cuidar de la proa, cogió los remos de las manos cansadas de Federico, mientras que este se apresuraba á dar de beber un poco de vino á los náufragos.

Diez minutos después se aterraba la barca á la orilla de la inundación.



CAPITULO VI.

Al desembarcarse sobre la orilla de la inundacion David y Federico se encontraron con Mad. Bastien.

Habia asistido la jóven á algunos de los episodios de aquella valerosa salvacion con ayuda del antejo de larga vista de David, dejándole y volviéndole á tomar alternativamente, segun era mas ó menos inminente ó superado el peligro porque pasaban.....

Ya encontraba Maria superior á sus fuerzas el presenciar de lejos la lucha he-

róica de su hijo contra tantos obstáculos, sin poder siquiera animarle con el ademán ni la voz.

Ya cedia al irresistible deseo de saber si Federico había escapado de los peligros que le amenazaban á cada instante.....

Durante aquella media hora llena de admiración y de lágrimas, de vehemencia, de esperanza y de estremecimientos de terror, mas de una vez pudo Maria considerar la animosa solicitud de David en favor de Federico; así pues renunciaremos á describir los transportes de la jóven madre, luego que vió abordar el barquicuelo en que se hallaban su hijo, David y los desventurados que acababan de salvar tan intrépidamente.

Pero la felicidad de Maria llegó á una especie de recogimiento religioso, cuando supo de David, que Raoul de Pont-Brillant debía la vida á Federico.

De esta manera se habia espiado providencialmente la tentativa homicida del desgraciado jóven.

Así desaparecía también de su vida la única mancha que su misma regeneración no había podido borrar completamente hasta entonces.

El colono y su familia, colmados de cuidados eficaces por Mad. Bastien, se instalaron en la quinta; porque los infelices no poseían ya nada en el mundo.

Las angustias de Mad. Bastien no cesaron en todo aquel día, ni durante la noche.

Cortados los caminos por la repentina inundación, que no había sido posible prevenir, se hacían tan raros los medios de salvación, que en aquel radio del país de tanta extensión, llamado el Valle, la barca de Federico fué el único socorro de los inundados.

Aquella vega, casi enteramente sumergida, contenía gran número de alquerías aisladas; unas fueron destruidas por completo, pereciendo sus habitantes; otras, resistieron á la impetuosidad de las aguas, pero estuvieron tan apique de ser invadi-

das por la crecida, que Federico y David ocuparon la tarde del mismo día y el siguiente en practicar aun muchas salvaciones peligrosas, ó llevaron vestidos y provisiones á las demas víctimas del desastre, refugiadas en los desvanes de sus casas, mientras que anegaban las aguas el piso inferior.

Federico y David desplegaron en sus numerosas expediciones un valor y perseverancia insatigables, que produjeron la salvación de los que socorrieron y la admiración de las gentes á quienes el progreso de las aguas habia ido echando poco á poco sobre la meseta de la loma en que estaba edificada la quinta de Mad. Bastien.

Menester es convenir en que las lecciones de David producian su fruto.

El valor y la generosidad natural de Federico se elevaron á un poder increíble por los sentimientos de su envidia, con respecto á Raoul de Pont-Brillant.

«No soy mas que un medior aldeano; ni

«soy rico ni marqués, ni tengo faluas pin-
 «tadas ni remeros con librea, ni antepas-
 «dos que me contemplan; tan solo poseo
 «la proteccion de mi mamá, el apoyo de
 «un amigo, las dos manos y mi energía,
 «decia para sí el jóven con orgullo, y pre-
 «ciso es que á fuerza de desprendimiento
 «en auxilio de las víctimas del rio, mi
 «nombre obscuro y plebeyo llegue un dia
 «á ser tan célebre en este pais, cual siem-
 «pre lo fué el ilustre y gran nombre de
 «Pont-Brillant... Tengo el mayor senti-
 «miento de que la herida del marqués le
 «retenga en el castillo... ¡Hubiera yo ri-
 «valizado tan ardientemente con él en ce-
 «lo é intrepidez á la faz de todos!»

En efecto, la herida recibida por Raoul de Pont-Brillant había sido bastante grave para retenerle en la cama, muy á su pesar; porque á la primera noticia de la inundacion se habia metido con grande arrojó en una de sus yolas de paseo, y ordenado que se le condujese al parage en que pudiese ser útil.

Pero una vez imposibilitado de mandar, de dirigir y de animar á su gente, la inaccion del marqués se hizo estensiva al resto de su familia, y la viuda de Pont-Brillant pensando únicamente en las inquietudes que la producía la herida del nieto, no se inquietó de manera alguna por las consecuencias del desastre y reprendió fuertemente al patron de la embarcacion por no haberse opuesto á la loca temeridad de Raoul.

Mad. Bastien entendia de diverso modo los deberes de madre: vió salir con firmeza á su hijo para arrostrar nuevos peligros, y no buscó otra distraccion á sus incesantes temores que la de ocuparse en la multitud de cuidados eficaces que prodigaba con adorable celo á todos los que servia de Providencia.

Esta es la razon por qué María pasó dos largos dias de pesadumbres.

El dia despues del que siguió á la inundacion, habia bajado mucho su nivel, y los caminos volvieron á ponerse en

circulación; algunos puntos, reparados con maderos, permitieron organizar medios de socorros eficaces.....

Conforme iban retirándose las aguas, los infortunados á quienes el río había hecho abandonar sus casas, volvian á ellas con el corazón lastimado, dándose prisa en su amarga impaciencia, por enterarse de la estencion de los desastres.....

En la tarde del tercer dia de la catástrofe la quinta de Mad. Bastien, que habia sido desde la víspera el punto de salvacion y refugio para todos, volvió á quedarse solitaria como antes; la familia de Juan Francisco fué la única que permaneció en la casa por carecer de otro abrigo.

Cuando el camino de Pont-Brillant estuvo de nuevo transitable, el doctor Dufour, cuya inquietud habia sido estremada, corrió á la quinta, se aseguró con tanta sorpresa como alegría, de que á pesar de las fatigas y de las emociones de los dos terribles dias ninguno de sus tres ami-

gos tenia necesidad le sus cuidados; supo de Maria la maravillosa curacion de Federico, y despues de dos horas de deliciosas expansiones, dejó aquella familia tan dichosa entonces, que iba en fin, á disfrutar de un reposo ganado valerosamente.

Raoul de Pont Brillant fué pronto sabedor de que el jóven que le habia arrancado de una muerte casi segura, era Federico Bastien.

No estando aun el marqués en estado de poderse levantar, rogó á su abuela que fuese á dar las gracias por él á Federico.

La viuda no habia renunciado al proyecto de dar á su hijo por querida á aquella seductora vecina, tan prócsima al castillo, y cuyo marido estaba siempre ausente: hallando ademas la marquesa en su naturalidad clínica, la escelente ocasion *de hacer el negocio*, segun decia á Cerbineta de conseguir el encuentro de Mad. Bastien, es cuya casa se habia presenta-

do en vano dos veces, salió con gran tren y se plantó en la quinta.

Margarita no tuvo que mentir esta vez para afirmar á la viuda que no se hallaba en casa Mel. Bastica. Efectivamente por espacio de muchos dias estuvo casi siempre la jóven fuera de su casa, ocupada en prodigar socorros y consuelos por todas partes.

Picada la marquesa de la inutilidad de esta visita, dijo, volviendo á entrar en el coche, á su fiel Cerbineta

—Esto es verdaderamente una mala suerte... cualquiera diria á fé mia! que esa tontería evita el encontrarse conmigo... Semejantes dificultades me impacientan, y no hay remedio, es indispensable que yo consiga mis fines... sin contar con que si Raoul sabe arreglarse, es para él un excelente principio de fuego el haber sido pescado por ese mameluco. Oiga! en nombre de su reconocimiento por el hijo, tiene Raoul el derecho de no moverse de casa de la madre... y de hacerse

dueño de ella... la ocasion es magnífica, y me voy á enseñar la leccion á ese querido muchacho.

Era el 31 de diciembre, unos quince dias despues de la inundacion.

Los desatres habian sido incalculables, sobre todo para una multitud de desgraciados que, de vuelta á sus casuchas medio hundidas y llenas de lodo, no encontraban mas que paredes impregnadas de agua, siquiera resguardadas por un techo desplomado.

La ruina era general.

Quienes habian perdido sus cortas provisiones de granos recogidas al espigar ó compradas á duras penas, para alimentarse durante el invierno.

Unos habian visto ser presa de las aguas sus cochinos y sus vacas, tesoros de los proletarios del campo: otros no poseian ya ni aun el delgado colchon que servia de cama á la familia; casi todos en fin tenian que deplorar el arenal formado en

las pequeñas tierras de que vivían y cuyo arrendamiento pagaban caro.

Hallábanse además las viñas arrancadas de raíz, y el vino cuidadosamente conservado para pagar la *renta*, arrebatado con sus cubas; por último, todos aquellos desventurados que desde el alba á la puesta del sol, trabajaban con la infatigable energía de la necesidad, no podían, como suelen decirse, *juntar cabos*; estas cuarenta y ocho horas de plaga debían pesar muchos años sobre su miserable existencia, y hacerla todavía mas desgraciada.

El marqués de Pont-Brillant y su abuela se portaron mas regiamente, enviando veinte mil francos al alcalde y otros veinte mil al cura, el dia siguiente de la inundacion:

Maria, como va ya dicho, no poseia otro dinero que la corta suma mensual, señalada por Mr. Bastien, para su manutencion y la del hijo; de esta cantidad habia hallado Mad. Bastien el medio de economizar algo para el pan de las limos-

nas; escribió pues inmediatamente á su marido: detenido entonces por sus negocios en el interior de Verri, suplicándole la enviase con premura dos ó tres mil francos á fin de socorrer tantas miserias.

Contestó M. Bastien, preguntando á su mujer, si se burlaba de él, porque tenia diez fanegas de sus mejores tierras del valle encalladas, y en vez de socorrer á los demas, esperaba ser comprendido entre los inundados, á quienes se indemnizase mejor: añadiendo que terminados, sus asuntos, regresaria á la quinta para formar el estado de las pérdidas, á fin de graduar su parte en los ausilios del gobierno.

Mas aflijida Mad, Bastien que sorprendida de la contestacion de su marido, se proporcionó recursos por otros medios.

Como poseia algunas alhajas de la herencia de su madre, y tenia en la quinta quince cubiertos y algunas mas piezas de plata, envió, pues, á Margarita para que

las vendiese en Pont-Brillant; y reunió así un total de muy cerca de dos mil francos; David obtuvo de Maria el permiso de doblar la suma, y empleada toda con extraordinaria inteligencia, causó el bien de un gran número de familias.

Recorriendo la jóven madre el pais con su hijo, mientras David se ocupaba de las compras, lo veia todo por si misma y redoblaba el valor de sus beneficios con palabras eficaces; un saco de grano á este, efectos, de muebles á aquel, ropa blanca y vestidos. Todo era distribuido con tanto discernimiento como propiedad, distribuyéndolo segun las necesidades de cada uno.

Jaime Bastien poseia un vasto y soberbio monte de abetos. Resolvióse, pues, la jóven á derrivar un millar de los mejores, á pesar de que contaba con el furor de su marido luego que supiese el enorme atentado; en su virtud muchas casas sin techado se cubrieron sólidamente, al menos para el invierno, con vigas y ca-

brios de madera rústica, sobre los cuales se extendía una cama espesa de retamas silvestres liadas y cimbradas por medio de largos y sutiles mimbres de sauces.

Habiendo visto David, en sus viages por los Alpes, resistir las cubiertas así construidas á los vientos y á las nieves de las montañas, dió la idea de aquellos techados á los paisanos, y dirigiendo y participando de sus trabajos, pudo utilizar y aplicar ademas una multitud de conocimientos prácticos adquiridos en sus largas peregrinaciones.

Tambien se habia llevado la inundacion muchos molinos y la mayor parte de los hornos de las casas aisladas, que estaban construidas ordinariamente hácia fuera, en el vuelo de las paredes delanteras; ir á comprar pan á la ciudad, siempre lejana de las moradas del valle, sobre ser desde luego mas caro era ademas necesario perder un dia, y el tiempo se hacia precioso despues de tal desastre; David habia visto á los egipcios nómades majar el trigo en-

tre dos piedras hundiéndolo, y confeccionar así las galletas que hacían cocer bajo la ceniza caliente; enseñó por consiguiente este procedimiento á las familias cuyos hornos habían sido destruidos, y obtuvieron por lo menos durante los primeros días, un alimento fácil y suficiente.

Pero secundado David admirablemente por Federico, se complacía siempre en oscurecerse ante él y en atraer todo el reconocimiento sobre el mismo, ya para recompensar su celo ya para empeñarle mas y mas en la senda generosa por donde marchaba.

Ademas, que ni aun David hubiera obrado con aquella delicadeza é intiligente solicitud que Federico había desplegado de una manera tan animosa y perseverante; mostrábase tan afectuoso, y compadecía en fin tan visiblemente, los males que él y su madre aliviaban con todo su poder, que su nombre andaba de boca en boca y sellaba recuerdos en todos los corazones.

Durante la quinceña que siguió á la inundacion, Mad. Bastien, su hijo y David emplearon todos los dias en tan benéficas ocupaciones.

Llegada la noche, regresaban muy fatigados, y algunas veces mojados ó cubiertos de nieve, y se retiraban á vestirse, consistiendo su único lujo en el aseó y en la excesiva curiosidad.

Maria Bastien volvía á la sala de estudio, peinados sus magníficos cabellos castaños, y casi siempre vestida, segun costumbre, de un traje de tela ordinaria de azul oscuro, maravillosamente ajustado á su talle de ninfa; la deslumbradora blancura de los vuelos lisos de manga y del cuello unido, sostenido por una pequeña corbata de seda guinda ó naranjada realzaba el color subido del traje, que de vez en cuando dejaba ver un pié encantador recientemente calzado de medias de hilo de Escocia, blanca como la nieve, y sobre la cual sobresalian los cotornos de seda de un pequeñito zapato de piel regiza.

Esta vida activa, pasada continuamente al aire libre, la alegría del espíritu, el ensanche del corazón, la expansión habitual de los sentimientos más tiernos y caritativos, y la serenidad del alma, habían borrado de las facciones seductoras de Maria Bastien, no tan solo la última huella de sus anteriores sufrimientos, sino que, así como ciertas flores que después de algo marchitadas, amanecen frecuentemente más lozanas, y más frescas aun, así también la belleza de Maria se había vuelto brillante, en términos que David solía descuidarse en contemplarla alguna vez con muda admiración.

Las mismas causas producían iguales resultados en Federico; estaba su gracia y vigor más floreciente que en toda su juventud.

Maria, su hijo y David, reunidos en la sala de estudio, después de aquellos días de activo y esforzado desprendimiento, referían los acontecimientos de la mañana esperando la comida, que se honraba ale-

grememente, sin pensar en que la modesta plata habia sido reemplazada por un brillante peltre: despues de la comida, iban á visitar un obrador en que ocupaba Maria, á muchas costureras encargadas de hacer ropa blanca y vestidos; la economía de esta operación permitia casi duplicar los donativos; despues volvian á terminar las largas noches de invierno en el salon de estudio, al rededor del fuego de la chimenea, mientras que por fuera soplabá el helado cierzo.

Las horas pasaban deliciosamente entre estas tres personas unidas para lo sucesivo con lazos sagrados é indisolubles.

Trataban ya de varios proyectos sobre el porvenir de Federico, porque despues de transcurridos aquellos quince dias tan bien ocupados, debia comenzar sus nuevos estudios bajo la direccion de David.

Como habia recorrido este ambos mundos, siempre que se hablaba de viages, que era con bastante frecuencia, respondia á la infatigable curiosidad de sus dos

interlocutores, y cuando era menester describir un traje, una arma ó una situacion, suplía á la descripcion con el bosquejo.

Una lectura interesante ó la ejecucion de alguna pieza de música, terminaba la velada, porque David era escelente músico; tambien de cuando en cuando hacia oír á Maria y á su hijo los aires nacionales de diferentes paises ó canciones de primitiva naturalidad.

En sus familiares conversaciones, mezcladas de íntimos desahogos, apreciaba David cada vez mas el sentido esquisito y la elevacion de alma de Mad. Bastien, que libre ya de toda preocupacion triste, habia vuelto á su independencia de espíritu; contemplaba igualmente con felicidad todo el partido que podria sacarse del impulso generoso que habia comunicado á Federico, y meditaba tambien un plan de estudios y de direccion práctica, que debia someter presto á Maria y á su hijo.

Cada día, en fin, se aficionaba mas David á su discípulo, inclinando sobre él toda la ternura que habia acumulado y atesorado en su corazón desde la muerte tan sentida de su jóven hermano. Amando así apasionadamente al hijo de Mad. Bastien, David entretenia sus recuerdos fraternales... del mismo modo con que se procuran muchas veces consolar los pesares enamorándose de un simil.

Muy frecuentemente acontecia que daban las doce y el dichoso *terceto* se miraba con sorpresa, deplorando el rápido paso del tiempo... y exclamando:

—Ya! y se decian.

—Hasta mañana!

Maria entraba en su aposento, pero Federico acompañaba á David hasta su cuarto, y allí, ¡cuántas veces, de pié en el umbral de la puerta, el preceptor y el discípulo se distraian con los encantos de una plática prolongada! el uno escuchando con fé, respondiendo con trasporte, y preguntando con el ardor de su edad, el otro

hablando con la interesante solicitud del hombre maduro, que sonreía melancólicamente á la juventud impaciente de arrojar se en la senda misteriosa de sus destinos.

Cuántas veces la anciana Margarita se vió obligada á subir hasta la meseta de la habitacion de David, y á decir á Federico:

—Pero, señorito, que es mas de media noche; que ha dado ya la una de la mañana... bien sabe Vd. que la señora nunca se acuesta antes que Vd.....

Y Federico, entonces, estrechaba la mano de David y volvía al aposento de su madre.

Aun allí era tambien David el objeto de largas conversaciones entre la jóven madre y el hijo.

—Mamá, decia Federico. ¡Cuán interesante era la relacion de ese viage por el Asia menor!

—Oh! si... no puede darse mayor atractivo, contestaba la jóven, y proseguia Federico, ¡cuántas curiosidades nos ha ense-

ñado Mr. David sobre las vibraciones del sonido, y todo á propósito de la sencilla rotura de una cuerda del piano!.....

—Mamá... ¿y la comparacion de las propiedades del sonido con las de la luz?... era tan amena como un cuento fantástico.

—¡Y la deliciosa composicion de Mozart que ha tocado!... ¿Te acuerdas del coro de los geniecitos de *la flauta encantada*?... Era celestial... divino... ¡Qué fortuna para nosotros que hasta ahora nada conociamos de Mozart... para nosotros es el descubrimiento de un tesoro de armonia.

—¿Y la anécdota sobre la vejez de Haydin? ¡qué interesante!.....

—Y lo que nos referia de la asociacion de los hermanos moravos y de los discipulos de Ouren en América... ¡Cuántas miserias de menos, cuánto bienestar para tantas familias pobres, si se hubieran aplicado esas ideas á nuestro pais!

—¿No has observado, mamá... que ha-

ee un instante le apuntaron las lágrimas en los ojos, hablando de la felicidad que podría ser el patrimonio de tanta gente como sufre.

—Ab! hijo, tiene el corazón mas noble que puede haber en el mundo.

—Y tambien, mamá, ¡cuánto le queremos! Oh! ¡mira! es menester amarle tanto... tanto, que le sea imposible siempre el dejarnos..... No tiene ya familia... su mejor amigo, el doctor Dufour, es nuestro vecino... ¿Con quién podrá estar Mr. David mejor que con nosotros?

—Dejarnos, exclamó Maria, dejarnos... siendo él quien nos anima, quien nos inspira fé y confianza en el porvenir... ¿Cómo ha de poder abandonarnos ahora!

La vieja Margarita se veia tambien entonces en la precision de intervenir de nuevo.

—Señora, por el amor de Dios, acuésese Vd. que son las dos de la mañana,

decía la anciana criada, está Vd. levantada desde las seis y el señorito también, y después de tanta fatiga, durante el día, no aconseja el buen sentido prolongarla más.

—Tiene razón, Margarita, en reprendernos, hijo mío, contestaba María sonriendo y besando á Federico en la frente: es una locura el acostarnos tan tarde.

Y á la noche siguiente eran todavía necesarias las recriminaciones de Margarita, para cortar la conversacion de la madre y del hijo.

—Dos ó tres veces se acostó María dulcemente ilusionada.

Una noche, mientras leía Federico, su amigo, pensativo y descansando de codos en la mesa de labor, apoyaba la frente con su mano; la luz del quinqué, concentrada por la pantalla, alumbraba entonces de lleno la espresiva y noble figura de David.

Un momento distraída María de la lec-

tura, paró la vista en el salvador de su hijo... y contemplo largo tiempo á David.

Poco á poco... fué sintiendo la jóven humedecérsele los ojos..., palpar con fuerza su hermoso pecho... y subirla un ligero rubor á la frente.

En el mismo momento David levantó por casualidad los ojos y se encontraron con la mirada de Maria.

Esta bajó inmediatamente la vista y se puso sonrosada.

En otra ocasion estaba David al piano, acompañando á Federico y á Maria que cantaban un duo, quiso la jóven volver la hoja de la partitura, David tuvo igual pensamiento... y su mano se encontró con la de Maria...

A este contacto eléctrico, se estremecía la jóven, toda su sangre la refluia al corazón, y pasó una nube por delante de sus ojos.

A pesar de síntomas tan significativos, durmió Maria aquella noche con ilusion.

pero llena de calma y de casta serenidad.

Como siempre, besó á su hijo en la frente sin sonrojarse.....

Así habian pasado los últimos quince dias de diciembre.

El dia de año nuevo, David, Maria y su hijo se disponian á salir para llevar los postreros socorros á sus protegidos, cuando Margarita entregó á su ama una carta que acababa de traer un espreso.

En vista del escrito no pudo la jóven disimular su sorpresa y temor.

Era la carta de Mr. Bastien y estaba concebida en estos términos:

«Señora mujer (de quien no estoy muy satisfecho:)

«Mis negocios en el Berry se han terminado antes de lo que pensaba, Estoy en Pont-Brillant con mi compadre Bridon, ocupado en el ajuste de cuentas. «Dentro de poco, saldremos para la quinta, donde permanecerá Bridon algunos dias conmigo, á fin de ayudarme á graduar la indemnizacion que me corres-

«ponda sobre los socorros concedidos á los inundados; porque es menester que la desgracia sea buena en alguna cosa.

«Llegaremos para comer.

«Cuide Vd. de que haya sobre todo pier-na de carnero con la gruesa cabeza de ajos de rigor, y una famosa sopa de yerbas, como á mí me gusta, con mucho saladillo de puerco y salchichon de Bois; cuide Vd. especialmente de esto, si es servida.

«*Nota bené.* Vengo de muy mal humor, y grandemente dispuesto á sacudir las orejas de mi señor hijo, en el caso de que sus melancolías y sus humos de caballere te no bayan acabado.

«Su marido, que no tiene gana de reir.

«JAIMÉ BASTIEN.»

«P. D. Bridon es como yo; amigo del puseo que anda por sí solo. Diga Vd. á Margarita que se provea de ello, y cuide Vd. de lo mismo.»

Todavía continuaba Mad. Bastien bajo la impresion de sorpresa y de disgusto que la causaba el regreso inesperado de su marido, cuando un ruido tumultuoso, siempre en aumento, que oyó por fuera, a distrajo de sus preocupaciones.

Cualquiera hubiera dicho que una considerable multitud rodeaba la casa.

Al punto entró Margarita corriendo y bañados los ojos de lágrimas de alegría, y exclamó:

—Ah! ;Señora... venga Vd... venga Vd. á ver!

Maria, cada vez mas admirada, siguió maquinalmente á la criada.



CAPITULO VI.

El tiempo estaba sereno y el sol de invierno radiante.

María Bastien, al salir del rústico portico que se elevaba por cima de la puerta de entrada de su casa, vió desfilan en órden y alinearse cosa de un centenar de personas, hombres mujeres y niños, casi todos vestidos con trages groseros, pero calientes y nuevos.

Esta especie de cortejo se terminaba por una carreta adornada de ramas de pino, sobre la que habia lo que llaman en el

pais un *esquife*, pequeño bote chato, semejante á aquel de que Federico y David se habian servido con tanta valentia durante la inundacion.

Detrás de la carreta... que se detuvo á la pueria del jardín, venia una calesa vacia, tirada por cuatro caballos, montados por dos pequeños postillones con la librea de Pont-Brillant; dos lacayos estaban sentados en la zaga.

Al frente de este cortejo, marchaba Juan Francisco; daba la mano á sus dos hijos; su mujer llevaba el mas pequeño entre sus brazos. A la vista de Mad. Bastien se aprocsimó.

—Buenos dias, Juan Francisco le dijo afectuosamente la jóven; ¿qué desean esas buenas gentes que os acompañan?

—Quisieramos hablar á Mr. Federico, señora.....

Maria volvió á Margarita, que, triunfante, estaba detrás de su ama, y le dijo:

—Corred á advertir á mi hijo, Margarita.

—No está lejos, señora, está en la sala de estudios con Mr. David.

Mientras que la criada iba á prevenir á Federico, Maria, viendo entonces únicamente la calesa vacía y magníficamente tirada, parada en la puerta del jardín, se preguntó lo que haría allí aquel carruage.

Federico acudió al momento sin figurarse el espectáculo que le esperaba.

—*Qué quicres, madre mia? dijo con viveza.*

En seguida, viendo la muchedumbre que invadía el pequeño jardín, se detuvo sorprendido y miró á Maria con aire interrogativo.

—Hijo mio,....

Pero la jóven, cuyo corazón latía deliciosamente, se vió precisada á interrumpirse; vencida por la emoción, acababa de reconocer que el conjunto estaba enteramente compuesto de personas socorridas del desastre por ella, por su hijo y por David.

En seguida repuso Maria:

—Hijo mio... es Juan Francisco que desea hablarte... aquí está.....

Y la dichosa madre se ocultó tras de su hijo cambiando una mirada de dicha inefable con David que habla seguido á su discípulo y que se mantenía medio oculto por el pórtico.

Federico, cuya admiracion aumentaba, habia dado un paso hácia Juan Francisco; este le dijo entonces con lágrimas en los ojos:

«—Señor Federico... nosotros pobres del Valle... que... venimos á daros gracias con franqueza, así como á vuestra valiente madre y á su amigo Mr. David. Como yo soy el que mas os debe, prosiguió con una voz cada vez mas conmovida, entrecortada por las lágrimas y señalando á su mujer é hijos con un jesto espresivo... como soy yo... el que... os debe... mas... señor Federico... los otros me han dicho... que... y yo...

El pobre hombre no pudo acabar.

Los sollozos embargaron su voz.

Otros sollozos de ternura, salidos de la multitud conmovida, respondieron á los llantos de Juan Francisco y fueron los únicos que interrumpieron el silencio religioso que reinó algunos instantes.

El corazón de Federico se deshizo en lágrimas. Se arrojó al cuello de su madre... como si hubiese querido que cayesen sobre ella estos testimonios de reconocimiento, por los que estaba tan profundamente conmovido.

A una señal de Juan Francisco, que enjugaba sus ojos y procuraba volver á su sangre fría, varios hombres del conjunto, habiendo ido hácia la carreta á buscar el esquife, lo trajeron en sus brazos y lo depositaron ante Federico.

Era un sencillo y rústico bote con sus dos remos de madera sin pulir; solamente en el interior se leía escrito con letras desiguales y gravemente trabajados el siguiente mote:

**LOS POBRES DEL VALLE Á M. FEDERICO
BASTIEN.**

Despues tenia la fecha de la inundacion.

Juan Francisco, habiendo sobrepujado su emocion, repuso mostrando el esquiso al hijo de Mad. Bastien:

— «Señor Federico, nos hemos reunido para mandar hacer este bote... muy semejante á aquel con que nos socorrísteis y nossalvásteis... Escusad nuestra libertad señor Federico, pero... es con buena intencion y verdadera amistad con lo que le traemos á Vd. este bote. Cuando os sirvais de el, pensareis en los pobres del Valle... y ellos por su parte os amarán siempre, señor Federico, y enseñarán vuestro nombre á sus hijos... para que un dia, cuando lleguen á ser grandes, se lo enseñen á los suyos.... porque este nombre ya lo veis, señor Federico, será ahora el NOMBRE DEL BUEN SANTO DEL PAIS...»

Federico dejó correr sus lágrimas, muda y elocuente respuesta.

David, inclinándose entonces al oido de su discípulo, le dijo en voz baja;

—Hijo mio, no vale mas este rústico cortejo que el de la caza de la *San Huberto*?

En el momento en que Federico se volvía hácia David para apretarle la mano, hubo un movimiento en la multitud, que apartándose de pronto con un murmullo de sorpresa y de curiosidad, abrió paso á Raoul de Pont-Brillant.

El marqués se adelantó un poco y en seguida con tanta familiaridad como gracia, dijo á Federico:

—Venia, caballero, á daros gracias por haberme salvado la vida... porque hoy he salido por primera vez; mi deber era consagrarnos este dia; pero me he encontrado en el camino á esta buena gente... Después de haberme informado por uno de ellos del objeto de su reunion, y me he reunido... porque como soy del Valle, y como algunos de ellos, os debo la vida, caballero.....

Después de estas palabras, pronunciadas con un acento mas político quizás que

conmovido, el marqués de Pont-Brillant, con un tacto esquisito, se confundió de nuevo entre la multitud.

—Y bien! hijo mío,—dijo en voz baja David á Federico, ¿no es ahora el marqués de Pont-Brillant el que debe envidiaros?

Federico apretó la mano de David, y permaneció algunos segundos bajo la influencia de este pensamiento:

—Aquel que he querido matar vilmente... está ahí... ignorando mi funesta tentativa, y viene á darme gracias por haberle salvado la vida.....

En seguida el hijo de Mad. Bastien, dirigiéndose á las gentes del Valle, les dijo con voz ferviente, mezclándose entre ellos y presentándole las manos, que fueron cordialmente apretadas:

—Amigos míos, lo que yo he hecho, ha sido inspiracion de mi madre... y, con la ayuda de mi amigo, Mr. David. Es pues en su nombre y en el mio como os doy gracias desde el fondo de mi corazon de

estas pruebas de afecto... Encuanto á este bote, añadió el jóven dirigiéndose hácia el esquife, puesto en medio del jardin, y contemplándolo con tanta ternura como alegría, será consagrado á los paseos de mi madre... y esta inscripcion conmovedora nos recordará los habitantes del Valle..... á quienes queremos como nos quieren.

En seguida, Federico, dirigiéndose ya á uno ya á otro de los que los rodeaban, preguntaba al uno si su casa empezaba á estar habitable; al otro si esperaba conservar alguna parte de su viña, al otro si el estiercol que habia dejado sobre su prado el agua al retirarse no atenuaria en algun tanto los desastres que habia sufrido; á todos, en fin, Federico decia una palabra que probaba que los intereses y las desgracias de cada uno estaban presentes en su imaginacion.

Por su parte, Maria, hablando á las mujeres, á las madres, á los niños, encontraba para todos una palabra de afecto y de solicitud manifestada por preguntas sen-

cifras, que probaban que como su hijo, habia tenido conocimiento perfecto de la posicion y de las necesidades de cada cual.

Federico esperaba reunirse al marqués de Pont-Brillant; sentia la necesidad de apretar la mano de aquel que tanto tiempo habia perseguido con su ódio implacable y le parecia que este paso debia borrar para él hasta el último recuerdo de la funesta accion que habia tratado de llevar á cabo...pero no encontró al marqués, cuyo carruaje tambien habia desaparecido.

Solamente despues de la partida de las gentes del Valle, Federico, al volver á entrar en su casa con su madre y con David, encontró á Margarita, que con mucho orgullo le presentó una carta.

—De quién es esta carta, Margarita, preguntó el jóven?

—Leed, señor Federico.....

—Madre, me lo permites... y vos tambien, amigo mio?

David y Maria hicieron una señal de cabeza afirmativa,

Federico buscó con la vista la firma, y dijo al momento:

—Es del marqués de Pont-Brillant.

—Del mismo, señor Federico, repuso Margarita... Antes de volver á marcharse en el carruaje ha venido... y me ha dicho que queria escribir á Vd. una palabra...

—Ven á la sala de estudio, hijo mio, dijo Maria á su hijo.

David, Federico y su madre, habiéndose quedado solos, dijo el jóven con sencillez.

—Voy á leer en voz alta, madre... .

—Como quieras, hijo mio.

—Ah! pero ahora me acuerdo de una cosa, repuso Federico sonriendo... es sin duda una carta dándome gracias... y leer esto uno mismo.....

—Tienes razon... tú suprimirias las tres cuartas partes, repuso Maria sonriéndose á su vez... dale esa carta á Mr. David..... le leerá mejor que tú.....

—Vamos... repuso alegremente Federico... mi modestia es bien simple.....

són alabanzas... me parecerán aun mas dulces.

—Será el castigo de su humildad de Vd. dijo David de buen humor.

Y leyó lo que sigue:

«Como he tenido el honor de deciroslo, caballero, he salido de mi casa con la esperanza de espresar á Vd. mi reconocimiento... Me he encontrado las gentes del Valle que venian á felicitarlo á Vd... caballero, cuyo nombre tiene un derecho á haceros popular en nuestro pais, despues de la inundacion; he creido deber unirme á esas honradas gentes, esperando el momento de dar á Vd. las gracias personalmente.

«Hubiera cumplido, caballero, hoy este deber sin una circunstancia bastante delicada.....

«Al oiros dar gracias en tan buenos términos y con voz tan conmovida á las gentes del Valle, me ha parecido reconocer la voz de una persona con la que me encontré á la caída de la noche, en el bosque

de Pont-Brillant, hay cosa de dos meses... porque si no me engaña mi memoria este encuentro tuvo lugar en los primeros dias de noviembre.»

—Federico, qué quiere decir eso?..... preguntó Mad. Bastien interrumpiendo David.

—Ahora te lo diré todo... Tenga Vd. la bondad de continuar, amigo mio.

David prosiguió:

«Puede ser, caballero, y lo deseo vivamente, que el párrafo relativo á *este encuentro* os parezca imposible... en ese caso, tenga Vd. á bien no darle la menor importancia, y atribuirlo á un error causado por una semejanza de voz y de acento, que por otra parte es muy singular.

«Si al contrario Vd. *me comprende*, si es Vd. en una palabra, la persona con *la que me encontré* á la caída de la noche, en un sitio muy oscuro, y sin poder distinguir sus facciones que serian entonces las de Vd., se dignará sin duda, caba-

llero, explicarme la contradicción (aparente... lo que espero...) que ecsiste entre su conducta de Vd. conmigo en *nuestro encuentro en el bosque* y en la inundación.

«Espero, pues, caballero, si tiene Vd. la bondad de permitirlo, una aclaratoria de este misterio, á fin de saber bajo que pié debe tenerse para con Vd. su afectísimo servidor.

«**RAOUL, MARQUÉS DE PONT-BRILLANT.**»

A penas hubo terminado la lectura de esta carta, escrita con un aplomo y una altanería precoces, cuando el hijo de Mad. Bastien corrió á una mesa, escribió espontáneamente algunas líneas, dobló el papel, y volvió al lado de Mad. Bastien.

—Voy, madre mia, le dijo, á contarte en dos palabras la aventura del bosque, en seguida tú y mi amigo, juzgareis si la respuesta que acabo de escribir á Mr. de Pont-Brillant es conveniente.

Y Federico, sin hablar de la conversa-

cion que habia tenido la viuda con Cerbina, sorprendida por él.. porque hubiera creido ultrajar á su madre, instruyó á la jóven y á David de todo lo que habia sucedido en el funesto dia al que el marqués aludia... del como este, habiendo pensado el batirse en medio de la oscuridad con un desconocido, y queriendo sustraerse á las exigencias de Federico, lo habia derribado con el pecho de su caballo... como entonces, Federico, en el delirio de su rabia, se habia ido á emboscar cerca del sitio por el cual debia pasar el marqués, á fin de matarlo.

Terminada esta narracion, que sin justificar á Federico, esplicaba al menos á su madre y á David porque sucesion de sentimientos y de hechos se habia visto conducido á concebir la idea de un horrible asesinato, tentativa ignorada al menos por Pont-Brillant, Federico dijo á su madre:

—Toma... hé aquí mi respuesta á Mr. de Pont-Brillant.

Maria Bastien leyó lo que sigue:

«Caballero.

«He provocado á Vd. sin razon... me avergüenzo de ello... Le he salvado á Vd. la vida... lo que me causa un placer estremo... ese es todo el misterio.

«Vuestro humilde servidor

«FEDERICO BASTIEN.»

—Bien, hijo mio... dijo con viveza David... confiesa Vd. con nobleza un funesto pensamiento que habeis rescatado esponiendo vuestra vida.....

—Cuando pienso en esta rehabilitacion y en todo lo que acaba de pasar... repuso Maria con profunda emocion... cuando me digo... que todo esto es obra de Vd., señor David... y que apenas hace quince dias, que se moria mi hijo... con el corazon corroido por la biel.....

—Y todavía no lo sabes todo, dijo Federico interrumpiendo á su madre... no, tú no sabes todo lo que le debes á este buen génio, que ha venido á cambiar en dichas nuestros pesares.....

—Que dices, hijo mio?

—Federico, añadió David con tono de reproche, porque presentia el pensamiento del hijo de Mme. Bastien.....

—Amigo mio... hoy es el dia de las confesiones completas... además veo á mi madre tan feliz, que... en seguida interrumpiéndose, no es verdad, madre mia, que eres muy feliz?

Maria respondió abrazando á su hijo con efusion.

—Bien ve Vd. amigo mio..... mi madre es tan feliz... que pasado el peligro... no puede causarle ya ningun pesar... sobre todo... cuando tenga una razon mas... para amar á Vd. y bendecirlo.

—Federico, por otra vez conjuro á Vd

—Amigo mio... la única razon que hasta aquí me ha hecho ocultar este secreto á mi madre... era el temor de asijrla.

—Por favor, querido niño, espícate, exclamó Maria.

—Y bien, madre mia, no era un sueño ,

los adioses nocturnos... sabes.....?

—Como... viniste durante aquella funesta noche.....

—A decirte adios.

—Dios mio!... y á donde queríais ir?

—Quería ir á matarme.....

Maria dió un grito de terror y se puso pálida.

—Federico, dijo David, ya lo veis, ¡qué imprudencial!

—No, no, señor David, repuso la jóven procurando sonreirse, yo soy la que tengo una debilidad... ridícula... No está... ahí... mi hijo... en mis brazos... sobre mi corazon?

Diciendo estas palabras, Maria apretaba en efecto entre sus brazos á su hijo, sentado junto á ella en el confidente; en seguida besándolo en la frente añadió con voz palpitante:

—Oh! yo no tengo... Ahora ya no tengo miedo, puedo oirlo todo.

—Y bien, madre mia... devorado de envidia, perseguido sobre todo por los re-

mordimientos que se habian despertado á tu voz... quise matarme... Salí con Mr. David... Me escapé de él... Logró encontrar mis huellas. Yo habia corrido hácia el lado del Loira... y cuando habia llegado...

Ah! desgraciado niño! exclamó Maria... sin él... pericias!.....

—Sí... viéndome morir... te habia llamado... á tí madre... como se pide socorro... Oyó mis gritos... se precipitó en el Loira... y.....

Federico fué interrumpido por Margarita.

Esta vez, la antigua criada, no se presentó sonriendo y triunfante, sinó tímida alarmada, diciendo en voz baja á su ama, como si le anunciase una nueva fatal:

—Señora... señora... *ahi está el amo.*





CAPITULO VII.

Estas palabras de Margarita:

Ahí está el amo.

Anunciando la llegada de Santiago Bastien en el mismo momento en que Maria acababa de saber que ella debia á David la cura moral y la vida de su hijo, causaron en la jóven tal estupor que permaneció muda, inmóvil, y como herida de un golpe inesperado, porque los diversos incidentes de la mañana le habian hecho olvidar la carta de su marido.

Federico por su parte, experimentó una

triste sorpresa; gracias á la reserva de su madre, ignoraba hasta que punto la conducta de su padre para con ella habia sido dura é injusta; pero ciertas escenas domésticas, en las cuales la brutalidad natural de Santiago Bastien se habia manifestado á menudo, la rudeza inentelijible con que ejercia su autoridad paterna, en sus raras presentaciones en la quinta, todo habia contribuido á hacer las relaciones del padre y el hijo de una extrema frialdad.

David, veia tambien la llegada de Mr. Bastien con una profunda aprension; aunque bien decidido á hacerle á este hombre todas las concesiones posibles, para aniquilarle ante el fin de merecer su indiferencia, le era muy penoso el pensar que la continuacion de sus relaciones con Federico y su madre dependian absolutamente de un capricho de Santiago Bastien.

Margarita precedia tan poco á su amo, que David, Maria y su hijo estaban aun bajo la influencia de su admiracion y penosas reflexiones cuando Santiago Bas-

ñen entró en la sala de estudio, acompañado de su compadre Bridon, ugier de Pont-Brillant.

Ya hemos dicho que Santiago Bastien era un hércules obeso; su gruesa cabeza cubierta con una selva de cabellos crespos de un rubio rojo, estaba apenas separado de sus poderosas espaldas por un cuello de toro; tenía el rostro largo, vivamente colorado y casi imberbe; como muchas personas de una naturaleza atlética; la nariz gruesa, la boca rajada y el ojo astuto, chabacano y malo. La blusa azul que tenía, según su costumbre, encima de su levita, delineaba la prominencia de su vientre; llevaba un casquete de piel de zorro con orejeras, un pantalón de pana ancho y botas con clavos; en una de sus manos enormes y cortas, más anchas que largas, tenía un bastón liado á su puño por una correa: para decirlo todo, esta especie de lobo trascendía el lodo á veinte pasos.

Su compadre Bridon, estaba también

vestido con una blusa encima de su viejo traje negro, y adornado con un sombrero redondo, era un hombre pequeño, flaco y acribillado de espinillas, con miradas de gato montes, la boca entrecortada, pomulos salientes; parecía un rapozo con gafas.

A vista de Santiago Bastien, se estremeció David de dolor y de angustia, pensando que la vida de Maria estaba ligada para siempre á la de este hombre que de un dia á otro podia cesar de tener la jenerosidad de la ausencia.....

Santiago Bastien y Bridon entraron en la sala de estudio sin saludar; las primeras palabras que el amo de la casa, con el entrecejo fruncido, el acento rudo y regañon, dirigió á su mujer, que se levantó para recibirlo, fueron estas:

—¿Quién se ha atrevido á dar la orden de esplotar mis abetos?

—Qué abetos, caballero? preguntó Maria casi sin saber lo que se decia, tanto la habia trastornado la llegada de su marido.

—Cómo! qué abetos! repuso Santiago Bastien, los abetos del camino. Hablo turco acaso? Al pasar, acabo de ver que se han cortado mas de un millar de ellos.... los mas hermosos! ¿Os pregunto si se han permitido venderlos sin mi órden?

—No se han vendido, caballero, respondió Maria volviendo á adquirir su aplomo.

—¿Si no los han vendido, entonces para qué los han cortado? Quién ha mandado que lo hagan?

—Yo, caballero.

—Vos!.....

Y Santiago Bastien, estupefacto, guardó un momento de silencio, en seguida, repuso:

—Ah! sois vos... Esto es cosa nueva... Me parece que el café está algo cargado; qué te parece compadre Bridon?

—Diantre!... Santiago... es menester verlo.....

—Es lo que voy á hacer... y para qué necesidad pecuniaria, señora, ha sido ne-

cesario cortar mil de mis mejores abetos?

—Caballero... seria mejor á mi parecer que hablásemos de negocios cuando estemos solos... Sin duda no habeis visto á Mr. David el nuevo preceptor de mi hijo... que está ahí.....

Y Mad. Bastien con una mirada mostró á David que se habia mantenido oculto.

Santiago Bastien se volvió rápidamente y, despues de haber medido á David con la vista, se inclinó ante él y dijo con mal modo:

—Caballero, necesito hablar á mi mujer.

David saludó, salió, y Federico le siguió incómodo por el recibimiento que le hacian á su amigo.

—Vamos, señora, repuso Santiago Bastien... hé ahí que el *ferulo de latin* ha salido... vais en fin á responderme?

—Cuando estemos solos, caballero.

—Si soy yo el que incomodo... dijo Bridon dando un paso hácia la puerta..... me marchó.

—Qué es eso, Bridon, te burlas acaso! exclamó Santiago.

En seguida volviéndose hácia María:

—Mi compadre conoce mis negocios como yo mismo; ahora bien una vez que hablamos de negocios, señora... porque un millar de abetos lo es y muy gordo..... Bridon permanecerá pues.

—Sea, caballero... entonces os diré delante de Mr. Bridon que he creído deber cortar vuestros abetos á fin de dárselos á los desgraciados del Valle para ayudarlos á restablecer sus casas medio destruidas por la inundacion.

Para Santiago la cosa era tan enorme que se hacia incomprendible para él; así es que dijo cándidamente al ujier.

—Comprendes tú?

—Diantre... sí... respondió Bridon con un aire de pícara truanería: la señora tu esposa ha regalado los abetos á los inundados... no es eso, señora?

—Si, señor.

Bastien sofocado por la sorpresa y la

cólera no pudo en un principio mas que tartamudear mirando á su mujer con un ojo furioso:

—Vd. os habeis atrevido! Vd.

En seguida dando una patada de rabia, dió un paso hácia su mujer crispando sus gruesos puños con un aire tan amenazador que el ujier se puso delante gritando:

—Vamos, Santiago... que diablos, no te moriras, viejo mio, es un regalo de dos mil francos poco mas ó menos que tu señora ha hecho á los inundados.

—Y cree Vd. que esto va á quedar asi... repuso Santiago procurando contenerse... pero estais loca de atar? Esta carniceria de mis abetos debia saltarme á los ojos... segun eso lo habeis olvidado..... veis?

—Si hubiéseis estado aquí, caballero, respondió Maria con du!zura, temiendo irritar aun mas á Bastien, si como yo hubiéseis sido testigo de los males que ha causado este horrible desastre, hubiérais

hecho lo que yo... no lo dudo.

—Yo... trueno del cielo!... ¿cuando tengo la mejor parte de mis tierras llenas de arena?

—Dios mío... caballero, bastante tierra os quedan en los bosques... mientras que los desgraciados, que hemos socorrido, estaban sin pan y sin abrigo.

—Hola! ¿pero estoy yo en estado de dar pan y abrigo á todos los que no tienen?... exclamó Bastien ecesasperado. Mi palabra de honor, esto le hace á uno salir de sus casillas... Has oido que Bridon?

—Demasiado sabes que las señoras no entienden de negocios, viejo mio, y que, vale mas que no se mezclen en ellos..... Eh... eh... sobre todo en la corta de árboles... respondió el ugier recalcando sus palabras.

—Pero le he dicho yo acaso que se mezcle en ellos?... repuso Santiago Bastien, cuyo furor se ecesaltó de nuevo; podría yo nunca suponer que ella tubiese la audacia de... Pero no, no, hay algo ocul-

to; es preciso que se le haya vuelto la chaveta... Ah! trueno de Dios!... llego á tiempo! Segun la muestra deben haber pasado cosas muy graciosas en mi ausencia... Necesito trabajar... veamos lo que hay. Por fortuna tengo el puño sólido.

—Maria arrojó sobre Santiago una mirada de una dulzura suplicante y le dijo:

—No puedo arrepentirme de lo que he hecho, caballero... solamente lo que siento es que una medida que me parecia deber merecer vuestra aprobacion, os cause tan viva incomodidad. Por lo demas añadió la jóven tratando de sonreír, estoy cierta que olvidareis esta contrariedad... al saber con que valor se ha conducido Federico en esta inundacion. A riesgo de su vida ha salvado á Juan Francisco, á su mujer y sus hijos de una muerte cierta... Otras dos familias del Valle lo han sido tambien.

—Y trueno de Dios! justamente por que ha pagado con su persona, es por lo que no teniais necesidad de echarla de ge-

aerosa á costa mia, exclamó el grosero marido interrumpiendo á su mujer.

—Cómo! respondió Maria confundida con este reproche... sabiais que Federico.....

—Habia ido como tantos otros en un bote á socorrer á los inundados... Vaya un bonito negocio? Quién le obligaba á hacer semejante cosa? si lo ha hecho es porque así le habrá convenido; además los papeles públicos estan llenos de rasgos semejantes. Y aun si el nombre de mi hijo hubiese estado en el diario... en buen hora... eso me hubiera adulado...

—Quizá le hubieran dado la cruz de honor, añadió el ugier con un aire socarron.

—Por otra parte tenemos que hablar del caballero mi hijo... y formalmente, repuso Santiago Bastien. Mi compadre Bridon viene tambien para eso...

—No os comprendo... dijo Maria tartamudeando. ¿Qué puede tener que ver Mr. Bridon con Federico?

—Lo sabreis, porque tambien tendremos que hablar mañana de vos... y mucho... No vayais á creer que el asunto de mi millar de abetos pasará como una carta en el correo. Pero ya son las seis..... haced que nos den de comer.

Y llamó.

A estas palabras, la jóven pensó en los cubiertos de plata, llevados á la viuda, y vendidos en ausencia y sin conocimiento de su marido.....

Sola con Santiago, Maria hubiera sufrido con su resignacion acostumbrada, la cólera, las injurias, y las amenazas de este hombre; pero al pensar en los arrebatos á que podria entregarse delante de David y de su hijo... estaba con razon asustada por las consecuencias probables de semejante esena.

Santiago Bastien repuso:

—¿Habeis hecho ensender un buen fuego en el cuarto de Bridon? Os he escrito que pasaria algunos dias aquí.

—Creia que dividiriais vuestra habita-

cion con Mr. Bridon, repuso Mad. Bastien... Sin eso no veo en donde poder acomodar á Mr. Bridon aquí.

—Cómo! y el cuarto de arriba?

—Ese es el aposento del preceptor de mi hijo.

—¡Graciosa estais con vuestro preceptor! Pues bien, sapearemos *al latino*.

—Sentiria mucho incomodar, dijo el ugiar y preferiria marcharme.

—Ah! no Bridon... no... decididamente vamos á incomodarnos, repuso Santiago y dirigiéndose á su mujer con voz incómoda.

—Como! ¿os he prevenido esta mañana que Bridon pasaria aquí algunos dias y aun no hay nada preparado?

—Os repito, caballero, qué ¿donde quereis que aloje al preceptor de mi hijo si Mr. Bridon ocupa su aposento?

—El *preceptor de mi hijo*, repuso Santiago inflando los carrillos y encogiéndose de hombros, no teneis mas que eso en la boca... haceos la duquesa... Pues bien, el

preceptor de vuestro hijo irá á acostarse con Andrés y no se morirá.

—Pero á la verdad... caballero... no pensais que.....

—Hola! veamos, no me calenteis las orejas ó voy á decirle al pedagogo que marche al momento de mi casa y se plante en el camino de Pont-Brillant. No soy amo de mi casa! trueno de Dios!

Maria se heló de espanto... Conocia que Mr. Bastien era capaz de echar brutalmente al preceptor... Se calló un momento... despues reflexionando el inagotable afecto de David, repuso, procurando contener sus lágrimas?

—Sea... caballero... el preceptor compartirá el cuarto de Andrés.

—Deveras! repuso Santiago con tono irónico, es una fortuna.

—Además, bien veis, señora, repuso el ugier con tono melifluo, un preceptor es como si se dijese poco mas que un criado.... puesto que es una persona que goza de salario, sin esto nunca me hubiera permi-

tido el sus *plantar* coma dice ese gracioso Santiago.

Margarita vino en este momento á decir que la comida estaba pronta.

Bridon se quitó su blusa, pasó la mano por sus cabellos, y ofreció con coquetería su brazo á Mad. Bastien, cuyos miembros todos temblaban.

Santiago Bastien arrojó en un rincón su baston de nudos, guardó su blusa y siguió á su mujer y al ugier al comedor.



CAPITULO VIII.

Cuando Mad. Bastien, su marido y el uquier entraron en el comedor, encontraron en él á David y Federico.

Este cambió una mirada con su preceptor, se aprocsimó á Santiago Bastien, y le dijo en tono respetuoso.

—Buenos dias, padre mio... creí que queria Vd. permanecer solo con mi madre y vea Vd. porque me retiré desde el momento en que llegó Vd.

—¿Parece que se han pasado vuestros humillos, dijo Bastien á su hijo con tono

sardónico, y que ya no necesitais de ese viaje de distraccion? Es lástima... porque yo os voy á proporcionar distraccion.

—No sé lo que quiere Vd. decir, padre mio.....

En lugar de responder á su hijo, Bastien, siempre en pié, se ocupaba en contar los platos colocados en la mesa; vió cinco y dijo con mal modo á su mujer.

—Para qué son cinco cubiertos?

—Pero, caballero, respondió Maria, porque somos cinco,

—Cómo cinco!... yo, Bridon, vos y vuestro hijo somos cinco?

—Olvidais á Mr. David, dijo Maria.

Dirigiéndose entonces, Santiago, al preceptor:

—Caballero, ignoro las condiciones con las que os ha ajustado mi mujer... En cuanto á mí, que soy el amo, no gusto tener estraños á mi mesa... Ese es mi carácter.....

A esta nueva groseria, no se desmintió la calma de David, el sentimiento de la

injuria le hizo subir á la frente un rubor involuntario, pero se inclinó sin decir una palabra, y dió un paso hácia la puerta.

Federico con las facciones coloreadas por la indignacion y el dolor que le causaba este nuevo ultraje hecho al carácter y á la dignidad de David, se preparaba á seguirlo; pero, á una mirada suplicante de su amigo se detuvo.

En este momento, Maria dijo al preceptor:

—Señor David... Habiendo dispuesto Mr. Bastien de vuestra habitacion por algunos dias tendreis á bien consentir el que se os aliste una cama en el cuarto del viejo Andrés... Por desgracia no tenemos otra habitacion...

—Nada mas natural, señora, respondió David sonriendo; tengo el honor de ser en cierto modo de la casa... por lo tanto yo soy el que debo ceder á un extraño la habitacion que ocupo.....

David inclinándose de nuevo dejó el comedor.

Luego que salió el preceptor, Santiago Bastien, incapaz de conocer su grosería, se sentó en la mesa, porque tenía mucha hambre, á pesar de la cólera sorda que sentía contra su mujer y su hijo.

Se sentaron: Santiago Bastien tenía á Bridon á su izquierda, á Federico y á María en frente.

Las angustias de la jóven no hacian mas que mudar de aspecto de un momento á otro, iba Santiago á conocer la desaparicion de la plata.....

Un nuevo incidente suspendió aun esta revelacion.....

Al levantar Santiago Bastien la tapadera de la sopera, dilataba con antelacion sus anchas narices á fin de aspirar el aroma de la sopa de yerbas que habia pedido... pero viendo fallida su esperanza, exclamó furioso dirigiéndose á su mujer:

—Cómo! no hay sopa de yerbas? y os habia escrito que queria comerla... Quizá tampoco habrá el guisado con ajo.. ¿No es eso?

—Yo no sé... caballero... olvido el...!

—Trueno de Dios! mujer! Vaya! exclamó furioso, y arrojando con tanta violencia la tapadera que se rompió.

A la brutal exclamacion de su padre, Federico dió á conocer su indignacion por un brusco movimiento.....

Al momento, Maria, tomando bajo la mesa la mano de su hijo, sentado á su lado... la apretó de una manera tan expresiva que este se contuvo; pero su vivo resentimiento no había escapado á Santiago; aquel, despues de una larga ojeada arrojada en silencio sobre su hijo, dijo á Bridon:

—Vamos, compadre mio, es preciso contentarnos... con este potaje lavado.

—La fortuna del jarro... viejo mio, dijo el uger, la fortuna del jarro.

—Eh!... eh!... eso es sabido.

—Vamos, repuso Santiago..... digamos nuestro *benedicite* antes de comer.

Y echó un vaso de vino á Bridon, despues de lo que echó casi el resto de la bo-

tella en un enorme vaso del que se servía por lo regular y que hacia cosa de una pinta.

El oberso hércules se lo tragó de un solo solvo; en seguida disponiéndose á servir la sopa, puso la mano sobre una cuchara de hierro bien plateada y brillante de puro limpia.

—¿Por qué diablos han puesto aquí esta cuchara?... dijo á Maria.

Caballero, no sé... dijo la jóven bajando los ojos y tartamudeando. Yo....

—¿Porque no han puesto en la mesa mi cucharon de plata como siempre se hace? preguntó Santiago, ¿es porque ha venido Bridon ha comer?

Dirigiendo entonces á su hijo, le dijo bruscamente.

—Traedme la cuchara de plata del armario.

—Es inútil, padre mio, dijo Federico con resolucion, viendo la angustia de su madre y queriendo atraer sobre si el enojo de su padre... El cucharon de plata y

los demás cubiertos no están en casa.

—Hein! dijo Santiago con estupor.

—Pero no creyendo á sus oídos, se apoderó del cubierto puesto á su lado, lo miró y convencido de la verdad de las palabras de su hijo permaneció un minuto pensativo, y suspenso.

Federico y su madre cambiaron una mirada en este instante de crisis.

El jóven, fiel á su pensamiento de atraer sobre sí el enojo de su padre, repuso con resolución.

—Yo soy, padre mio... quien sin advertírselo á mi madre... he vendido la plata para.....

—Caballero, esc'amó Maria dirigiéndose á Santiago, no creis... Federico soy yo... yo sola... quien... Y bien, si yo soy quien ha mandado vender la plata.....

A pesar de esta confesion de su mujer, Santiago Bastien no podia creer aun lo que oia, tan escorbitante é imposible le parecia.

El mismo Bridou compartió sinceramente esta vez el anonadamiento de su amigo; así es, que el ugier fué el primero que rompió el silencio, diciendo á Santiago.

—Hum... hum... viejo mio.... este es un necio diferente del de los abetos.

La jóven esperaba una terrible explosion por parte de su marido.....

Pero no dijo nada.

Santiago permaneció mudo, inmovil, y reflexionando bastante tiempo... Su ancho rostro se puso mucho mas rojo que de costumbre. Se bebió dos grandes vasos de vino seguidos, apoyó los codos en la mesa, la barba en la palma de la mano izquierda, cuyos dedos crispados *tamborileaban* convulsivamente sobre su ancha mejilla.....

Fijando entonces sobre su mujer sus pequeños ojos grises que brillaban bajo sus cejas fruncidas con unos pliegues siniestros, Santiago repuso con aparente calma.

—Deciais que la plata?...

—Caballero.....

—Veamos... hablad... Bien veis que estoy tranquilo.....

Federico por un movimiento instintivo, se levantó y fué á ponerse en pié, al lado de su madre, como para protegerla; porque la tranquilidad de su padre lo asustaba.

—Hijo mio... vuelve á sentarte, dijo Maria á su hijo con una voz dulce y tierna.

Federico volvió á sentarse en su sitio.

Este movimiento de Federico había sido observado por Bastien que se contentó con volver á preguntar á su mujer, sin cambiar de actitud, y *tamborileando* siempre convulsivamente con el extremo de sus gruesos dedos sobre su mejilla izquierda:

—Deciais, pues, señora, que la plata... que mi plata?....

—Y bien, caballero, repuso Maria con voz firme, vuestra plata la he vendido.

—Vd. la ha vendido.

—Sí, señor.

—Y... á quien?

—A un platero de Pont-Brillant.

—Que se llama?

—Lo ignoro, caballero.

—De veras?

—No soy yo quien fué á vender esa plata, caballero.

—Y quién fué?

—Poco importa, caballero... se ha vendido.....

—Tiene Vd. razon, respondió Bastien, variando de nuevo su vaso ¿y teneis la bondad de decirme por qué habeis vendido esa plata... que pertenecia... á mí solo?

—Amigo mio, dijo en voz baja Bridon á Santiago, metamos miedo... incomódate... grita... truena... ruje... prefiero eso á verte con esa calma... tu frente es blanca como el mantel y llena de sudor.

Bastien no respondió á su amigo y repuso:

—Señora, Vd. ha vendido mi plata para comprar, qué?

—Le habia suplicado á Vd., caballero, que me enviase algun dinero á fin de socorrer á las víctimas de la inundacion.

—La inundacion, dijo Santiago con una carcajada sardónica; la inundacion es una hermosa pantalla!

—No añadiré ni una palabra mas sobre este punto, respondió Maria con dignidad y mesura.

Un silencio bastante largo siguió á esta conversacion.

Evidentemente, Santiago hacia un esfuerzo sobre humano para contener la violencia de sus sentimientos.....

Hasta se vió precisado á levantarse de la mesa, ir á la ventana que abrió á pesar del rigor del frio, á fin de refrescar su frente; porque una porcion de malos pensamientos hervian en la cabeza de este hombre, pero queria tenerlos ocultos aun.

Al volver á su sitio, Santiago lanzó sobre Maria una mirada [estraña, siniestra,

y le dijo con un acento de cruel satisfaccion:

—Si supieseis lo que me llena que hayais vendido mi plata... me habeis hecho un verdadero servicio.....

Aunque la ambigüedad de estas palabras causase alguna inquietud á Maria, y que se alarmase por la calma incomprendible de Santiago, sintió un alivio momentáneo; en un principio temia que Mr. Bastien, cediendo á un arrebató brutal, se olvidase de sí mismo hasta llegar á las injurias y amenazas en presencia de su hijo, y que este no se interpusiese violentamente entre su padre y su madre.

Sin dirigir mas la palabra á su mujer, Santiago bebió un vaso de vino, y dijo á su compadre:

—Vamos viejo, vamos á comer el *pastel* frio con cubiertos de hierro batido.... esta es la suerte del jarro, como tú dices.

—Santiago, dijo el uquier, cada vez mas asustado de la calma de Bastien.....

aseguro que no tengo gana.....

—Pues yo deseo... dijo Santiago recar-
cando sardónicamente, es muy sencillo, la
alegría duplica siempre mi apetito... Así
es que en este momento tengo un ham-
bre de buitre.

La alegría, la alegría, dijo el ugiér,
encogiéndose de hombros, tú no tienes
un semblante enteramente alegre.

Y Bridon añadió dirigiéndose á Maria,
como para tranquilizarla, porque, á pe-
sar de su sequedad de corazón, se sentía
casi conmovido por la compasión:

—Es igual, id, señora, el buen Santia-
go hace á veces la fiera... pero en el fon-
do... es.....

—Buen hombre, añadió Bastien echán-
dose de beber... tan bueno que es un
bestia... Es igual, ya lo ves... mi viejo
Bridon... no daría mi noche por *cincuen-
ta mil francos*... acabo de realizar un be-
neficio magnífico.....

Santiago Bastien no bromeaba nunca en
asuntos de dinero, y estas palabras: *No*

daría mi noche por cincuenta mil francos; las pronunció con tal acento de certeza y satisfaccion, que no solo el ugiar creyó en las misteriosas palabras de Santiago, sino que Mad. Bastien creyó en ellas tambien y sintió aumentarse su secreto espanto.

En efecto, la calma afectada de su marido, que, cosa rara, casi espantosa, palidecia mas conforme bebia, su sonrisa sardónica, sus ojos brillantes con una especie de alegría funesta, cuando de tiempo en tiempo miraba á Federico y á su madre, llevaban al colmo la angustia de la jóven... Asi es que al fin de la comida dijo á Santiago despues de haber becho una señal á Federico para que la siguiese:

—Caballero... Me siento cansada, sufro un poco... pido á Vd. el permiso de retirarme... con mi hijo.....

—Como Vd guste, respondió Santiago con una sonrisa recargada y bastante envinada, como Vd. guste... cuando se está incómodo no hay placer... No se incomode Vd... yo tampoco le incomodaré... es-

lad' tranquila..... *paciencia.....*

A estas palabras ambiguas como las primeras, que ocultaban sin duda algun mal pensamiento oculto, Maria no teniendo nada que responder, se levantó, mientras que Federico, obedeciendo á una mirada de su madre, se aprocsimó á Santiago y le dijo con el mayor respeto:

—Buenas noches, padre mio.....

Santiago se volvió hácia Bridon, no respondió á su hijo y dijo al ugier, mirando á Federico con una mirada irónica:

—Qué tal te parece?

—Muy bonito muchacho, á fé mia.....

—Pronto tendrá diez y siete años.....

añadió Santiago.....

—*Es la edad que necesitamos...* añadió el ugier, cambiando una mirada de inteligencia con Santiago que dijo con mal modo á su hijo:

—Buenas noches.....

Maria y Federico se retiraron dejando en la mesa á Santiago Bastien y á su compadre Bridon.

CAPITULO IX.

Cuando Mad. Bastien y Federico, saliendo del comedor, pasaron por delante de la sala de estudio, vieron en ella á David, que, en pié junto á la puerta, espiaba su salida.

Maria le presentó vivamente la mano y le dijo, aludiendo á los dos ultrages que el preceptor acababa de sufrir valerosamente.

—Todos los afectos lo teneis, pues, para nosotros?

Un ruido bastante grande de sillas y al-

gunas carcajadas que se oyeron del lado del comedor, hicieron creer á la jóven que su marido y el ujier dejaban la mesa, se dirigió rápidamente hácia su aposento con Federico, despues de haberle dicho á David con un tono encantador:

—Hasta mañana temprano, señor David, estoy en una inquietud mortal.....

—Hasta mañana, amigo mio, dijo Federico á su vez con tristeza al pasar junta á él.....

En seguida Maria y su hijo entraron en su aposento, mientras que David ganaba la bohadilla que debia compartir con Andrés.

A penas hubo entrado Federico en el cuarto de su madre, se arrojó en sus brazos diciendo con amargura:

—Oh! madre mia,.. eramos tan felice. antes de la llegada de.....

—Ni una palabra mas, hijo mio... se trata de tu padre, dijo Maria interrumpiendo á su hijo, abrásame con mas ternura que lo que comunmente lo haces... ne-

cesitas hacerlo... yo tambien... pero nada de recriminaciones... contra tu padre.

—Dios mio! madre mia... ¿no has oido lo que contestó Mr. Bridon?

—Cuando tu padre le dijo: *Federico tendrá pronto diez y siete años?*

—Sí... y este hombre le contestó á mi padre: *es la edad que necesitamos.*

—Como tú, he observado esas palabras, hijo mio.....,

—Es la edad que necesitamos... que es lo que quiere decir, madre?

—No sé, respondió la jóven á fin de calmar y tranquilizar á su hijo, quizá demos mas importancia á esas palabras que la que merecen.

Despues de un momento de silencio, dijo Federico á Maria con voz alterada.

—Escucha, madre... como lo deseas, yo tendré siempre para con mi padre el respeto que mereces... y que yo le debo... pero te lo digo con franqueza... si mi padre pienza alguna vez en separarme de tí y de David.....

—Federico!... exclamó la joven alarmada por la energética resolución que leía en las expresiones de su hijo, porque suponer lo imposible... separarnos!... retirarte de manos de M. David, y esto en el mismo momento... en... que? pero no... te lo repito, tu padre tiene demasiada razón y buen sentido, para concebir semejante idea.....

—Que el cielo te oiga, madre mia..... porque te lo juro... y ya sabes la firmeza de mi carácter... ningún poder humano me separa de tí ni de M. David... y esto se lo diré atrevidamente á mi padre..... Que respete nuestra ternura, nuestros lazos indisolubles... lo bendeciré; pero si se atreve á poner la mano en nuestra dicha.....

—Hijo mio.....

—Ah! madre... nuestra dicha, es tu vida... y tu vida... la defenderé... contra mi propio padre... entiendes?

—Dios mio!... Dios mio!... Federico... te lo suplico...

—Oh! que vea lo que hace... que vea lo que hace!... esta noche por dos ó tres veces... se ha arrebatado toda mi sangre.....

—Mira Federico... no hables así... me volverias loca. Porqué, pues, Dios mio... prever cosas tan penosas... ó mas bien, imposible?... eso es aterrorisarse, desesperarse.....

—Sea... madre... esperemos... pero creeme... la horrorosa calma de mi padre, cuando supo la venta de la plata, oculta alguna cosa... Esperábamos verlo saltar de cólera... ha permanecido impasible.... pero se ha puesto pálido... y nunca le habia visto palidecer, madre... dijo Federico acercimándose á la jóven con cierta espresion de ternura y alarma. Madre, siento frio; el corazon alguna desgracia nos amenaza.....

—Federico, repuso la jóven con una espresion de reproche encantadora, me causas un mal horroso... y despues de todo no quiero asustarme de ese modo... tu

padre tiene su voluntad sea....

—Y yo tambien... madre... yo tengo la mia.

—Pero porque pues... querer suponer siempre en tu padre intenciones que no tiene... sin duda... intenciones que no puede tener: creeme, querido hijo, á pesar de su acritud... te quiere... ¿porqué habia de querer incomodarte? porque habia de querer separarno y arruinar de este modo las esperanzas mas certeras que haya podido tener madre sobre su hijo? Mira si estuviera aqui M. David te tendria el mismo lenguaje... Vamos, calmate, tranquilizate... quizás tendremos que sufrir algunos dias de prueba... pero los hemos tenido ya tan crueles, que estos no nos parecieran nada.

Federico movió tristemente la cabeza, abrazó á su madre con creciente ternura, y entró en su aposento.

Mad. Bastien llamó á Margarita.

La antigua criada no se hizo esperar.

—Margarita, le dijo la jóven, está aun

Mr. Bastien en la mesa?

Por desgracia, sí, señora.

—Por desgracia!

—Diantre... Es que nunca he visto al amo con un rostro tan malo... Bebe de una manera que causa miedo y á pesar de eso está muy pálido... acaba de pedirme una botella de aguardiente... y.....

—Basta... Margarita, dijo Maria interrumpiendo á su criada, ¿habeis hecho preparar una cama en el cuarto de Andrés para Mr. David?

—Sí, señora... David acaba de subir á él; pero el viejo Andrés ha dicho; que preferia acostarse en la cuadra antes que atreverse á permanecer en el cuarto con Mr. David... Además Andrés no tendrá tiempo para dormir esta noche.

—Porqué?

—El amo me ha mandado diga á Andrés que tenga el caballo enganchado para las tres de la mañana.....

—Cómo?... Va Mr. Bastien á partir á media noche!

—El amo ha dicho que la luna salia á las dos y media, y que queria estar en Blemus con Mr. Bridon al romper el dia, para poder estar aquí de vuelta mañana á la noche.

—Eso es diferente... Vamos! buenas noches, Margarita.

—Señora.....

—Qué quereis?

—Dios mio!... señora... no se si me atreveré.....

—Veamos, Margarita... qué hay?

—Vd. me interrumpió ahora mismo cuando hablaba del amo... y sin embargo tenia una cosa que decir... una cosa.....

Y la criada se detuvo mirando á su ama con un aire tan inquieto, tan triste que la jóven repuso.

—Dios mio! que teneis Margarita? me asustais.

—Pues bien, señora... cuando entré en el comedor para darle al amo la botella de aguardiente que pedia, Mr. Bridon estaba

diciéndole, mirándolo con aire sorprendido y alarmado: *Santiago, no harás eso.....* El amo, viéndome entrar, no respondió nada, y le hizo seña á Bridon de que callase; pero luego que salí... hé... Señora, Vd. tendrá quizás la bondad de perdonarme en razon á la intencion.....

—Acabe Vd. Margarita.....

—Salí del comedor; pero me quedé un momento á escuchar tras de la puerta..... y oí á Mr. Bridon decirle al amo: *Te repito Santiago, que no harás eso.* Entonces el amo contestó: *Lo verás... No me atreví á escuchar mas, y...*

—Ha hecho Vd. bien, Margarita... era demasiada indiscrecion, cuya única excusa es el afecto que me teneis.

—Cómo!... no os asusta eso, señora... lo que ha dicho el amo?

—Nada prueba, mi querida Margarita, que las palabras de Mr. Bastien fuesen dirigidas a mí... yo creo que Vd. ha hecho mal en alarmarse.

—Dios lo quiera, señora.

—Tenga Vd. la bondad de ir á ver si Mr. Bastien y Mr. Bridon están aun en la mesa. Si la han dejado, puede Vd. acostarse, no os necesito ya.

Margarita volvió algunos momentos despues y dijo á su ama:

—Acabo de dar luz al amo y á Mr. Bridon... se han dado las buenas noches..... y... escuchad, señora, dijo Margarita, oye Vd.? ya sube Mr. Bridon.

En efecto; los pasos del compadre de Bastien se oian en la pequeña escalera de madera, que conducia al aposento que antes ocupaba David.

—¿Ha entrado en su cuarto Mr. Bastien? preguntó Maria á su criada.

—Puedo ver por de fuera si hay luz en su habitacion, respondió Margarita.

La criada salió de nuevo, volvió algunos instantes despues, y dijo á su ama, tiritando de frio:

—El amo ha entrado en su cuarto, señora, se ve la luz al través de las persianas... Dios mio! que frio... nieva á co.

pos, y yo que me he olvidado de hacer aquí fuego, señora! Quizá querrá Vd. velar....

—No, Margarita, gracias... voy á acostarme en seguida...

Maria añadió despues de un momento de reflexion:

—Estan cerrados los postigos de mi cuarto, no es eso?

—Sí, señora.

—Y los de mi cuarto están tambien?

—Sí, señora,

—Buenas noches, Margarita... entrareis en mi cuarto mañana al romper el dia.

—No necesita Vd. nada mas, señora?

—No, gracias.

—Buenas noches, señora.

Margarita salió.

Maria echó el cerrojo á su puerta, fué á asegurarse de que los postigos de su cuarto estaban cerrados, y se desnudó con lentitud, presa de una mortal angustia, pensando en los diversos acontecimientos

de la tarde, en las palabras misteriosas dichas por el ujier Bridon respecto á Federico, y sobretodo en las palabras cambiadas entre Santiago y su amigo, palabras sorprendidas por Margarita:

—*Santiago, no haras eso.*

—*Ya lo verás.*

La jóven, envuelta en su peinador de noche, se preparaba como de costumbre á ir á besar á su hijo antes de meterse en cama, cuando oyó andar pesadamente en el corredor al que daba su aposento.

No habia que dudar, eran los pasos de Santiago Bastien.

Maria puso el oido.

Los pasos se detuvieron.

Bien pronto sucedio al eco de esta marcha pesada el ruido producido por dos manos que tentaban la pared buscando en la oscuridad la cerradura, ó la llave de la puerta.

Santiago Bastien queria entrar en el aposento de su mujer.

Esta, sabiendo que estaba encerrada, se tranquilizó en un principio; pero bien pronto reflexionando que si no le abría á su marido, podía en su violencia brutal, llamar fuertemente á su puerta, quizás romperla, y con este escándalo, despertar á su hijo... atraer á David, y ocasionar una colicion cuyas consecuencias probables, hacian estremecer á la desgraciada madre; iba á decidirse á abrir á su marido, cuando pensó que su hijo estaba allí en el aposento contíguo..... que pocos momentos antes habia tenido que emplear toda la autoridad de su ternura para impedirle que se entregase á amargas recriminaciones contra Santiago Bastien... Por último, se acordó de aquellas palabras de Federico, cuya enerjia y resolucion conocia.

— *Atentar á nuestra dicha, seria atentar tu vida, madre mia... y tu vida la defenderé hasta contra mi propio padre.*

Maria conocia que ningun poder humano, ni aun el suyo, podrian impedir

esta vez que Federico interviniese, en el caso en que Santiago Bastien, furioso, quizás borracho, viniese hasta el aposento de ella á abrumarla con injurias y amenazas.....

La alternativa era terrible.

No abrir... era esponerse á un escándalo deplorable.

Abrir... era poner cara á cara al padre y al hijo... el primero lleno de cólera, y de vino... el segundo ecsasperado por la loca ternura que profesaba á su madre.

Estas reflexiones, rápidas como el pensamiento, apenas las acababa de terminar Maria, cuando sintió á Santiago Bastien que por fin habia dado con la llave y desechado la cerradura; pero, encontrando un obstáculo interior sacudió violentamente la puerta.

Maria tomó un partido desesperado; corrió á la puerta, quitó el cerrojo, y manteniéndose en el umbral del aposento como para defender la entrada contra

Santiago Bastien, le dijo en voz baja y suplicante:

—Mi hijo duerme, caballero... si queréis hablarne, venid, os lo suplico, á la sala de estudio y.....

La desgraciada mujer se interrumpió un momento.....

Su valor se debilitó, tan temible le pareció la fisonomía de Santiago.

La claridad de la lámpara puesta sobre la chimenea de la alcoba de Maria, daba entonces de lleno sobre el rostro de Mr. Bastien y alumbrando de este modo viva y fuertemente, se destacaba luminosa sobre las tinieblas del corredor.

Este hombre, con la planta hercúlea, estaba horrorosamente pálido á causa de la reaccion de una cólera mucho tiempo contenida por los humos de la embriaguez, pues estaba medio ébrio. Su espesa y ruda cabellera caia sobre su frente chata y casi ocultaban sus pequeños ojos grises y malos. Su cuello de toro estaba desmedido, y su blusa entreabierta así como

su levita y chaleco, dejaban ver en parte su pecho poderoso y velludo.

Al aspecto de este hombre, Maria, lo hemos dicho, sintió un instante debilitarse su valor.....

Pero reflexionando en el momento que el estado de escitacion en que se encontraba Mr. Bastien debiendo hacerle mas arrebatado, mas intratable aun que de costumbre, no retrocederia ante ninguna violencia ni ningun escándalo y que entonces la intervencion de David y Federico se haria desgraciadamente inevitable, la jóven, valiente como siempre, bendijo al cielo de que su hijo aun no hubiese oido nada, agarró la lámpara, puesta sobre la chimenea, volvió junto á su marido, siempre inmóvil en el umbral de la puerta, y le dijo en voz baja:

—Vamos, pues, al salon de estudio, caballero... temeria, ya os lo he dicho, despertar á mi hijo.

Mr. Bastien pareció consultarse antes de rendirse al deseo de Maria.

Después de algunos instantes de reflexión, durante los cuales la joven se moría de angustia, el hércules respondió:

—Al hecho... prefiero que así sea..... vamos... id adelante...

Maria, presidiendo á Santiago Bastien por el corredor, pronto entró en la sala de estudio.



CATITULO IX.

Mad. Bastien, cuyo corazon latia con violencia, puso la lámpara sobre la chimenea de la sala de estudio, y dijo á su marido:

—Qué desea Vd., caballero?

Santiago habia llegado á ese grado de embriaguez que no es la demencia, que deja aun el espíritu bastante lúcido, pero que deja la voluntad impotente; no respondió desde luego á la pregunta de Maria, que repuso:

—Tenga Vd. á bien, caballero, se lo

suplico, de decirme lo que deseais de mí?

Santiago, con las dos manos metidas en los bolsillos de su blusa se mantenía en pié delante de su mujer; ya frunciendo el entrecejo con un aire siniestro, ya sonriendo con un aire sardónico.

En fin, dirigiéndole con voz lenta y mal segura, porque la medio embriaguez en que estaba sumido le impedía ya el uso de la palabra y le obligaba á hacer frecuentes, pausas le dijo:

—Señora... hace unos diez y siete años y medio.... que nos casamos.... no es eso?

—Sí, señor.

—De que ha servido Vd.?

—Caballero.....

—Ni aun siquiera me habeis servido de mujer.

Maria, con la mejilla colorada de vergüenza é indignacion, dió un paso para salir.

Bastien le impidió la salida y gritó levantando la voz:

—Quédese Vd. ahí!.....

—Silencio... caballero!

Dijo la desgraciada mujer, cuyos temores se renovaron, porque David y Federico podían estar despiertos y acudir al ruido de un altercado.

Así es, que esperando nuevos ultrajes y decidida de antemano á sufrirlos, Maria dijo á Santiago con trémula voz:

—Por piedad... caballero... no hable Vd. tan alto... podrian oirnos... Escucharé á Vd. pues, por penosa que me parezca que va á ser para mí esta conversacion.

—Le decia á Vd. que no habeis servido para nada desde que nos casamos, una criada con veinte escudos de salario hubiera tenido mi casa mejor que Vd. y me hubiera costado menos.....

—Puede ser, caballero, repuso Maria con amarga sonrisa, esta criada no hubiera educado su hijo de Vd. como lo he hecho.....

—Haciéndole aborrecer á su padre?

—Caballero!...

—Basta!!!... demasiado lo he visto esta noche, sino lo hubiéscis sostenido, ese tuno no me hubiera llenado de inyecciones y se hubiera puesto de vuestra parte.

—Eso es muy sencillo... él no es el solo... Desde que llegó aquí á mi casa todos dicen: ahí está el enemigo, el bestia, el ogro! Y bien! pase lo de ogro, eso me honra.....

—Se engañó Vd... siempre he educado á vuestro hijo en los sentimientos de respeto que son debidos á Vd... y esta misma noche.....

—Basta, exclamó el hércules interrumpiendo á su muger, y prosiguió su pensamiento con la tenacidad de la embriaguez que concentra en una sola idea todo el intervalo lúcido que le queda.....

—Le decia á Vd., repuso, que desde mi casamiento, de nada me habeis servido; habeis hecho de mi hijo un señorito que necesita preceptores y viajes de placer para desterrar su melancolía, y que por otra

parte me aborrece... me habeis escamoteado mis árboles y mi plata... me ha robado Vd.....

—Caballero, exclamó Maria indignada.....

—Me ha robado Vd., repitió el hércules con una voz tan fuerte, que la jóven madre juntó las manos murmurando:

—Eh! por favor, caballero... no hable Vd. tan alto... no tan alto.....

—He aquí, pues, diez y siete años, de qué me habeis servido... de nada... ó para mal... esto no puede continuar así.....

—Qué quiere Vd. decir?

—Ya basta.....

—Pero.....

—Estoy cansado! no quiero mas.....

—No entiendo á Vd. caballero.

—No? Pues bien!... cuando alguno ó alguna cosa me fastidia... me deshago de ella... y cuanto antes.....

BIBLIOTECA

DEL

MEDIO-DIA.

LOS

SIETE PECADOS CAPITALES.

LOS
SIETE PECADOS
CAPITALES.

NOVELA

Por Eugenia Sue,

TRADUCIDA AL CASTELLANO.

LA ENVIDIA-
(Federico Bastien.)

TOMO V.

MÁLAGA.



Establecimiento tipográfico-literario de D. José
DEL ROSAL, editor; calle de Granada, núm. 74

Es propiedad del Editor.

Continuacion del capítulo anterior.

A pesar del estado de escitacion en que lo veia, Mme. Bastien no creyó ni por un momento que su marido tratase de matarla; así es, que procurando adivinar su pensamiento sobre su máscara buta l siniestra le dijo:

—Si mal no entiendo, Vd. está decidido á deshacerse de las personas que le incomodan ó disgustan?

—Justamente!... Así es que el vigardon de su hijo de Vd. me fastidia... y mañana... me deshago de él.....

—Os deshaccis de él? pero, caballero.....

—Silencio!... Bridon lo toma, se lo llevará mañana á la noche. . á nuestra vuelta de Blemur.

—Decís que Bridon se lleva á mi hijo... Quiere Vd. explicarme.....

—Lo temia en pension, como aprendiz... y su Benjamin de Vd. que no es el mio... á los diez y ocho años ganará seiscientos francos si Bridon está contento.... y de uno me desbago.

—Nadie dispondrá del porvenir de mi hijo sin mi consentimiento, caballero.....

—Hein!.....

Dijo Santiago con una especie de rugido sordo.....

—Oh! caballero... aunque me mate Vd. en este instante le tendré el mismo lenguaje.

—Hein!.....

Dijo de nuevo el coloso, con un tono aun mas amenazador.

—Le digo á Vd. que mi hijo, no me dejará... Continuará sus estudios... bajo

la direccion de su preceptor... Le diré á Vd. si quiere, los proyectos que tengo respecto á Federico... y.....

—Ah! esas tenemos! exclamó el coloso, furioso con la resistencia de su muger. Pues bien, mañana tomaré al pedagogo latino por un brazo, y le franquearé la puerta de mi casa... Ese es otro que me fastidia y del que tambien me deshago. En cuanto á Vd.....

—Cuál será mi suerte, caballero?

—Cuando tengo demasiado de alguna cosa ó de alguno... me deshago de ello.

—De modo que me echará Vd. de casa?

—Y muy pronto... Hace diez y siete años, que de nada me servis... ha puesto Vd. á mi hijo contra mí... me ha quitado Vd. mis árboles mi plata... eso me fastidia y me privo de ello... Pero ahora que me acuerdo... en donde estan sus alhajas de Vd?

—Mis alhajas?... preguntó Maria, estupefacta por esta pregunta inesperada.

—Sí... sus alhajas de Vd... valen mil francos poco mas ó menos... vaya Vd. á buscármelas y démelas... no compensará la plata que me habeis quitado.....

—Caballero... esas alhajas no las tengo ya.....

—Cómo?

—Las he vendido.

—Hein!..... exclamó Santiago tartamudeando de cólera..... Vd..... Vd. las ha.....

—Vendido, caballero... al mismo tiempo que la plata y con el mismo objeto.

—Vd. miente!

Esclamó el coloso con terrible voz.

—Oh! mas bajo, caballero... se lo suplico á Vd. mas, bajo.

—Vd. oculta sus alhajas para no indemnizarme... añadió el hércules, dando un paso hácia su mujer con el puño cerrado y lívido de rabia; sois doble ladrona.

—Por favor, caballero, no griteis de ese modo! exclamó la jóven madre, no sabiendo siquiera en la grosería de las

injurias con que la abrumaba, pero temblando no fuera que David ó Federico se despertasen á los gritos de Bastien.

En efecto, furioso por no poder compensar la pérdida de su plata, apoderándose de las alhajas de su mujer... idea fija que lo habia preocupado toda la tarde, no tuvo ya freno... la escitacion de la cólera y la embriaguez se confundieron en una ecsaltacion salvaje, y exclamó:

—Ah! habreis ocultado vuestras alhajas... pues bien! no será mañana cuando saldreis de mi casa... será ahora mismo... .

—Caballero... esa es una burla cruel... respondió Maria quebrantada por tantas emociones, deseo volver á mi aposento... la noche... avanza... estoy helada... Mañana hablaremos formalmente..... entonces tendrá Vd... toda su sangre fria, ya.....

—Es decir, que ahora estoy... borracho... hein.

—Hasta mañana, caballero... Permítame Vd. que me retire.....

Santiago, horroroso por la cólera, el odio y la embriaguez dió un paso hácia su mujer, y mostrándole el sombrío comedor que conducia á la puerta de afuera;

—Salid de mi casa! os echo doble ladrón!

Maria no podia creer que Santiago hablase formalmente. Lo único que trataba era de terminar lo mas pronto posible esta odiosa conversacion, á fin de impedir la intervencion de David y de su hijo. Asi es, que replicó dirijiéndose á su marido con la mayor dulzura á fin de calmarlo.

—Caballero, se lo suplico á Vd... vuélvase á su aposento... y déjeme Vd. marchar al mio... Le repito que mañana.....

—Trueno de Dios! exclamó Santiago fuera de sí, no le digo á Vd. que vuelva á entrar... sinó que salga de mi casa... Es menester que os agarre de un brazo para ponerlos en la calle?

—En la calle?

Esclamó Maria, que comprendió en fin en la espresion de feroz bestialidad de la fisonomía de Santiago que hablaba formalmente.

Esto era feroz, estúpido, pero que se podria esperar de semejante miserable, ecsaltado aun por la embriaguez.

—A la calle! repuso pues, Maria con espanto... pero, caballero... no reflexiona Vd... es de noche... hace frio.....

—Que me importa á mí?

—Caballero, os conjuro... volved en vos... Dios mio!... Es la una de la mañana... á donde quereis que vaya?.....

—Que se me dá á mí?

—Pero, caballero.....

—Una vez!... sales, ladrona?

Y el coloso dió un paso hácia su muger.....

—Caballero... una palabra... una sola...

—Dos!

Y Santiago dió otro paso mas hácia su muger.

—Por favor... escuchadme.....

—Tres!

Y el Hércules recogió sus mangas para agarrar á su muger.....

Que podía hacer la desgraciada?

Gritar, pedir socorro!

Federico y David despertarian, acudirian al ruido... y, para Maria habia una cosa mas terrible aun que esta indigna salvage espulsion... era la horrorosa idea de ser vista por su hijo, disputando contra su marido que queria ponerla medio desnuda en la puerta de la calle... su dignidad de mujer... de madre, se resentia á este pensamiento... y sobre todo á la idea de una lucha desesperada entre su hijo y su marido, hecho que podia concluir con un asesinato ó un parricidio; porque Federico no hubiera retrocedido ante ninguna estremidad, para defender á su madre echada de la casa.

Maria se resignó pues, y cuando Santiago aprocsimándose á ella para agarrarla, repitió.....

—Tres veces... sales?

—Y bien... sí... sí... caballero... repuso Maria con voz temblorosa, voy á salir ahora mismo... pero nada de ruido os lo suplico.

Entonces, deshecha, tendiendo sus manos suplicantes hácia Santiago, que, siempre amenazador, marchaba hácia ella y le mostraba con una señal la puerta de salida, Maria llegó así retrocediendo y en la sombra, á la estremidad del corredor.

Bastien abrió la puerta.

Una bocanada de viento glacial entró por la puerta.

Por fuera no se veian mas que tinieblas nieve cayendo á grandes copos.

—Oh! Dios mio!... que noche! murmuró Maria, espantada á pesar de su resolucion, y queriendo volver otra, gracia..... caballero.....

—Buenas noches.....

Dijo el miserable con un recalco feroz empujando á fuera á su muger; cerrando en seguida la puerta, echó los cerrojos.

Maria con la cabeza desnuda y vestida

únicamente con su peinador de noche, sintió undirse sus pies en la espesa capa de nieve que cubría el empedrado del pórtico á pesar de su rústico techado.

Un rayo de esperanza que daba á la jóvon: creyó por un momento que su marido quería darla una burla tan estúpida como cruel; pero sintió alejarse á Santiago pesadamente.

Pronto ganó su aposento, lo que conoció Maria viendo filtrar la luz al traves de las hojas de las persianas.....

Mad. Bastien, helada por la áspera y penetrante brisa sentía chocar sus dientes convulsivamente. Quiso ganar las cuadras, situadas en un edificio contiguo... Por desgracia encontró cerrada la puerta del jardin la que no pudo abrir.

Tres ventanas daban al jardin de la habitacion de Santiago Bastien y la del comedor en el que no habia quedado nadie...

María no tenia pues ningun socorro que pedir ó esperar.....

Se resignó.

La pobre criatura volvió bajo el pórtico, quitó con sus manos la nieve que cubría el suelo, y, ya helada, transida de frío se sentó sobre el escalon de piedra apenas cubierto por el rústico cobertizo.



CAPITULO I.

Santiago Bastien, despues de haber hecho lo brutalmente á su esposa, entró en su casa con paso inseguro, se arrojó en su cama, y cayó en un profundo sueño.

A las tres de la noche, como lo habia mandado la víspera, Margarita llevó luz al aposento de su amo y lo encontró dormido; le costó bastante trabajo despertarle y le anunció que el viejo Andrés habia enganchado el caballo al cabriolé.

Santiago entorpecido aun por el sueño y por las consecuencias de su embriaguez

que oscurecían aun sus ideas, se sacudió sus vestidos como un animal salvaje su piel, pasó la mano por sus cines, se puso sobre sus vestidos un sobre todo de pieles, se enjuagó la boca con su vaso lleno de aguardiente, y envió á Margarita á advertir á Bridon que todo estaba pronto para la partida.

Bastien tenía la cabeza pesada, las ideas confusas y apenas un vago recuerdo de su atroz brutalidad para con su mujer; luchaba con trabajo contra un violento deseo de dormir; esperando á su compañero, se volvió á sentar sobre el borde de su cama en el que empezó á adormilarse, cuando Bridon entró:

—Vamos, Santiago, vamos, dijo el ujier, pareces entumido, viejo mio..... sacúdete.

—Ya está, ya está... respondió Bastien poniéndose en pié y frotándose los ojos; tengo la cabeza pesada... arena en los ojos; el aire me pondrá bueno... Toma, bebe una gota, Bridon, y al camino... Te-

nemos que andar cuatro leguas de aquí á Blemur.....

—A tu salud, viejo! dijo el ujier echándose un vasito de aguardiente. Hola! ¿no trincas tú?

—Si tal; eso me despertará, porque tengo el cerebro endiabladamente confuso.

Y despues de haber tragado una nueva dosis de aguardiente, que lejos de aclarar sus ideas, las puso aun mas confusas, Bastien siguió á Bridon, salió de su aposento, siguió el corredor, y abrió la puerta del jardin por la que habia echado á su mujer dos horas antes.....

Pero Maria habia dejado el pórtico donde se habia entumecido en un principio.

Ya no nevaba.

La luna brillaba en el cielo, el frio se hacia cada vez mas intenso, Santiago lo sintió doblemente porque acababa de beberse dos vasos de aguardiente; tambien, durante algunos momentos, sus ideas se

turbaron de tal modo, que al salir del pórtico, marchó adelante al través del barro en lugar de seguir la alameda que conducia á la salida del jardín.

Bridon se apercibió de la distraccion de su amigo y le dijo:

—Santiago... Santiago... á dónde diablos vas?

—Es verdad, respondió el Hércules deteniéndose de pronto y oscilando lijera-mente sobre sus piernas adelante y atras.

Es verdad... viejo mio... repuso no se lo que tengo... estoy atontado esta mañana... voy á la derecha cuando creo ir á la izquierda... es el frio que me ha pasmado al salir.....

—Hay fresco bastante para causar eso y mucho mas, repuso Bridon tiritando; tengo un gaban y una bufanda y estoy helado.....

—Helado... vahl

—Eso es fácil de decir, pero no de sufrirlo.....

—Vaya, Bridon, quieres mi piel?

—Cómo tu piel?

—Mi piel de cabra, invécil.

—Y tú, Santiago?

—Tomala; una vez dentro del cabriolé el calor me entorpecería demasiado... y me dormiría á mi pesar.

—Entonces, Santiago, acepto tu piel, con tanto mas placer cuanto que si te duermes eres capaz de volearme.....

—Toma arropate.....

Dijo Santiago despues de haberse quitado su piel de cabra la que se puso su compadre con prontitud.

—Vamos, repuso Bastien pasándose la mano por la frente, ya estoy en mí... Esto va mejor.

Y Santiago llegó con paso mal seguro á la puerta del jardin, que Andrés acababa de abrir por fuera, trayendo el cabriolé tirado por el viejo caballo blanco, ante cuya cabeza se mantenía.

Bastien subió el primero al carruagé. Bridon entorpecido con la piel de cabra, tropezó sobre el estribo.

--Cuidado, amo, dijo de lejos el viejo Andrés, engañado por la piel, y creyendo dirigirse á Mr. Bastien, cuidado amo.

—Santiago, mira lo que es la piel de leon, dijo en voz baja el ujier; tu criado me toma por tí, viejo mio, porque tengo tu casaca.

Bastien, cuyo espíritu continuaba algo turbado, tomó las riendas y dijo á Andrés, que seguía en pié al lado del caballo.

—Está aun transitable el antiguo camino de Blemur.

—El antiguo camino? si no se pasa ya, señor.

—Por qué?

—Porque la inundacion lo ha *detenido* ya todo, señor:

Es lástima, porque esto acortaria mucho el camino, respondió Santiago, castigando tan vigorosamente á su caballo que partió al galope.

—Poco á poco, Santiago! exclamó el ujier, empezando á inquietarse por el estado en que veía á su compadre... los ca-

minos no están buenos... no vayas á volcarnos... Santiago, cuidado... Ah! que es eso? no ves lo que tienes delante!!!

.....
 Dejaremos á Mr. Bridon en una perplejidad, siempre creciente, y volvamos á la quinta.

Ya lo hemos dicho, Maria, despues de haber tratado en vano de ganar la cuadra por la puerta del jardin, habia vuelto á sentarse en uno de los ángulos del pórtico.

Durante la primera media hora, el frio le causó atroces sufrimientos.

Esta tortura la reemplazó una especie de entorpecimiento doloroso en un principio, pero seguido bien pronto de un octavo de insecibilidad casi completa, funesto iovecible estupor, que en estas circunstancias sirve á menudo de transicion á la muerte...

Maria, valiente como siempre, habia conservado mucho tiempo su presencia de espíritu, trataba de aminorarse el peligro

que corria; disiéndose que al fin... á eso de las tres de la mañana, habia por precision cierto movimiento en la casa originado por la partida de Mr. Bastien, que queria, como ella lo habia sabido por Margarita, ponerse en camino al salir la luna.

Ahora bien, partiese ó no, la jóven contaba con aprovecharse de las idas y venidas de Margarita, para hacerse oír de ella llamando, fuese á la puerta del corredor fuese á las persianas del comedor y ganar así su aposento.

Pero la terrible influencia del frio cuyos rápidos efectos ignoraba Mad. Bastien, heló, por decirlo así, su pensamiento como habia helado sus miembros.

Al cabo de una media hora, la jóven cedió á su pesar á un amodorramiento involuntario del que salia por instantes á fuerza de valor... pero en el que volvia bien pronto á caer mas profundamente.

A eso de las tres de la mañana, la luz, que llevaba Margarita, habia brillado mas

de una vez al través de las hojas de las persianas; sus pasos habian sonado detrás de la puerta de entrada.

Sumisa Maria en un estupor creciente, ni habia visto ni oido nada.

Por fortuna, despues de uno de esos raros intervalos en que lograba sustraerse á su entorpecimiento, se estremeció á la voz de Bastien cuando iba á salir con Bridon, y descorria con estrépito los cerrojos de la puerta.....

A la voz de su marido, la jóven, por un esfuerzo de voluntad casi sobre humano, se sustrajo enteramente de su estupor, se levantó, aunque entumida, y casi doblada por aquel frio, salió del pórtico y se ocultó detrás de unas verjas cubiertas de yedra en el momento en que la puerta se abria ante Bastien y Bridon que salieron bien pronto por la verja del jardin.

Maria, viendo alejarse los dos hombres, se deslizó en la casa, ganó su aposento, sin haber encontrado á Margarita. Pero,

en el momento en que la llamaba, faltándole las fuerzas, cayó en el suelo sin conocimiento.

La criada se apresuró á acudir á la llamada de su señora, la encontró tendida en medio del aposento, y gritó inclinándose hácia ella para levantarle:

—Gran Dios!... señora?... ¿qué os ha sucedido?

—Silencio!..... murmuró la jóven madre, con una voz débil, no despertemos á mi hijo... Ayúdame á ganar mi cama.

—Ay! señora, dijo la criada sosteniendo á Maria, mientras que se metia en cama, tiritais, estais helada.....

—Esta noche, respondió la jóven madre con voz desfallecida, sintiéndome muy mala... quise levantarme... para llamar á Vd... me faltaron las fuerzas... he estado muy mala... y ahora ha sido..... cuando he podido llegar hasta la chimenea para llamar á Vd... y... yo.....

La jóven no pudo concluir, se apreta-

con sus dientes, su cabeza cayó atrás y se desmayó.

Margarita, asustada de la responsabilidad que pesaba sobre ella, perdió del todo la cabeza y exclamó corriendo hácia el aposento de Federico:

—Señor!... señor!... levantaos, la señora se encuentra mala.

En seguida, volviendo al lado de Maria, la criada exclamó arrodillándose junto á su cama:

—Dios mio! qué haré... qué haré?

Al cabo de algunos instantes, Federico, habiéndose puesto su bata, salió de su aposento.

Que se juzgue de su sorpresa á la vista de la jóven pálida, inanimada y ajitada de vez en cuando por un temblor convulsivo.

—Madre... exclamó Federico arrodillándose desconsolado á la cabecera de Maria... madre... qué tienes? respóndeme.....

—Ay! señor Federico... dijo Margarita

sollozando, la señora está sin conocimiento... Qué hacer... Dios mío!... qué hacer?

—Margarita..... exclamó Federico..... corred á despertar á Mr. David.

Mientras que Federico con un terror inexplicable, permanecía al lado de su madre, la criada fué al desvan de Andrés en donde David habia pasado la noche.

Habiéndose vestido apresuradamente el doctor, le abrió á Margarita.

—Dios mío! qué hay?

—Señor David, una gran desgracia..... la señora.....

—Acabad!.....

—Esta noche, sintiéndose mala, se levantó para llamar... las fuerzas le faltaron... cayó en medio del aposento, en donde sin duda permaneció mucho tiempo y cuando ahora mismo entré allí y que le ayudé á meterse en cama estaba helada.

—En una noche semejante... es horro—

roso, exclamó David palideciendo, y, á esta hora... cómo se encuentra?

—Dios mio! señor David, ha perdido enteramente el conocimiento... Ese pobre señor Federico está arrodillado á su cabecera... soñosa... la llama, pero ella nada oye. Él es el que me ha dicho que corra á buscaros... porque... no sabemos qué hacer... hemos perdido la cabeza.

—Es preciso decir á Andrés que enganche el caballo y que vaya cuanto antes á Pont-Brillant... á buscar al doctor Dufour... Corred... corred, Margarita!

—Ay! señor... es imposible.....

—Por qué?

—Señor; ha salido esta mañana á los tres con el caballo... y Andrés está tan viejo que hecharia Dios sabe el tiempo en andar las dos leguas que hay de aquí á la ciudad.

—Yo voy.

Dijo David con una calma que desmentian la alteracion de sus facciones.

—Vos, señor David, ir á la ciudad á

pié, tan lejos y en una noche tan fría.

—Dentro de una hora, respondió David concluyendo de vestirse para esta escursión, dentro de una hora, estará aquí el Doctor Dufour... Decídselo á Federico para que se tranquilise. Mientras vuelvo será bueno que le deis á Mad. Bastien algunas tazas de té bien caliente. Procurad arroparla bien y aprocsimad la cama al fuego con cuidado. Vamos, valor, Margarita, añadió David tomando su sombrero y bajando apresurado, no olvideis decir á Federico que dentro de una hora estará aquí Mr. Dufour.

Margarita, despues de haber conducido á David hasta la verja del jardin, fué á buscar su bujía que habia dejado en el umbral de la puerta.

Al bajarse para tomar la luz, vió la criada, medio oculto por la nieve, un pañuelo del cuello, de seda color de naranja, perteneciente á Mad. Bastien, y, casi en el mismo sitio encontró una pequeña chi-

nela de tafílete encarnado, incrustada por decirlo así en la nieve, endurecida por la esearcha.

Cada vez mas sorprendida, y preguntándose como se encontraban allí estos objetos que provenian evidentemente de su señora, Margarita, herida de una idea repentina, recojió el pañuelo y la chinela; en seguida con la ayuda de la bujía ecsaminó atentamente el piso del corredor.

Reconoció recientes huellas de pasos húmedos y llenos de nieve, de modo que siguiendo estas huellas marcadas por los pequeños pies de Mad. Bastien, la criada llegó hasta la puerta de su ama.

De pronto Margarita se acordó que, cuando ella habia ayudado á Maria, transida de frio, á meterse en cama, no los tenia puesto; otros recuerdos se unieron á estas señales; la criada espantada por el descubrimiento que acababa de hacer, volvió al aposento de Mad. Bastien, cerca de la cual habia permanecido Federico. . .

.

Una hora y cuarto despues de la salida de David, un cabriolé de posta, tirado por dos caballos blancos de espuma y llenos de verdugones por el látigo del postillon, se detuvo en la puerta de la quinta.

David y el doctor Dufour se apearon de este carruaje.



CAPITULO II.

Hacia cosa de tres horas que el doctor Dufour habia llegado á la quinta.

David, que por discrecion se habia retirado al salon de estudio, esperaba con mortal ansiedad noticias de Mad. Bastien junto á la cual habian permanecido hasta entonces el doctor y Federico.

Una sola vez, David, en pié sobre el umbral del salon, habia preguntado en voz baja viendo pasar á Margarita rápidamente delante de él, al salir del aposento de su ama:

—Y bien! Margarita?.....

—Ah! señor David... era lo único que habia respondido llorando la criada sin detenerse.

—Se muere! exclamó David volviendo á entrar en el salon.

Y, pálido, las facciones trastornadas, despedazado el corazon, se arrojó en una silla, ocultó el rostro entre sus manos, se deshizo en lágrimas y mordió su pañuelo para ahogar sus sollosos.

—He conocido las desesperaciones de este amor contenido... oculto... imposible... murmuró... Creia haber sufrido cruelmente... sufrir; esto es sufrir?... engaño!!... Sabia yo acaso lo que era el temor de perder á María... Perderla... se muere... no... oh! pero... la veré al menos!.....

Y, casi loco de dolor, David atravesó precipitadamente el salon, pero se detuvo en el umbral.

—Se muere quizá... y no tengo derecho de asistir á su agonía... Qué soy

aquí?... un extraño... escuchemos... al menos... nada... nada... el silencio de una tumba... Dios mio!... en este aposento en el que quizá agoniza! qué sucede!... Alguno sale... es Pedro.....

Y David, dando un paso en el corredor, vió en efecto en el extremo al doctor salir del aposento de María.....

—Pedro... le dije en voz baja, á fin de apresurar su venida... Pedro!

Mr. Dufour se adelantó rápidamente al encuentro de David cuando oyó decir en voz baja:

—Señor doctor, es menester que os hable.....

A esta voz, Mr. Dufour se detuvo bruscamente ante la puerta del comedor en donde entró.

—Que voz es esa?... se preguntó David. Es Margarita?... Dios mio! qué sucede? añadió poniéndose á escuchar por el sitio por donde acababa de entrar el médi-

co. Es Pedro el que habla... sus exclamaciones anuncian la indignacion... el espanto... en fin... sale... aquí está!....

En efecto, Mr. Dufour, con semblante alterado, la frente oscura, entró en la sala de estudio, juntas aun las manos por un jesto de horror, y exclamó:

—Pero es horrible!... es infame.....

David, no pensando mas que en María, se lanzó ante su amigo.

—Pedro... en nombre del cielo... cómo está? La verdad! tendré valor... pero por piedad! la verdad... por horrorosa que sea... no hay... ya lo vez?... tortura igual á la que sufro aquí... hace tres horas... preguntándome: ¿Está viva... agonizando ó muerta?.....

Las facciones trastonadas de David, sus ojos ardientes, enrojecidos por lágrimas recientes, lo entrecortado de su voz manifestaban á la vez tanto amor y desesperacion, que el doctor Dufour, aunque bajo la impresion de una emocion violenta, se detuvo de pronto á vista de su amigo y

lo contempló por algunos instantes antes de responderle.

—Pedro... nada me dices... nada... exclamó Dávid atemorizado por el dolor pero... según eso, entonces... se muere!....

—No... Enrique... no, no se muere.....

—Vivirá, exclamó David.

A esta esperanza sus facciones sufrieron una transformación, apretó al médico contra su pecho, y murmuró sin poder contener sus lágrimas.....

—Te deberé mas que la vida, Pedro...

—Enrique... repuso el doctor con un suspiro... no he dicho que viviria.....

—Temes?.....

—Mucho.....

—Oh!... Dios mio... pero al menos esperas.....

—Aun no me atrevo....

—Y como está en este momento?

—Mas tranquila... está aletargada.....

—Oh! que viva... que viva... Pe—

dro... es preciso... vivirá... no es seño?...
vivirá.....

—Enrique... tu la amas.....

Vuelto en sí por estas palabras de su amigo, David se estremeció, y permaneció mudo con los ojos sobre los del doctor.

Este, repuso con tono grave y triste:

—Enrique... tu la amas... no he sorprendido tu secreto. Acabas de revelarmelo tu mismo.

—Yo!

—Por tu dolor.

—Es verdad... la amo.

—Enrique! exclamó el doctor con profunda emoción y las lágrimas en los ojos, Enrique... te compadezco... oh! te compadezco....

—Es un amor sin esperanza... lo sé.... pero que viva... y bendeciré los tormentos que debo sufrir á su lado... porque su hijo... que nos liga para siempre... estará perpetuamente entre ella y yo.....

—Sí, tu amor es sin esperanza... Enri-

que... sí, la delicadeza te impedirá el dejar sospechar tus sentimientos á Maria.... pero no es eso todo... y te lo repito Enrique, te compadezco mas de lo que piensas.

—Dios mio, Pedro! que quieres decir?

—Sabes?... pero... mira... mi sangre hierve... mi indignacion se agrava... todo se resuelve en mí... porque ya no se puede tener sangre fria despues de tan vil atrocidad.

—Desgraciada mujer, se trata de ella! Oh! habla, habla, habla pues! Me destrozas! me matas!

—Ahora mismo... venia á encontrarte.

—Te han detenido en el corredor.

—Era Margarita... Sabes en donde ha pasado Mad. Bastien una parte de la noche?

—Qué quieres decir?

—La ha pasado fuera de la casa.

—Ella?... la noche fuera de su casa?

—Sí... su marido la ha echado fuera, medio desnuda en esta noche helada.

David se estremeció. En seguida despues de haberse pasado las manos por la frente como para comprimir la violencia de sus pensamientos, dijo el doctor con voz entrecortada.

—Mira... Pedro... he oído tus palabras..... pero no te entiendo... parece que una verda se ha estendido por mis ojos.

—Al principio no comprendí yo tampoco; era demasiado monstruoso, Margarita, ayer noche, poco tiempo despues de haber dejado á su ama... oyó hablar mucho tiempo... ya en voz baja... ya con violencia, en la sala de estudio... en seguida andar por el corredor... despues el ruido de una puerta que se abria y se cerraba, despues nada oyó. Esta noche, despues de la partida de Mr. Bastien, Margarita, llamada por su ama, creyó primero que su ama se habia desmayado, poco mas tarde, con ciertos indicios, Margarita ha tenido la prueba que su ama

habia debido estar desde media noche hasta las tres... bajo el pórtico, espuesta á todo el rigor de esta noche glacial... de modo que esta enfermedad... mortal quizás.....

—Pero es un asesinato! exclamó David atemorizado por el dolor y la rabia... pero ese hombre es un asesino.

—Ese miserable, este horracho, segun me ha dicho Margarita... fué á consecuencia de un altercado con su desgraciada mujer, por lo que la echó á la calle.....

—Pedro, ese hombre va á venir pronto... dos veces me ha ultrajado lo procuraré... lo mataré.....

—Enrique, ten calma.....

—Quiero matarle!

—Escúchame.....

—Si reusa batirse, le asesinaré... me mataré en seguida... Maria quedará libre.

—Enrique..., Enrique... tu deliras!

—Oh! Dios mio!... ella... ella... tratada así, dijo David, con una voz desgarrado-

ra, saber que este anjel de pureza, esta pureza, esta madre adorable y santa está para siempre á merced de este hombre estúpido y feroz... Pero no conoces que si escapa de esta la matará otro dia?

—Lo creo Enrique, es preciso evitarlo.....

Y no quieres que yo.....

—Enrique... exclamó el doctor tomando las manos de su amigo con efuccion. Enrique, noble y escelente corazon, vuelve en tí, sé lo que siempre has sido... lleno de generosidad, de valor... Sí, de valor... lo necesitarás para cumplir un sacrificio cruel, pero indispensable para la salud de Mad. Bastien.

—Un sacrificio útil á la salvacion..... de Maria!! Oh! habla... habla.....

—Bravo corazon!... te vuelvo á encontrar, y hacia mal en decirte que se te debia compadecer mas de lo que tu creias... por que las almas como la tuya viven de los sacrificios. Escucha, Enrique... admitiendo que pueda salvar á Mad. Bastien

de la enfermedad que ha cojido esta noche, una flucion de pecho de las mas peligrosas... es menester que esta mujer angelical no quede en poder de ese miserable, no es eso?

—Acaba... acaba.....

—Hay un medio honroso y legal de arrancar á este hombre la víctima que tortura hace diez y siete años.

—Y ese medio es?

—Una separacion judicial.

—Y como hacerla?

—La atroz conducta de ese hombre, durante esta noche, es un motivo de los mas graves... Margarita dará testimonio; no se necesita mas para obtener una separacion; además yo veré á los jueces y los diré con la vehemencia y la indignacion de un corazon honrado, la conducta de Bastien con su mujer desde su casamiento... les diré la anjelical resignacion de Maria... sus admirables sacrificios por su hijo... y sobre todo, les diré la pureza de su vida.....

—Mira, Pedro, perdóname..... ahora mismo hablaba como un insensato. A una brutalidad feroz, contestaba con una violencia homicida... tienes razon... es meneste que Mad. Bastien se separe de su marido, que sea libre: y á este pensamiento no pudo reprimir David un estremecimiento de esperanza. Sí... que sea libre, y entonces pudiendo disponer por sí del porvenir de su hijo....

—Enrique, dijo el médico interrumpiendo á su amigo, debes comprender que para que esta separacion sea lo que debe ser por parte de Maria... digna y honorífica... es menester que te alejes.

—Yo!... exclamó David, alterado por las palabras del doctor, que repuso con voz firme.

—Enrique... te lo repito... es menester que te alejes.....

—Dejarla... dejarla... moribunda..... nunca.....

—Amigo mio....,

—Nunca Ella tampoco lo consentirá.

—Qué dices?

—No... ella no me dejará partir... Abandonar á ese niño... á quien amo como si fuera mi hijo, abandonarlo precisamente en el momento de realizar las mas bellas esperanzas... pero eso seria absurdo... yo no podré hacerlo... y ese querido niño no podria tampoco... No sabes lo que él es para mí... no sabes lo que yo soy para él... tú no sabes en fin los lazos indisolubles que nos unen... á su madre á él y á mí.

—Sé todo eso... Enrique... sé la fuerza de estos lazos, sé tambien que tu amor quizá ignorado de Maria es tan puro como respetuoso.

—Y quieres alejarme?

—Sí... porque sé tambien que Maria y tú entrambos sois muy jóvenes, que vivís con la mayor intimidad... porque la espresion del agradecimiento que te debe podria aparecer á ojos mal prevenidos..... la espresion de un sentimiento mas tierno, porque en fin, sé que la vieja marquesa

pe Pont-Brillant: viuda descarada, si las hay, ha hecho en el castillo delante de veinte personas malas y cínicas alusiones á la edad y semblante del preceptor que Mad. Bastien ha escojido para su hijo.

—Oh! eso es infame!

—Sí, es infame... es indigno, pero darás pávulo a esas infamias á esas indignidades... si permaneces en esta casa en el mismo momento en que Mad. Bastien, despues de diez y siete años de matrimonio, pedirá su separacion.....

—Pero ignora mi amor, Pedro... te lo juro... pues tú sabes que moriria antes que decirle una palabra de amor, por lo mismo que me debe la salvacion de su hijo.

—Yo no dudo, ni de tí ni de ella; pero te lo repito, prolongar tu permanencia en esta casa puede hacer á Maria un mal irreparable.

—Pedro... tus temores son vanos.

—Estos temores son demasiados fundados, tu presencia tan mal interpretada,

daria que decir á la irreprochable fuerza de la vida de Maria, juzgarán mal de la demanda de divorcio, la rechazarán quizás. Entonces Bastien irritado doblemente contra su mujer, redoblará su brutalidad para con ella, y la matará, Enrique... la matará legalmente... la matará honradamente, como muchos maridos matan á sus mujeres.....

La esactitud de las palabras del doctor era evidente; David no podia desconocerlo. Queriendo sin embargo una esperanza última repuso:

—Pero en fin, Pedro, puedo dejar á Federico... que en este momento, necesita de todos mis cuidados, porque su moral, aun no está afirmada... Niño querido! dejarlo en el momento en que entrevia ya un porvenir tan glorioso para él.

—Pero, piensa que, esta noche, estará aquí Mr. Bastien... que quizá te diga que salgas de la casa... de esta casa en la que á pesar de todo es el amo... Qué harás?

La conversacion de David y del doc

tor fué interrumpida por Federico, que entró apresurado diciendo á Dufour:

—Mi madre acaba de despertar de su letargo... desea hablaros al momento señor Dufour.

—Hijo mio, dijo el médico á Federico, tengo algunas palabras que decir á vuestra madre en particular. Tened á bien permaneced aquí un momento con David.

Y dirijiéndose á su amigo, Mr. Dufour le dijo:

—Enrique, puedo contar contigo... me entiendes?

—Te entiendo.

—Me das tu palabra de hacer lo que debes hacers

Despues de una larga perplejidad, durante la cual, Federico, sorprendido de estas palabras misteriosas, miraba ya al doctor ya á David, este repuso con voz firme y estendiendo su mano hácia su amigo.

—Pedro, tienes mi palabra.

—Bien, bien, dijo el médico con emoción, apretando la mano de David; en seguida añadió:

—No he llenado mas que la mitad de mi tarea.

—Pedro qué dices? exclamó David viendo al médico dirigirse hácia el cuarto de Maria; qué vas á hacer?

—Mi deber, respondió el doctor.

Y dejando á David y Federico en el salon de estudio, entró en el aposento de Mad. Bastien.



CAPITULO III.

Cuando el doctor Dufour entró en el aposento de Mad. Bastien la encontró en la cama y á Margarita sentada á su cabecera.

Maria, que la víspera era de una belleza tan floreciente, estaba pálida, abatida; el abrasante ardor de la fiebre coloreaba vivamente sus mejillas y hacía brillar sus grandes ojos azules, medio cerrados bajo sus párpados entumecidos; de cuando en cuando una tosesita seca y aguda levantaba su hermoso seno, sobre el que la jóven

rá aquí en breve... Va á querer llevarse á mi hijo.....

María vencida por la emoción que procuraba combatir, se vió precisada á interrumpirse un momento, y sintió bien pronto un acceso de tos de un carácter tan peligroso, unido á una opresión tan dolorosa, que involuntariamente el doctor levantó los ojos al cielo con angustia, mientras que hacia tomar á la jóven algunas cucharadas de una tizana preparada por él.

Un poco repuesta María continuó:

—Tal es nuestra posición, mi querido doctor... Es menester que antes que vuelva Mr. Bastien... hayamos tomado... un partido decisivo... sinó... y María se puso aun mas pálida, sinó va á pasar aquí alguna cosa espantosa... porque sabéis cuan violento es Mr. Bastien y cuan resuelto Federico, y, en cuanto á mí, lo conozco, enferma como estoy, el arrancarme mi hijo me va á matar.

—Señora, los momentos son preciosos,

permitidme que empiece apelando á vuestra franqueza.

—Hablad.

—A noche de resultas de una discusion que habeis tenido con vuestro marido, tuvo lugar una escena atroz... y esta noche.....

—Caballero.....

—Lo sé todo, señora.

—Os repito!... doctor.....

—Os digo que lo sé todo y con vuestro valor acostumbrado, os habeis, estoy cierto, resignado á ese abominable tratamiento, á fin de no dar lugar á una publicidad deplorable, y evitar una terrible coalicion, entre vuestro hijo y vuestro marido... Oh! no trateis de negarmelo..... vuestra salud, la de vuestro hijo depende de la sinceridad de vuestra confesion.....

—Mi salud!... la de mi hijo.....

—Veamos, señora... creéis que la ley permanezca inerte contra tan atroces secretos como los de que vuestro marido se ha hecho culpable para con vos? No! no,

y hay testigos de su estúpida ferocidad. Y estos testigos con Margarita... soy yo que he sido llamado para daros mi asistencia, á consecuencia de los horribles padecimientos que autorizan, que justifican una demanda de divorcio. Esta demanda es menester formarla hoy.

—Una separacion! esclamó Maria juntando las manos con transporte, seria posible!

—Sí, y, la obtendreis; fiaos en mí señora... Veré á vuestros jueces, haré valer vuestros derechos, vuestros pesares, vuestros desgracias: pero, antes de formaresta demanda, añadió el doctor titubeando, porque conocia toda la delicadeza de la cuestion que suscitaba es indispensable que David se aleje.

A estas palabras se estremeció Maria de sorpresa y de dolor, los ojos fijos sobre Mr. Dufour, trataba de adivinar su pensamiento, no pudiendo comprender porque, á el mejor amigo de David, pedía que se alejase.

—Separarnos de Mr. David, dijo ella, en fin, en el momento en que mi hijo necesita todos mis cuidados.

—Señora, creedme, la partida de David es indispensable, el mismo David lo conoce, porque ha resuelto alejarse.

—Mr. David!.....

—Tengo su palabra,

—Es imposible.

—Tengo su palabra, señora.....

—Él... él... nos abandona en semejante momento... ..

—Para salvaros, á vos y á vuestro hijo.

—Para salvarnos?.....

—Su presencia á vuestro lado... señora comprometeria el buen éxito de vuestra demanda de divorcio.....

—Por que?

Hubo en la pregunta de Maria tanto candor y sinceridad, manifestaba tan plenamente la inocencia de su corazón que el doctor Dufour no tuvo valor para dar un nuevo golpe á esta an-

jelical criatura, hablándole de los odiosos ruidos que empezaban á esparcirse sobre ella y David, repuso:

—No podeis dudar, señora, del afecto de David; sabe todo lo que su partida debe tener de pesaroso, de terrible para Federico, pero sabe tambien la indispensable necesidad de su partida.

—Él partir!.....

En el acento desgarrador con el que Maria pronunció estas dos solas palabras él partir! el doctor adivinó por la primera vez y comprendió la grandeza del amor que Maria le tenia á David; pensando en este amor profundo y puro, nacido de las causas mas nobles y mas santas, el corazon del doctor se desgarró. Conocia la virtud de Maria, la delicadeza de David, y en esta fatal pasion no veia ningun buen resultado.

Maria, despues de haber llorado en silencio, volvió hacia el doctor su pálido y dolorido rostro bañado en lágrimas, y le dijo con voz abrumada.

—Mr. David... juzga á propósito alejarse... mi hijo y yo nos resignaremos... Vuestro amigo nos ha dado demasiadas pruebas de su admirable desinterés, para que sea permitido dudar un instante de su corazon; pero... debo... decíroslo... su partida... será un golpe terrible... para mi hijo.....

—Pero, le quedareis vos, señora, porque no dudo, que una vez que obtengais vuestra separacion... todo hace creer que os dejarán vuestro hijo.....

—Todo hace creer que me dejarán mi hijo?

—Sin duda.

—Cómo? repuso Maria, juntando las manos y mirando al doctor con una inespresable angustia, puede haber alguna duda en que me dejen mi hijo?

—Tiene mas de diez y seis años... y legalmente en caso de separacion... el hijo sigue al padre... una hija quedaria con vos.....

—Pero entonces, repuso Maria, palpí.

tando de temor, sió tengo la seguridad de conservar á mi hijo, ¿para que es esa separacion?

—En primer lugar para asegurar vuestro reposo... vuestra vida quizá..... porque vuestro marido.....

—Pero mi hijo? mi hijo?.....

—Haremos todo lo posible para que se quede con vos.

—Y si no me lo dejan?

—Ay!... señora.....

—No pensemos en esta separacion, señor Dufour.

—Pensad, pues, señora, que es querer quedar á merced de un miserable que algun dia os matará.....

—Por lo menos antes que eso suceda no me habrá quitado á mi hijo.

—Os lo quitará, señora; ¿hoy mismo no quiere llevárselo?

—Ah! Dios mio! exclamó Maria dejándose caer sobre su almohada con una expresion de dolor y desesperacion, que el doctor corrió hacia ella exclamando:

—En nombre del cielo... qué teneis?

—Señor Dufour, dijo Maria con voz débil y cerrando los ojos; vencida por el dolor, me siento agotada... de cualquier modo que vea el porvenir... es horrible... que hacer... Dios mio! qué hacer?... la hora se acerca, mi marido va á volver... querrá... llevarse... á mi hijo..... Oh! por amor á mí... poneos entre Federico... y su padre!... oh! si supieseis..... lo que yo temo... yo.....

Y la palabra espiró en los labios de la jóven que perdió enteramente el conocimiento.

El doctor corrió á la campanilla, llamó vivamente, en seguida volvió al lado de Mme. Bastien para socorrerla.

La criada no habiendo respondido á la campanilla de Mr. Dufour abrió la puerta y llamó.

—Margarita, Margarita!

Á la voz alarmada del doctor, Federico que se habia quedado en el salon de estudio, se lanzó en el aposento de su ma-

dre... seguido de David, que, olvidando el bien parecer, y cediendo á un irresistible deseo que lo impulsaba, quiso ver, al menos una vez, aunque fuese la última, á aquella que iba á dejar.

—Federico... sostened á vuestra madre... exclamó Mr. Du'ouff, y tú... Enrique... vete pronto á buscar agua fría.... al comedor... á cualquier parte... No sé en donde está Margarita.

David corrió á ejecutar las órdenes del doctor, mientras que Federico, sosteniendo entre sus manos á su madre, casi privada de sentido, decia al doctor con voz desgarradora:

—Oh... Dios mio... este desmayo.... cuán pálida está... Socorro... socorro!....

De pronto se presentó Margarita en el aposento; sus trastornadas facciones ofrecian una mezcla singular de estupor, de miedo y de satisfacción contenida.

—Señor doctor, exclamó con voz entrecortada, si supieseis....

—Pedro, aquí está lo que has pedido,

dijo David presentando una garrafa llena de agua fresca, de la que el doctor vertió algunas cucharadas en una tasa; en seguida dirijiéndose en voz baja á la criada:

—Margarita, dadme esa fiola... allí sobre la chimenea... Pero... qué tenéis?

Añadió Mr. Dufour, viendo á la criada permanecer inmóvil y que temblaban todos sus miembros.

—Hablad... hablad, pues.

—Ah! señor, respondió la criada en voz baja, es que... esto me quita la respiracion... Si supiéscis.....

—Acabad... pues.

—El amo ha muerto!.....

A estas palabras, el doctor retrocedió un paso, olvidó á María... se quedó petrificado... y miró á la criada sin poder articular una palabra.

David sintió una conmocion tan violenta que se vió obligado á apoyarse en el palanganero.

Federico... sin dejar de tener á su madre abrazada se volvió bruscamen-

te hacía Margarita diciendo:

—Oh!... Dios mio!... muerto... muerto mi padre!.....

Y ocultó su rostro en el seno de su madre.

Maria aunque sumida en un letargo, causado por la postracion completa de sus fuerzas, habia conservado un poco de oido.....

Las palabras de Margarita, *el amo ha muerto* llegaron á los oidos de la jóven, pero vagas como el pensamiento de un sueño.

El doctor fué el primero que rompió el solemne silencio que habia acogido las palabras de la criada y la dijo:

—Explicaos... como habeis sabido?.....

—Esta noche... repuso la criada, el amo á dos leguas de aquí quiso pasar el canino sin huella cubierto á consecuencia de la inundacion... El cabriolé y el caballo fueron arrastrados... No se ha encontrado el cuerpo de Mr. Bridon, pero se ha reconocido el del amo por su piel de cabra, que fué encontrado en la ver-

hiente de un molino bajo las ruedas en el estanque; se ha encontrado en una de las paletas de la rueda la mitad de una casaca de piel; uno de los bolsillos contenía varias cartas cuyos sobres estaban dirigidos al amo. Así, es como el alcalde de Bremur que está allí con un jendarme ha sabido quien era el que había perecido y ha dado el acta.

Cuando la criada hubo terminado su narracion en medio de un silencio religioso... Mad. Bastien vuelta en sí por la profunda y violenta reaccion de esta nueva inesperada, apretó apasionadamente á su hijo contra su seno diciendo:

— No nos separemos ya... nunca... nunca.....

Maria iba en seguida casi por instinto á buscar la mirada de David; pero una esquisita delicadeza la detuvo, volvió la vista, su palidez se coloreó con un ligero rubor y volvió á apretar á su hijo con un nuevo abrazo.

CAPITULO IV.

Habian pasado unas tres semanas desde que se habia anunciado la muerte de Mr. Bastien.

Tantas violentas y contrariadas emociones habian hecho tadavía mas peligrosa la enfermedad de María.

Por espacio de dos dias su estado habia sido casi desesperado, despues se habia mejorado poco á poco, gracias á los cuidados del doctor Dufour, á las infabiles esperanzas de las que la jóven sacaba bas-

tante fuerza y voluntad de vivir, para luchar con la muerte.

Al cabo de algunos dias comenzó la convalecencia de María y aun cuando esta debia ser larga y ecsijiese los mas asíduos cuidados, por temor de una recaída, mas temible siempre que la misma enfermedad, habia cesado toda alarma.

No hay necesidad de decir que desde el anuncio de la muerte de Mr. Bastien, David y Maria no habian pronunciado una palabra que aludiese á sus secretas y certeras esperanzas.

Estas dos almas privilegiadas tenian el esquisito pudor de la dicha; y, aunque la muerte de Santiago Bastien no debiese ser sentida, David y María respetaron religiosamente, sinó al hombre, al menos una ceniza apenas apagada.

La enfermedad de Mad. Bastien, y los temores que se tuvieron algunos dias por su vida, causaron un profundo pesar en el pais, y su restablecimiento una alegría universal; estas pruebas de conmovedoras

simpatías dirigidas tanto á su madre como á Federico, la seguridad de un porvenir que no tenia como se dice vulgarmente, mas falta que la de ser muy hermoso, afirmaron y apresuraron la convalescencia de María, que, al cabo de tres semanas, no sentia mas que una debilidad essesiva que hasta entonces le habia impedido el dejar su cuarto.

Desde que su estado no inspiraba ya temores quiso que Federico emprendiese los estudios proyectados por David, y que una parte de las lecciones se diesesen en su aposento, sintiendo así una espansion indecible al ver reunidos bajo su vista estos dos seres tan amados de los que por poco se ve separada para siempre; su presencia en estas lecciones le causaba mil goces; en primer lugar el interés tan tierno, tan pronunciado de David por Federico, despues el ardor indomable del jóven que queria un destino glorioso, ilustre, para ser el orgullo y la alegría de su madre, y satisfacer á su ambiciosa *envidia*

cuya pura llama ardia mas que nunca en él.

Se habia decidido de comun acuerdo que Federico entraria en la escuela Politecnica, y que desde ahí segun su inclinacion seguiria una de las numerosas carreras que le estaban abiertas por esta escuela enciclopédica, la guerra, la marina, las artes, las letras y las ciencias.

Estas pocas palabras darán una idea muy incompleta de la felicidad celeste, ideal en que debieron vivir estas tres tiernas y nobles criaturas, desde el momento en que la salud de Maria cesó de inspirar temores; nueva felicidad para todos, porque, despues de los dichosos dias que siguieron á la cura moral de Federico, la venida de Mr. Bastien, muchas veces olvidada, irremamente sin cesar aparecia sobre ese brillante horizonte como una nube siempre amenazadora.

Por el contrario, en este momento, tan lejos como podia estenderse la vista de

Maria, de David y de Federico... veían un cielo de azul, de una serenidad tan espléndida, que su magnificencia infinita les deslumbraba á veces.

Habían pues pasado tres semanas desde la noticia de la muerte de Mr. Bastien.

Acababan de dar las dos, Federico, ayudado de Margarita y del viejo Andrés adornaba con varias flores los vasos de la chimenea del salón de estudio.

En medio de esta pieza, había un retrato de Federico, de un admirable parecido, y dibujado al pastel por David, colocado sobre un caballete; un gran fuego ardía en la chimenea; en fin, se veía sobre una mesa los preparativos de una sencilla y rústica colación.

—Los tres *cómplices* que presidían los preparativos de esta pequeña fiesta, en una palabra, de esta *sorpresa*, marchaban sobre la punta del pié, y hablaban en voz baja, porque era menester que Mad. Bastien ignorase lo que pasaba. Este día por primera vez después de su enfermedad la jó-

ven debía salir de su aposento y permanecer por espacio de algunas horas en el salon de estudio, así es que, Federico y los dos antiguos criados procuraban dar á este salon un aire de fiesta, y David, á petición de Maria, se habia ocupado del retrato de Federico, el cual debía ver este dia por la vez primera.

Durante las misteriosas *idas y venidas*, Maria estaba sola en su aposento con David.

La jóven vestida de luto, medio acostada sobre una poltrona, contemplaba con muda felicidad á David sentado á una mesa de trabajo, y ocupado en corregir como se ha dicho uno de los deberes de Federico.

De pronto, David sin dejar de proseguir su lectura, dijo en voz baja:

— Es inconceivable.....

— De qué se trata, señor David?

— De los progresos realmente sorprendentes de este querido niño... señora..... apenas hace tres semanas que nos ocupa-

mos de geometría... y su aptitud en las ciencias esactas... se desarrolla con la misma rapidez que sus otras facultades....

—Es preciso decirlo, señor David..... esta aptitud me admira en Federico, todo lo que es... sentimiento... imaginacion, nos parecia debe predominar en él.....

—Y eso es, señora... lo que me sorprende y me entusiasma... en ese querido niño, todo á la vez obedece á un mismo impulso, todo engrandece á la vista..... Ayer os leí sus últimas pájinas, verdaderamente elocuentes y hermosas.....

—El hecho es, señor David, que hay una diferencia admirable entre este último troso y las mejores cosas que escribió con antelacion... esta terrible enfermedad moral, que gracias á vos, debia traer la rejeneracion de Federico... Lo único que ahora temo por él es el eceso del trabajo.

—Así es que le calmo y le modero, tanto como puedo su avidez por saber... su impaciencia y celoso ardor, sus arrebatos apa-

sionados hácia un porvenir que quiere que sea glorioso, ilustre.. y este porvenir será el suyo.

—Ah! señor David, que alegría para nosotros... si se realizan *nuestras* previsiones!

Imposible es pintar con que espresion de ternura contenida pronunció Maria: *nosotros, nuestras* previsiones, que por sí solo revelaban los secretos proyectos de dicha formados tácitamente por Maria y por David.

Este repuso:

—Creedme, señora, le verémos grande por su corazon y su intelijencia; hay en él una enerjía increíble, redoblada por esa temible *envidia* que tanto nos alarmó.

—Todavía ayer, señor David, me decia alegremente: «Madre, cuando, ahora, veo á lo lejos el castillo de Pont Brillant, que tan desgraciado me hacia... la mirada que le arrojó es de amistoso desafío.»

—Y, ya vereis, señora, si, dentro de ocho ó diez años el nombre de Federico

Bastien no resuena mas gloriosamente que el del jóven marqués.

—Tengo el orgullo de compartir vuestra esperanza, señor David... Marchando entre los dos... no sé á donde podrá llegar mi hijo... Despues de un momento de silencio añadió Maria.

—Pero, sabeis que esto parece un sueño?... Cuando pienso que apenas hace dos meses... la tarde de vuestra llegada... estabais abí, en esa mesa, recorriendo los cuadernos de Federico y deplorando como yo que se hubiese estendido un velo sobre el espíritu de ese desgraciado niño.....

—Os recordais, señora, aquel silencio sombrío, helado contra el que se estrellaaban... todos nuestros esfuerzos?.....

—Y aquella noche en que, loca de espanto, corrí á vuestro aposento para suplicaros, que no abandonaseis á mi hijo... como si vos... pudierais abandonarlo.....

—Decid, señora, es verdad que hay

una especie de encanto en esos recuerdos desgarradores cuando uno se encuentra en plena seguridad..... en plena dicha?.....

—Sí... hay un encanto triste... pero lo prefiero, con mucho á las esperanzas ciertas... Así es, señor David... que os diré que he formado muchos proyectos esta noche.

—Veamos, señora.....

—En primer lugar hay uno... muy loco, muy imposible.

—Tanto mejor, son por lo regular los mas encantadores.

—Cuando *nuestro* Federico entre en la escuela Politécnica, será indispensable separarnos de él... Oh! juro estar tranquila para eso seré muy valiente... con una condicion.

—Cuál?

—Vais á reiros, porque es pueril, ridicula quizás. Y bien quisiera que *pu-diésemos* vivir muy cerca de él. Y es preciso decíroslo mi opinion seria el

habitar en frente de la escuela, si fuese posible... Vais á burlaros de mí?

—No me burlo de esa idea, señora, la encuentro excelente... porque, gracias á esa procsimidad, podreis ver á *nuestro* querido niño, dos veces al dia. No os hablo de las salidas... de los dias de fiesta... en que lo tendremos del todo.

—Verdaderamente, dijo Maria sonriendo, ¿no os parece que soy demasiado madre?

—Mi respuesta es muy sencilla, señora. Como es menester preveer las cosas con anticipacion, voy á escribir hoy á París, á fin de que esten con cuidado para que alquilen la primera habitacion conveniente en frente de la escuela y que *nos* la guarden.

—Que bueno sois!....

—Bondad bien fácil en verdad. Compartir con vos la alegría de estar próximo á *nuestro* querido niño.

Maria permaneció un momento silenciosa; en seguida, lágrimas de una celes-

te dulzura corrieron de sus ojos, y dijo con una emoción indefinible volviéndose a David:

—Cuan deliciosa... es la felicidad!.....

Y sus ojos anegados de felicidad buscaron y encontraron los de David... mucho tiempo sus miradas permanecieron fijas la una en la otra en un mudo y divino éxtasis.

La puerta del aposento se abrió y Margarita dijo al preceptor con cierto aire castre risueño y misterioso:

—Señor David, teneis la bondad de venir?

—Y mi hijo? preguntó Maria, en donde está?

—El señor Federico está ocupado..... muy ocupado, respondió la criada cambiando una ojeada de inteligencia con el preceptor que dirigiéndose á la puerta, salió.

—Si la señora lo permite, repuso Margarita, permaneceré junto á ella por si necesita alguna cosa.

—Ah! Margarita, Margarita, dijo la jó-ven sonriendo y moviendo la cabeza, aquí se forma algun complot.

—Cómo, para qué, señora?

—Oh! soy muy sagaz!..., desde esta mañana... Esas idas y venidas... que oigo en el corredor, Federico ausente... á la hora de su trabajo... cierto ruido des-
busado en el lado de la sala de estu-
dio.....

—Puedo asegurar, á la señora.....
que.....

—Bueno... bueno... se abusa de mi po-
sicion, repuso Maria sonriendo, se sabe
que todavia no puedo entrar... é ir á ver
por mí misma lo que sucede por ahí.....

—Oh! señora... teneis unas cosas.....

—Veamos, Margarita, se trata de una
sorpresa?

—De una sorpresa... señora?

—Vaya, mi buena Margarita..... con-
tadme todo eso .. os lo suplico... Que sea
dichosa cuanto antes... y lo seré mucho
mas tiempo.

—Señora, dijo heroicamente Margarita, sería una traición.

En este momento el viejo Andres entreabrió la puerta y dijo á la criada con un aire muy alegre y misterioso:

—Margarita... preguntan en donde está la cosa... que... que...

—Ah! Dios mio:... va á decir alguna tontería, como siempre! exclamó la criada corriendo á la puerta, en la que estuvo algunos momentos hablando en voz baja con Andrés, despues de lo cual volvió al lado de su ama que le dijo sonriendo:

—Vamos, Margarita... puesto que no teneis compasion... voy... á ir... por mí misma.....

—Señora... que decís... aun no habeis podido andar desde vuestra enfermedad.

—No me regañeis, me resigno.... echaria por tierra todo el plan de la sorpresa... pero estoy tan impaciente... por saber.....

—La puerta del salon de estudio se abrió de nuevo.

Eran David, Federico y el doctor Dufour.

Margarita se alejó despues de haber dicho en voz baja á Federico:

—Señor Federico cuando oigais toser detras de la puerta... estará todo pronto.

Y la criada salió.

Al ver al doctor, Mad. Bastien dijo alegremente:

—Ob!... puesto que estais aquí, mi buen doctor... ya no dudo del complot.

—Un complot! dijo Mr. Dufour, fingiendo admirarse, mientras que David y Federico cambiaban una sonrisa.

—Sí... sí... repuso Maria una sorpresa que me preparan... pero os advierto que las sorpresas son muy peligrosas para los pobres enfermos como yo... y seria mejor advertirlo antes.

—Todo lo que puedo deciros mi querida, impaciente y hermosa enferma, es que hoy, como hemos convenido debeis

probar á andar por vos sola... por la primera vez... y que mi deber... sí señora... mi deber es el de asistir á este ensayo de vuestras fuerzas.

Apenas hubo pronunciado el doctor estas palabras cuando se oyó á Margarita toser con afectacion detrás de la puerta.

—Vamos, madre, dijo tiernamente Federico á la jóven... valor, vamos á dar un gran paseo por la casa.

—Oh! me siento con una fuerza que va á asombraros.

Respondió la jóven sonriendo y disponiéndose á levantarse de su butaca, lo que consiguió no sin alguna dificultad; porque su debilidad era todavía muy grande.

Hubo entonces un espectáculo gracioso á la par que conmovedor.

Maria en pié se adelantó con paso incierto, David á su derecha, el doctor á su izquierda prontos á sostenerla si se debilitaba; mientras que Federico delante de ella... marchaba poco á poco hácia atrás presentándole los brazos... como se hace

á un niño que ensaya su primera marcha.

—Mirad que fuerte estoy, dijo alegremente Maria adelantándose lentamente hácia su hijo... que le sonrreia con ternura, á donde me llevais así?

—Vas á verlo, madre mia.....

A penas acababa Federico de pronunciar estas palabras, cuando un grito aterrador, terrible, dado por Margarita... retumbó detrás de la puerta.

En seguida se abrió de pronto, y una voz irónica, dijo al mismo tiempo:

—Poco á poco!! El buen hombre vive todavía.

Maria, que estaba frente á la puerta, dió un grito espantoso y cayó de espaldas.

Habia visto á su marido, á Santiago Bastien.

CAPÍTULO V:

Quizás se acordará el lector que en el momento de partir para Blemur, Bridon se habia puesto el sobretodo de piel de cabra, de Santiago Bastien; este medio embriagado y á pesar de las recomendaciones contrarias del viejo Andrés se le habia puesto pasar un camino inundado y átravesado por la corriente de un estanque salido de madre; el caballo perdió pié, y la corriente arrastró el cabriolé; Bridon logró salir del coche; pero, llevado por el torrente hasta las ruedas de

un molino fué hecho pedazos. Una parte de la casaca de piel habia permanecido pegada á las paletas de las ruedas. Se encontraron en el bolsillo de esta prenda varias cartas abiertas y dirigidas á Mr. Bastien. Ese fué el oríjen del funesto error. Se creyó que Mr. Bastien habia muerto bajo las ruedas del molino, y el cadáver del ujier habia desaparecido para siempre debajo de las aguas.

Impedido Santiago Bastien por su enorme vientre no habia podido á pesar de sus esfuerzos salir de su carruaje. Esta circunstancia lo salvó ; el caballo despues de haber sido arrastrado algunos momentos, volvió á hacer pié; pero muy pronto, subiéndolo una cuesta rápida, agotado de cansancio, cayó con violencia; Santiago cayendo adelante, se hizo una profunda herida en la cabeza, se quedó en el sitio, y al romper el dia, habiéndolo recojido unos jornaleros, le trasportaron á una quinta aislada bastante lejana del sitio siniestro.

Santiago permaneció mucho tiempo detenido en esta habitacion á consecuencia de su herida y de una peligrosa enfermedad causada por el temor y por una sumercion prolongada en una corriente de agua glacial.

Cuando estuvo en estado de escribir á su mujer para anunciarle su llegada, no lo hizo, prometiéndose, si pasaba por muerto segun toda probabilidad, el hacer de su *resurreccion* el objeto de una broma estúpida y brutal, porque no se engañaba sobre la clase de sentimientos con los que Maria debia haber acogido la noticia de su trájico fin.

Como se ha visto, Santiago llevó á cabo su proyecto.

Solo que este miserable viendo que á su aspecto su mujer habia caido aterrada, creyó haberla muerto, y, con un espanto que parecia un vértigo, se fué de la casa.

Maria no era la sola que habia sido herida por este golpe.

No menos aterrado por la brusca aparición de Bastien, Federico viendo á su madre caer al suelo inanimada, cayó tambien y fué recibido completamente inerme en brazos del doctor Dufour.

Trasportaron á aquel desgraciado niño, no á su cuarto prócsimo al de su madre, sinó al salon de estudio; se hizo en él una cama apresuradamente habiendo temido con razon el doctor Dufour que en el estado alarmante en que se encontraban Maria y su hijo, el estar muy prócsimo uno de otro hubiera tenido consecuencias muy funestas, porque desde el aposento de Maria se oia todo lo que se decia en el de Federico.

El doctor no pudo darles simultaneamente su asistencia, se ocupó en primer lugar de Maria que apenas convaleciente podia y debia ser, ay! mortalmente atacada por tan terrible revolucion.

Cuando Mr. Dufour volvió al lado de Federico, lo encontró atacado de una

congestion cerebral; los cuidados casi instantáneos que reclamaban su posición no habían podido serle dado á tiempo y el jóven cayó bien pronto en un estado desesperado.

Cuando Maria volvió en sí, presintió su prócsimo fin y quizo ver inmediatamente á su hijo.

La confusion de Margarita, su palidez, las disculpas que dió, para esplicar la ausencia de Federico en un momento tan solemne, todo fué para la jóven madre una revelacion.

Conoció, por decirlo así que su hijo se moria como ella.

Entonces Maria quizo ver á David.

Margarita lo llamó, se quedó solo con Mad. Bastien... cuyas anjelicales facciones tenian ya la huella de la muerte; con su mano blanca y fria, hizo á David señal de que se sentase á su cabecera y le dijo:

—Y mi hijo!

—Señora.....

—No está ahí... me lo ocultan.....

—No creais.....

—Todo lo he comprendido... está en un estado desesperado... y como mi fin, está próximo también, he querido despedirme de vos... *Enrique*.

Por la primera y por la última vez, ay! Maria daba á David su nombre de pila.

--Despediros! repitió él con un sollozo desgarrador, despediros.....

—No por eso dejaré de morirme... sin deciros... cuanto os he amado... Vos lo sabiais, no es eso, amigo mio?.....

—Y decis que vais á morir! No! no! Maria, la fuerza de mi amor os devolverá á la vida, exclamó David con una especie de frenesí. Morir! porque morir? nos amamos tanto!

—Sí, nuestro amor es grande... amigo mio... y para mí empezó desde el dia en que mi pobre niño... volvió á la vida del alma... que vos le disteis.....

—Oh! que desgracia... desgraciado!...

—No... Enrique... mi muerte no e

una desgracia para nosotros... Mirad..... me parece... que en el momento de dejar esta vida... mi alma, suelta de los lazos terrestres... puede leer en el porvenir.... Enrique... sabéis cual hubiera sido nuestra suerte?

—Me lo preguntáis? Esta misma mañana... nuestros proyectos.....

—Escuchadme, amigo mio... hay en el amor materno... profundos misterios, que no se conocen hasta las horas supremas... Desde que me creí libre, el porvenir me parecia radiante como á vos, Enrique... algunos meses mas... vos, mi hijo y yo... confundiamos nuestra vida en una misma dicha.

—Oh!... un sueño... un sueño!.....

—Este... sueño... ha sido hermoso..... Enrique... quizá el despertar ha sido demasiado cruel.

—Qué decis?

—Sabéis cuanto me quiere mi hijo..... Sabéis que todo afecto apasionado es celoso... tarde ó temprano... hubiera tenido

celos de mi amor por vos... Enrique.....

—El... él... él... celoso de mí.....

—Creed en el corazón de una madre... no me engaño.

—Ay! quereis hacer mis pesares menos horrorosos... valiente y jeneroso hasta el fin!.....

—Decid... *que soy madre hasta el fin*.... Escuchad todavía, Enrique... Uniéndome á vos, perdía mi nombre, este nombre humilde que mi hijo quería sobre todo hacer ilustre... porque este nombre era el mio, porque todo en mi pobre hijo tenía relacion conmigo.

—Oh! sí... siempre estais en sus pensamientos: hace algunos dias en el momento de morir, exclamaba: *Mi madre*, cuando marchaba á un destino glorioso.

—Amigo mio, no nos hagamos ilusiones... Cual hubiese sido nuestro pezar, si en el momento de unirnos, el temor de despertar los celos de mi hijo... me hubiera detenido quizás... Y sin embargo.... era horroroso... renunciar á nuestro amor,

y bien pensado, todavía era mas horrible que los celos de Federico, no se presentarian hasta despues de nuestra union. Qué hacer entonces?

—No... no Maria... no creais eso, Federico... me ama tambien... y, á vuestra dicha, á la mia... se hubiera sacrificado.....

—Sacrificado... sí, amigo mio... se hubiera sacrificado. Oh! le conozco, ni una palabra... ni una queja... saldria de sus labios... Siempre amando... siempre tierno... nos hubiera sonreido tristemente.... y despues... le hubieramos visto consumirse poco á poco hasta el fin.

—Oh! Dios mio!... eso es fatal... desgraciado de mí!... murmuró David, con un doloroso jemido. Desgraciado de mí!

—Afortunado de vos!... Enrique..... porque sois el mas jeneroso de los hombres! exclamó Maria con una ecsaltacion creciente que dió á sus moribundas facciones una espresion sobrehumana. Afortunado de vos, Enrique, porque habeis

sido amado, apasionadamente amado, sin cobar una lágrima ó un momento de vergüenza al leal corazón que os idolatraba. Sí, Enrique, os he amado... sin titubear... sin combate... os he amado con orgullo... con serenidad... porque mi amor por vos, tenía toda la santa dulzura del deber... Animo pues, amigo mio... que el recuerdo de Margarita y Federico Bastien os sostenga... os consuele.....

—Qué decís... Federico?... Oh! al menos... el me quedará.....

—Mi hijo no me sobrevivirá.

—Federico?

—Lo siento *aquí*... ya lo veis Enrique... en el corazón... os digo que se muere.....

—Pero... en este momento al salir Pedro del aposento á donde se ha trasportado á ese desgraciado... me dijo... que no se habia perdido la esperanza... No..... no... morir él tambien... eso seria horroroso.

—Porque... Enrique?

—Gran Dios! vos... vos... su madre... hacerme semejante pregunta.....

—Os lo digo amigo mio... hay en el amor materno profundos misterios... Hubiera mirado como una desgracia horrorosa el sobrevivir á mi hijo... Federico me quiere tanto como yo á él... Debe pensar... piensa como yo... es feliz no sobreviviéndome.....

—Miserable de mí! perderos á los dos!.....

—Maria y Federico Bastien no pueden estar separados... en este mundo ni en el otro, amigo mio.....

—Ah! cuan dichosos sois, vos y él.....

—Enrique, mis fuerzas me faltan... el frio de la tumba se apodera de mí..... Vuestra mano... vuestra querida y leal mano.

David se arrodilló á la cabecera de la cama de la joven; cubriendo su mano de lágrimas y besos, rompió en sollozos.

Maria prosiguió con voz cada vez mas débil.

—Un encargo, el último... Enrique... lo cumplireis si es posible... Mr. Bastien me ha hablado... de su deseo de vender esta casa... yo no quisiera que estraños viniesen á profanar esta habitacion.... en la que se ha pasado mi vida y la de mi hijo... porque mi vida data.... desde el dia en que fuí madre... Mr. Dufour vuestro mejor amigo... vive aquí cerca... algun dia debeis volver... á fijaros cerca de él... Apresurad ese momento, Enrique... encontrareis, tanto consuelo á su lado, en un corazon como el suyo.

—Oh! Maria.... esta casa será para mí... el objeto de un culto relijioso.... pero.....

—Gracias, Enrique... oh! gracias!..... este pensamiento me consuela... Mi última súplica... no quiero ser separada de mi hijo... me comprendeis... no es eso?

Apenas acababa Maria de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un gran ruido en el corredor.

Margarita llamaba al doctor con angustia y espanto.

De pronto la puerta del aposento de Mad. Bastien se abrió bruscamente. Federico entró, lívido, horroso, arrastrando en pos de sí un lienzo como un sudario, mientras que Margarita procuraba en vano detenerle.

Una chispa de inteligencia... quizás el instinto filial, llevaba á este hijo moribundo á morir al lado de su madre.

David, arrodillado á la cabecera de la jóven, se levantó estupefacto, como si hubiese visto un espectro:

—Madre!... madre!.....

Esclamó Federico con voz agonizante, precipitándose sobre la cama de Maria que lo entrelazaba en sus brazos en el momento en que el doctor acudia apresurado).

—Oh! ven... hijo mio! ven! murmuraba Maria abrazando á su hijo con el último, apretón de una alegría convulsiva, ahora... es para... siempre.....

**Estas fueron las últimas palabras de la
jóven madre, Federico y Maria ecsalaron
su alma en un abrazo supremo.**
. ,



PRÓLOGO.

Hemos comenzado esta narracion suponiendo que un viajero yendo de la ciudad de Pont-Brillant al castillo de este nombre, pasase por la humilde casa de Maria Bastien.

Concluyamos nuestra narracion con un suposicion semejante.

Si este viajero hubiese ido de Pont-Brillant al castillo diez y ocho meses despues de la muerte de Federico y de Maria, no hubiera encontrado en la quinta nada cambiado.....

La misma elegante sencillez reinaba en esta humilde habitacion, las mismas flores agrestes estaban cuidadas por el viejo Andrés, el antiguo arbolado seguia dando su sombra al cespced florido, por el que serpenteaba el límpido arroyo.....

Únicamente el viajero no hubiera visto sin emocion, bajo la parte mas sombría *del arbolado*, y no lejos de la pequeña cascada, una piedra sepulcrál de mármol blanco, sobre la que se leia:

MARIA Y FEDERICO BASTIEN.

Delante de esta tumba, cubierta de un rústico pórtico, guarnecido ya de yedras, y de flores, se veia el esquife ofrecido á Federico en el tiempo de la inundacion y en el que se leia:

**LOS POBRES DEL VALLE,
Á FEDERICO BASTIEN,**

Si hubiese pasado al romper el dia ó al ponerse el sol por el arbolado, el viajero hubiera visto aprocsimarse á aque-

lla tumba con un religioso respeto, un hombre de alta talla vestido de luto, y que, jóven aun, tenia los cabellos enteramente blancos.

Este hombre era David.

Habia cumplido el encargo que Maria le habia dado.

Nada habia mudado ni fuera ni dentro de la casa; el aposento de la jóven madre, el de Federico, el salon de estudio, lleno de todos los trabajos por concluir, dejados por el hijo de Mad. Bastien, todo habia permanecido como el dia de la muerte de la madre y el hijo.

El aposento de Santiago Bastien habia sido tapiado.

David continuó habitando la buhardilla que habia ocupado como preceptor: Margarita era su única criada.

El doctor Dufour venia diariamente á ver á David junto al cual debia fijarse luego que pudiera confiar su clientela á un jóven médico recién llegado á Pont-Brillant.

Por un piadoso recuerdo de sus jóvenes hermano y de Federico, David, para que su dolor no fuese estéril, había hecho disponer una de las granjas de la quinta para sala de escuela; allí enseñaba diariamente á los niños de los colonos cercanos. A fin de hacer mas seguro el beneficio de la instruccion, el preceptor daba una lijera indemnizacion á los padres de los escolares, porque casi siempre la explotacion de los niños acarreada forzosamente por la miseria de la familia, les impide aprovecharse de la educacion pública.

Supongamos en fin que nuestro viajero despues de haberse detenido ante la modesta tumba de Maria y Federico, hubiese encontrado algun habitante del Valle.

—Buen hombre, hubiera dicho el viajero, de quien es esa tumba que se ve allá bajo... entre esas viejas encinas.

—Es la tumba de aquel cuyo nombre... es *el nombre del buen santo del país, caballero.*

—Se llamaba?

—Federico Bastien... caballero, y el buen ángel de su madre... está enterrada con él.....

—Llorais... buen hombre?

—Sí, caballero, como lloran de pesar todos los que los han conocido... al ángel de la madre... y al ángel del hijo.....

—Segun eso eran muy queridos en el pais?


—Mirad, caballero... veis aquel hermoso y gran castillo... allá bajo?

—El castillo de Pont-Brillant?

—El jóven marqués y su vieja abuela son mas ricos que el rey... Bueno ó mal año... envian mucho dinero para los pobres... y si el nombre del marqués se pronuncia una vez entre los pobres del Valle, el de Federico Bastien y su madre se pronuncia ciento.

—Y por qué?

—Porque á falta de dinero de que carecian... la madre daba á los pobres su buen corazon y la mitad de su pan... el



hijo daba tambien, si se necesitaba, su vida por salvar la de los demás... testigo yo... y los míos... sin contar otras familias, que á riesgo de perecer, los salvó en tiempo de la gran inundacion hace dos años... De modo, que ya veis, caballero... *El nombre del buen santo* del país durará mas tiempo en él que el gran castillo de Pont-Brillat... Los castillos caen mientras que los hijos de nuestros hijos aprenderán de sus padres el nombre de **FEDERICO BASTIEN.**

FIN DE LA ENVIDIA.

